

# mensaje equivocado

*Antonio Arteaga*



# mensaje equivocado

*Antonio Arteaga*



No recomendado a menores de 18 años

Título: Mensaje equivocado

© 2004 –2015 Antonio Arteaga Pérez([www.arteaga.be](http://www.arteaga.be))

Inscrito en el Registro General de la Propiedad Intelectual con asiento n°: 00/2004/8216 con el título original “Mensaje privado a un asesino”.

Actualizado en octubre de 2015.

Diseño de portada: José Carlos García Martín

Todos los derechos reservados.

*He preferido no dedicar este libro a nadie en concreto. Sé que las personas a quien debería dedicárselo lo saben y saben que están en mis pensamientos y agradecimientos.*

*Solamente deseo una cosa: que usted, querido lector, disfrute leyendo esta novela de la misma forma que yo he disfrutado escribiéndola. Con eso me doy por satisfecho.*

*Antonio Arteaga.*

**El loft**

**Eduardo**

**Laura**

**Silvia**

**Buscando**

**Sonia**

**A escondidas**

**Encuentro**

**Sergio**

**Atasco**

**Buscando otra vez**

**El inspector Rodríguez**

**Mejor en pareja**

**Preparando**

**Salvador**

**Sesión de fotos**

**Iphigenia**

**Plantón**

**Víctor**

**Fines y principios**

**En persona**

**Despedida**

**Sorpresa**

**Proposición**

**Introducción**

**Nudo**

**Desenlace**

**Epílogo**

## El loft

Todo estaba perfecto: las velas encendidas junto al jacuzzi, la luz de las mesillas reducida hasta dejarlo todo en semipenumbra, la sábana superior de raso ligeramente abierta e invitando a ser retirada por completo, la botella de cava en el enfriador...

Alfredo pensó durante un instante en sí, viéndola en su conjunto, la preparación de ambiente que había hecho en aquel loft de alquiler por horas no parecería demasiado hortera, como si hubiese tratado de ser romántico.

Romántico. ¿Él? Sonrió para sí mismo. Podía ser de todo, pero términos como “romántico” o “detallista” no entraban en su definición personal.

Si había preparado el loft de aquella forma era únicamente por dar una buena impresión inicial que rompiese el hielo con la mujer que —miró su reloj—llegaría de un momento a otro. Una vez establecido el buen rollito entre ambos lo demás vendría solo: preliminares en el borde de la cama, baño en el jacuzzi con más preliminares y a partir de ahí, según fuese evolucionando el tema, ya se vería qué podía hacerse o no.

Qué podría hacerse, y dónde. Porque al loft no le faltaba un detalle. El mobiliario —distribuido por las diversas habitaciones más allá de la zona de baño y en el piso superior—estaba pensado para cubrir la mayoría de las fantasías y necesidades sexuales: arneses, columpio, potro, divanes de distintas configuraciones... y algo le hacía pensar que su cita de hoy haría uso de buena parte de todo aquello.

Eran pocos los mensajes que había cruzado con aquella mujer a través de la web de citas, pero la claridad de lo que ella buscaba en cada uno de esos mensajes y el tipo de foto que le había enviado creaban muy buenas expectativas. De acuerdo, no le había visto la cara, borrada burdamente con Paint, pero ya le daba igual si ella era guapa o resultaba ser más fea que un mandril. Lo que buscaba era un cuerpo de mujer que respondiese a sus caricias, besos, lametazos y, con suerte, a todas las demás depravaciones que conforme recordaba el equipamiento del local iba ideando en esos mismos instantes...

El “ding-dong” del timbre interrumpió su viaje por los mundos de Sade y le devolvió bruscamente al momento clave. Se dirigió hacia la entrada, retocando su pelo con una mano mientras con la otra se colocaba el paquete de forma que se marcara un poco más.

“Alfredito, hoy triunfas”, se dijo, empujó el picaporte y tiró de la puerta, ansioso por salir de dudas sobre qué rostro debía ponerle al cuerpo que ya había visto en la foto.

Pero lo que se encontraron sus ojos fue una mano enguantada apretando un spray a apenas unos centímetros de ellos. Se giró instintivamente sobre sí mismo mientras sentía cómo la vista se le nublaba y un tremendo escozor se apoderaba de toda su cara.

—¡Qué cojones...! —comenzó a gritar, antes de que otra mano también enguantada apretase fuertemente un trapo de olor intensísimo sobre su nariz.

No pudo hacer nada por defenderse. El mundo comenzó a girar a su alrededor y sintió su cuerpo desplomarse contra el suelo mientras le fallaba la movilidad por instantes y un sueño irresistible se adueñaba de él.

Desde el parquet del loft trató de ver a su atacante, pero no pudo distinguir más que una sombra borrosa que seguía sujetando el trapo contra su cara.

Y, un segundo después, oscuridad absoluta.

## Eduardo

Hola, eres tú, ¿no? Es que no sé si guardé bien tu número.

Aquel mensaje llegó al Whatsapp sin identificar quién lo enviaba.

Eduardo estaba en esos momentos despistado. Trataba de responder cuanto antes al último correo electrónico que uno de sus compañeros de trabajo le había enviado, para quitárselo de encima y volver a chatear.

No había nada en realidad digno de mención, algo sobresaliente, o ni siquiera algo original, en Eduardo.

Eduardo era un hombre normal, con una vida normal, un trabajo normal... si es que hay algo en esta vida que se pueda catalogar como "normal". Podría decirse que, si se realizase un perfil de lo que es un ciudadano medio, de clase media y mediana edad, en una capital, lo más normal es que correspondiese al perfil de Eduardo.

Se levantaba cada mañana a las seis, para ducharse rápidamente, afeitarse, tomar un café con leche, coger su coche y sumergirse de lleno en el atasco de la autovía de entrada a la ciudad. Hora y media, un tiempo normal de atasco en la capital, metido en su vehículo, un coche también de lo más normalillo, y llegando a las oficinas con el tiempo justito para fichar, sentarse en su mesa, y afrontar las siete horas de jornada laboral que, como era normal, le esperaban cada día.

Claro, que también era normal que, a veces, tuviese mucho lío (sobre todo los fines de mes), pero que a veces no tuviese absolutamente nada que hacer en casi toda la mañana.

Durante años, los diecisiete años que llevaba en la misma empresa, se había concentrado en aprovechar las horas laborables al máximo, empleando el tiempo que a veces tenía libre en organizar los archivos, documentos y ficheros históricos, planificar las tareas más habituales con todo el adelanto posible, en preparar macros en el Word o el Excel que después le permitirían acelerar el trabajo, o convertir los monótonos datos estadísticos en coloridos gráficos animados en el Powerpoint... todo fuera por ser un empleado modelo, por mostrar y demostrar su dedicación a la empresa, y tratar de ascender en el escalafón alguna vez, llegando a ser jefecillo, o por lo menos pudiendo tener a su cargo algún tipo de responsabilidad.

Pero, como es más normal de lo que debería ser, ese ascenso que tanto ambicionaba y por el que tanto se esforzaba nunca llegaba. Veía cómo personas que se habían incorporado a su empresa mucho después que él, personas más jóvenes que él (que ya tenía sus cuarenta años recién cumplidos), hacían gala de su preparación universitaria, dinamismo y ambición, para pasar por encima de la experiencia que él acumulaba, y ocupar los puestos que Eduardo siempre ansiaba y que estaba seguro merecía por esfuerzo y méritos propios.

Esa fue una de las razones que le habían ido llevando paulatinamente a preocuparse cada vez un poco menos por su trabajo, por darse prisa en entregar las peticiones de sus compañeros o superiores, y a ir buscando más huecos de ocio en la misma jornada laboral en la que antes no descansaba ni siquiera para desayunar.

Y, también, gracias a lo que durante tantos años estuvo planificando, organizando, y gracias a la cantidad de procesos de optimización de tareas que había preparado para su uso personal, era normal que a estas alturas ya tuviese más tiempo libre.

Veo q estas ocupada. Soy Tammuz, el de Buscasexo, te envío una cosa antes d marcharme

Esta vez Eduardo, aunque no había acabado aún el correo de trabajo, sí escuchó el ligero sonido de notificación de su teléfono móvil, medio camuflado entre la música clásica que escuchaba cada día mientras ampliaba las tablas de datos estadísticos en la hoja de cálculo. Deslizó el dedo por la pantalla del smartphone y leyó la primera frase de pasada.

Tal vez si hubiese leído con más detenimiento se habría dado cuenta de que le estaban confundiendo con otra persona.

+34779234502 te ha agregado al grupo "3 no son multitud"

Pero en esos momentos solamente pensaba en terminar cuanto antes ese pequeño incordio del trabajo, maximizar la ventana de Facebook, y proseguir la conversación que tenía con su amiga Laura, que ese día estaba un poquillo baja de moral y necesitaba que alguien le diese ánimos. Así que dejó de nuevo el móvil boca abajo sobre la mesa.

Al mirar la funda protectora regalo de cumpleaños de sus amigos, que rezaba "No tengo 40 años, tengo 18 con 22 de experiencia", Eduardo se dio cuenta de cómo había pasado el tiempo.

Hacia ya dos años, en uno de esos momentos en que no tenía nada que hacer, aburrido en su mesa, frente al ordenador, y teniendo claro que no iba a adelantar el trabajo de sus compañeros porque ellos fuesen más lentos, entró en Internet y comenzó a navegar por webs, una tras otra, sin buscar nada en concreto, sólo para matar el tiempo.

Pero, en una de aquellas páginas, concretamente en un foro de mensajes, le llamó la atención un comentario que había enviado un usuario:

*"Hola, me llamo Marcelo, y quiero solamente decir que estaré eternamente agradecido a mi amiga Alba por haberme animado a entrar a las redes sociales. Por mis circunstancias personales mi vida era triste, aburrida, rutinaria, no tenía amigos, no tenía en qué pensar ni en qué usar mi tiempo, y desde que me metí en las redes y empecé a conocer a gente estupenda soy otra persona.*

*Ahora tengo amigos, comparto con ellos un montón de cosas divertidas, y también momentos algo más serios, cuando hay problemillas, pero siento que la vida merece la pena, que no todo se limita a mis cuatro paredes y mi rutina diaria, y lo que antes me parecía sin importancia lo veo con una nueva alegría. Gracias, amiga mía!"*

El mensaje era simplemente un agradecimiento sincero, de un chico hacia una amiga que le había mostrado una vía de escape, pero Eduardo sintió que aquello tenía

mucho que ver con él. “Vida aburrida, rutinaria...”

Su experiencia en ordenadores e Internet era bastante justa. Había aprendido lo que no había tenido más remedio que aprender, a base de preguntar una y mil veces, de leer libros de informática para torpes y de echar a perder decenas de veces el trabajo realizado. Sabía lo justo como para trabajar adecuadamente, y lo justo como para mirar la programación de televisión del día o alguna noticia de actualidad. Sobre redes sociales, la verdad, Eduardo lo único que sabía era lo que la televisión mostraba constantemente.

Su mujer era muy aficionada a los programas del corazón y a los *talking shows*, esos programas en que personas nada interesantes van a contar sus problemas, también sin interés para nadie, con la curiosa y absurda intención de resolverlos al airearlos ante todo el país. Y no habían sido una, ni dos, las ocasiones en que alguien iba allí a contar que su familia se había roto, porque su pareja había conocido a alguien a través de las redes sociales, y les había abandonado sin pensárselo dos veces. O alguien que había encontrado al amor de su vida a través de Internet, acudía a declararse a él o ella en directo, y se encontraba con una persona distinta a la que esperaba, o que ya estaba comprometida.

Eduardo siempre pensó, pese a no conocerlo de nada, que ese mundillo de las redes sociales era algo... cómo decirlo... ¿misterioso? ¿falso?

Un lugar donde la gente puede aparentar ser lo que en realidad no es, donde conoces a alguien y en realidad no sabes a quién conoces...

Pero en esa ocasión, después de leer el mensaje del foro, comenzó a verlo desde otra perspectiva. Comenzó averlo como lo que en realidad es, al fin y al cabo: un medio de comunicación más. Como el teléfono, o el correo postal normal... o incluso como las reuniones con amigos o conocidos en la calle, donde puedes cansarte de ver una imagen de una persona y sin embargo también equivocarte con ella. Como en la "vida real", vaya. Y... ¿qué había más real que su propia soledad y aburrimiento?

Así que se metió de cabeza en Facebook, porque era la red social más grande que había.

Y allí encontró a gente encantadora, de edades y vivencias similares a la suya, con horarios parecidos, y entre todos se habían hecho compañía durante horas y horas, durante meses y meses, y durante años.

Hubo quien dijo que fichaba cada mañana antes en Facebook que en el trabajo. Divertida forma de definir una costumbre que se había convertido en un vicio.

Y allí seguía, pese a haber cumplido ya dos años más. Allí seguía, porque se sentía bien con el círculo de gente con quien interactuaba más. Ya se había acostumbrado a ello, y sus mejores “amigos” de Facebook ya le conocían y sabían lo que Eduardo era: un hombre normal, con una vida normal.

Había terminado de responder al inoportuno correo electrónico del trabajo, dio un largo trago de la botella de agua mineral que siempre tenía sobre la mesa, se apresuró a maximizar la ventana del chat donde su amiga Laura esperaba pacientemente, y le escribió:

**Eduardo:** ya estoy, perdona, ¿por dónde íbamos?

**Laura:** te estaba diciendo que llevo muy mal lo de mi hermano. Me cuesta mucho estar enfadada con él, pero ya sabes lo que me contestó el otro día cuando le dije que mi vida es mi vida y él no es quien para decirme con quién debo estar o con quién no...

**Eduardo:** Sí, sí, Laura, pero escucha...

En ese instante volvió a sonar una notificación en su móvil.

+34779234502 ha enviado un video a 3 no son multitud

**Eduardo:** un momento, chiqui, enseguida estoy contigo

**Laura:** ok

Al entrar a la conversación de Whatsapp y leer la segunda línea se dio cuenta de que aquellos mensajes no eran para él. Ni él era mujer, ni tenía nada que ver con Buscasexo, ni conocía a ningún Tammuz.

En el estado del desconocido aparecía la hora de última conexión en lugar de “*En línea*”, así que debía haber apagado el móvil.

Bien, tenía que decirle de todas formas a esa persona que se había confundido de número y que ese video, fuese lo que fuese, debería enviárselo a quien correspondiese. Tan sencillo como responder al mensaje y asunto terminado, y a lo leería más adelante.

Iba a comenzar a escribir pero la curiosidad le pudo. De acuerdo, debería haber respetado la intimidad de los demás, y haber contestado directamente sin saltarse la confidencialidad de unos mensajes que no iban destinados a él, pero ya que los tenía en su smartphone nadie le podría decir nada por enterarse de lo que decían. Cambió al grupo al que acababan de invitarlo y leyó:

Sonia, me marcho corriendo, porque finalmente he conseguido quedar con la chica que te comenté. Es esta que he invitado al grupo, ya sabes, la que respondió al anuncio que pusimos en la web de contactos, y que me envió esas fotos tan provocativas. Hemos quedado dentro de media hora en Malasaña.

Mañana te contaré cómo ha ido todo. Si va bien, y ella está dispuesta, la próxima vez quedamos los tres y llevamos a cabo esa fantasía que tenemos pendiente. ¡Un beso, preciosas!

¡Ah! Os he enviado un video grabado de fiesta la semana pasada, para que sigas acordándote de mí en esos momentos que ya sabes...

Eduardo no pudo reprimir una sonrisa, mientras miraba de reojo al resto de sus compañeros, como un niño travieso que ha hecho algo a escondidas.

¡En menos de veinte segundos se había enterado de la vida íntima de dos personas a las que no conocía de nada! Mejor dicho, de la vida íntima de tres, porque por lo visto aquella parejita desconocida estaba en ciernes de incluir a una chica más en sus juegos.

Comprobó que su teléfono estaba conectado al wifi de la empresa y pulsó el botón de descarga video. Al cabo de unos segundos comenzó la reproducción y apareció

un hombre de unos treinta y pocos años, en actitud de estar pasándolo realmente bien en alguna fiesta de amigos. Visiblemente eufórico, sujetaba un vaso en una mano, tenía el torso desnudo y sujetaba su arrugada camisa en la otra mano, agitándola por encima de su cabeza.

"Vaya, un tío normal y corriente, como yo, pero con la ventaja de que todavía puede irse de juerga", pensó.

Bah, era lo mismo, ya había saciado su curiosidad pasajera, aquello no era cosa suya y realmente no le importaba lo más mínimo. Pinchó en el cuadro de respuesta y se dispuso a escribir.

Pero miró el reloj, y se dio cuenta de que ya se le hacía tarde, porque había quedado con su jefe para comer. Ese día tocaba comida de trabajo, como cada miércoles. En fin, ya contestaría en otro momento porque, por lo que había leído, dudaba que aquella tarde ese individuo se dedicase a mirar el Whatsapp. De nuevo reprimió una pequeña carcajada.

Cerró las aplicaciones, apagó el ordenador, y salió de la oficina.

A la mañana siguiente, su coche no arrancó. No era la primera vez que le ocurría, y pensó que tenía que haberlo llevado al taller desde el principio, desde que le dejó tirado por primera vez. Llamó a su mujer a través del portero automático, le contó lo que ocurría, que dejaba el coche allí, que ya enviaría una grúa a por él si eso, y que daría un paseo hasta tomar el metro para ir al trabajo.

Compró un periódico en uno de los kioscos con los que se cruzó en el recorrido desde su casa hasta la estación de metro. Así tendría entretenimiento durante el trayecto y a que no podría mirar nada en el móvil por la falta de cobertura.

A esas horas el vagón iba más lleno que durante el resto del día, pero las estaciones de los barrios residenciales periféricos nunca movían tantos viajeros como para no poder encontrar siempre algún asiento vacío. Se sentó de la manera más cómoda de que fue capaz, cruzó las piernas, se aseguró de que no se caerían las llaves del bolsillo en esa postura, se limpió de nuevo las gafas, y abrió el periódico directamente por el centro. "Sucesos". Si, aquello estaba bien. La política le aburría, los deportes también y no llevaba un bolígrafo encima para hacer el crucigrama. Así que comenzó a leer...

### *"Macabro crimen en Madrid"*

*(...) Ayer, los gritos horrorizados de una empleada de limpieza alertaron a los vecinos de un tranquilo bloque de viviendas del sur de la capital. Según los informes policiales, cuando la asistente del hogar llegó al apartamento donde realizaba sus tareas de limpieza, encontró el cadáver mutilado de un hombre, en medio de lo que parecía haber sido un ritual satánico, en una escena extraída de las más espeluznantes películas de terror. Aún no se conocen todos los detalles que rodean al homicidio, pero la policía cree que posiblemente se trate de un crimen pasional, por el ensañamiento que..."*

Al llegar a este punto, Eduardo bajó la vista hacia la fotografía que aparecía debajo.

Y, de pronto, le pareció que todo lo que le rodeaba, el vagón del metro, el periódico, los viajeros, los letreros luminosos, los sonidos, el mundo entero... se desvanecía por completo. Sintió un intenso escalofrío que recorrió toda su columna vertebral, se le erizó el vello de la nuca, el estómago se le encogió dolorosamente, y a su mente llegaron todas las palabras de los mensajes que el día anterior había leído sin interés.

El hombre que aparecía en la foto, cubierto de sangre... era el tal Tammuz.

## Laura

Aquella mañana fue posiblemente una de las más extrañas para Eduardo.

Estaba sentado, como cada día, frente a su ordenador, la mirada fija en la pantalla, los dedos sobre el teclado, las piernas cruzadas bajo la mesa... Pero no recordaba haber salido del vagón del metro ni de la estación, haber caminado por la calle entre los numerosos transeúntes que a esas horas se cruzaban en ella, haber llegado hasta las oficinas, haber sacado su cartera y de ella la tarjeta magnética y haber fichado, o haber saludado a ninguno de sus compañeros. Ni siquiera recordaba lo que había hecho la tarde anterior.

Se sentía como en un mundo aparte, ajeno a la realidad, pero sin pensar en nada concreto.

En su mente permanecía grabada a fuego la imagen de aquel hombre. Ojos cerrados, boca entreabierta, mandíbula desencajada, brazos atados a la espalda, tendido sobre una cama deshecha y cubierta completamente de sangre... Su memoria agradeció que la foto estuviese impresa en blanco y negro, porque estaba seguro de que el color rojo le aturdiría aún más.

El teléfono de su mesa sonó. Y sonó. Y sonó. Dejó de sonar un instante, y de nuevo comenzaron los timbrazos.

Eduardo salió de su sopor con un respingo, descolgó el aparato y contestó.

–Sí, ¿dígame?

–Hola, cielo, soy Laura, ¿te pilló en mal momento?

–Ah, hola, chiquitina. No, no estoy haciendo nada ahora mismo, dime...

–Te noto serio, o preocupado... ¿algún problema?

–Pues... sí, y no, es que no sé qué decirte

–Vale, no insisto, supongo que es cosa tuya, ya me lo contarás si quieres

–No, no es eso, Laura, verás...

–Ayer saliste de Facebook sin despedirte, y hoy no te has conectado como de costumbre

Eduardo miró su reloj. ¡Eran ya las 9 de la mañana!

Llevaba más de una hora con la mente en blanco, sin haber hecho nada de nada.

–Perdona que no me despidiese, se me echó la hora encima y tenía que comer con mi jefe. Tranquilo, no pasa nada. A mí también me pasa de vez en cuando, pero tenemos confianza de sobra para no tener que pedirnos perdón por eso, ¿vale?

–Sí, sí... pero es que además me ha pasado algo... raro

–¿Raro? ¿Estás enfermo o algo así? ¿Has discutido con tu mujer? –esta última pregunta sobraba, Laura sabía que su amigo jamás había discutido ni discutiría con su esposa.

–No, estoy bien, tranquila. Esta mañana se me ha estropeado el coche y he tenido que venir en metro

–¡Jajaja, ya te dije que a ver si cambiabas esa cascarria algún día! —rió su amiga, intentando romper un poco la tensión. Pero no notó —si es que esas cosas pueden intuirse telefónicamente— que Eduardo sonriese siquiera.

–En el periódico sale la noticia de un asesinato en un barrio de aquí

–Vaya, y te ha afectado, ¿no? ¡Es que eres muy sensible, jodío! –Laura seguía intentando animar a su amigo.

–Es que creo que conozco al tío al que han asesinado...

–¿Cómo? –el tono de la chica se volvió de preocupación— ¿Es amigo tuyo, quieres decir?

–No, no, si la verdad es que no le conocía de nada, solamente había visto una foto suya

–¿Alguien de Facebook? –el interés y a la vez la preocupación de Laura iban en aumento. Al mencionarle la foto, ella automáticamente pensó en las redes sociales, donde la gente comienza a conocerse a través de las fotografías que se publican en los perfiles.

–No, ayer hablé con él por Whatsapp... bueno, no, me habló, por equivocación... no le había visto en mi vida...

–¡Eh, eh, tranquilo! Te estás aturullando, tesoro, relájate un poco y cuéntamelo con calma, ¿vale?

Eduardo se dio cuenta de que estaba hablando en esos momentos sin pensar, más para sí mismo que para su amiga. Cayó en la cuenta de que ni siquiera había vuelto a mirar el video que aquel tipo había enviado. Y pensó que posiblemente la imaginación le había jugado una mala pasada. "Puede que se parezcan, pero seguro que no son el mismo, ¡estoy tonto!", se dijo. Y a toda prisa abrió el Whatsapp para volver a ver las imágenes.

–Edu... ¿sigues ahí?

La voz de Laura le sacó de nuevo de sus pensamientos. Era la segunda vez que le pasaba lo mismo, quedarse perdido y ajeno a lo que le rodeaba, aquella mañana. Aquella tontería –porque cada vez estaba más convencido de que todo había sido producto de su imaginación– le estaba afectando y no podía permitirlo.

–Sí, perdona, es que ha llegado gente aquí –fue lo primero que se le ocurrió.

–Vale, entonces te dejo. Pero en cuanto puedas, me llamas y me cuentas eso, ¿eeeh? ¡Que ya me has dejado intrigada!

–Sí, no te preocupes, un beso.

–Un besito, ciao.

Eduardo colgó el teléfono, cerró los ojos, se restregó las manos una contra otra, echó hacia atrás la cabeza, y respiró profundamente.

“Vamos a ver, Eduardo –se dijo a sí mismo– aclárate un poco, que estás muy espeso”

Empezó por intentar evaluar lo sucedido de forma objetiva, manteniéndose al margen.

Por un lado tenía un asesinato, y el hecho de que una persona que por equivocación le había enviado mensajes el día anterior se pareciese a la víctima. Casualidad, seguramente.

Por otro, tenía el hecho de que había estado a punto de contarle a su amiga del chat una auténtica película de indios sin pararse a pensarlo ni un segundo, sin comprobar si estaba equivocado. Pero eso ya no era casualidad, es que con Laura le había ocurrido eso desde el primer instante en que la conoció.

Al principio de estar en las redes sociales, Eduardo había advertido lo importante que es la forma de expresarse, y sobre todo de saber lo que dices y cómo lo dices. Una broma que solamente capta y entiende uno mismo, o una frase mal interpretada, puede acabar de golpe con lo que podría haber sido el comienzo de una buena amistad. No es lo mismo escribir “qué tonto eres” que “jaja, qué tonto eres!”, por ejemplo. Lo segundo hace gracia y crea complicidad, lo primero puede ser el principio de una discusión.

Más o menos lo que sucede en cualquier parte, con cualquier persona.

La primera impresión es importante, y si es negativa... es difícil después llegar a tener confianza.

Pero cuando conoció a Laura intuyó que con ella era distinto.

Podían gastarse bromas, insultarse irónicamente, decirse cosas mimosas, o charlar sobre cualquier tema, por banal que fuese, o por íntimo y personal que llegase a ser, sin estar pendiente de lo que cada uno decía o cómo lo decía.

Con ella, desde las primeras líneas que cruzaron en la red, se sintió libre, tranquilo, confiado... se sintió como una persona que encuentra a un alma gemela. Una amiga.

Ya hacía dos años que se conocían. Primero fueron los comentarios recíprocos en los muros de amigos comunes, luego la solicitud de amistad, los comentarios en sus respectivos muros, y finalmente las largas conversaciones en el Messenger que fueron creando una imagen aproximada de esa persona que compartía con él, en realidad, tantas horas de su vida.

Si no hubiese sido porque Laura vivía en la costa y él en el centro de la península, porque los separaban más de 500 kilómetros, y sobre todo porque la vida de Eduardo no le permitía poder hacer ni siquiera una escapadita que difícilmente hubiese podido justificar, se habrían conocido en persona hacía ya mucho tiempo. Pero tras dos años solamente tenían las fotos de sus perfiles como referencia, la oportunidad de verse cara a cara jamás había llegado.

Ambos se consideraban amigos, pero amigos de los de verdad. De los que se lo cuentan todo, de los que no tienen secretos, de los que se animan y ayudan en los momentos complicados, y se alegran juntos en los momentos más felices.

Tanto Eduardo como Laura se conformaban con lo que tenían. Un chat, un montón de fotos en una red social, y el teléfono, que les había permitido conocer la voz del otro, aprender sus entonaciones, descubrir sus risas, o sus lloros, con todos los matices que jamás podrá dar un emoticono...

Echaban de menos los gestos, las miradas... pero lo que realmente les importaba era la persona que había al otro lado de los cables, ya fuesen de ordenador o de línea telefónica, y a quien conocían mucho más de lo que seguramente les conocerían las otras personas que día a día compartían sus vidas.

Por eso Eduardo le contaba a Laura todo cuanto le pasaba por la cabeza, sin pensarlo dos veces, en el mismo instante.

Pero, esta vez, la situación era distinta. Ya no se trataba de decirle a ella si le gustaba o no le gustaba el fútbol, o si un compañero de trabajo le estaba haciendo la vida imposible, o si había votado a los socialistas, a los populares o a los nuevos en las últimas elecciones...

Se trataba de un asesinato violento, y eso eran palabras mayores, que no podía tomar a la ligera.

Eduardo siguió intentando poner sus pensamientos en orden, y decidió que debía proceder lógicamente.

Paso primero: comparar las caras. Ya tenía abierto el Whatsapp, así que pulsó el botón de reproducción sobre el video, y lo detuvo en cuanto apareció una imagen más o menos clara de Tammuz.

Antes de mirar detenidamente la imagen de ese chico tomó el periódico y lo puso, abierto y doblado por la página de sucesos, junto al móvil.

Desplazó su mirada de una a otra imagen, una y otra vez.

La situación en que se hicieron ambas tomas era, evidentemente, muy distinta. Una era en una fiesta, y la otra en el escenario de un crimen.

En una el protagonista se encontraba agitando una camisa por encima de él, bebiendo y riendo, y en la otra aparecía con el rostro crispado por el horrendo final que había tenido.

El parecido era indudable, pero podía ser solamente eso, un parecido.

Eduardo tenía las mismas razones, mirando una y otra imagen, para pensar que eran la misma persona, o para decidir que eran personas totalmente distintas, aunque con rasgos similares.

Estaba a punto de elegir la segunda opción, y quitarse de encima el asunto definitivamente, tirando el periódico a la papelera y apagando el móvil, cuando advirtió un pequeño detalle.

Acercó el diario a sus ojos. Y a continuación acercó la cara al smartphone. En el primer caso como si tener más cerca la foto le ayudase a poder hacer una especie de zoom sobre ella, algo que solo pudo hacer en el móvil. Soltó el periódico y tecleó la dirección web del diario en Internet, hizo click en la sección de Sucesos, localizó la noticia del asesinato y amplió la foto.

Ahora lo vio mucho más claro y sintió, de nuevo, que el estómago se le contraía involuntariamente y las manos le empezaban a sudar.

Ambas personas, la de la fiesta y la de la cama, la del Whatsapp y la del asesinato, lucían en su hombro izquierdo el tatuaje de una sirena abrazada a una rosa.

## Silvia

Eran ya las 12 de la mañana y Eduardo ni siquiera había bajado a desayunar, como acostumbraba a hacer cada día, porque no tenía el más mínimo apetito. No había hueco en su cabeza ni siquiera para pensar en el delicioso sabor de las patatas revueltas con huevos y morcilla que preparaba la cocinera de la cafetería o, si estaba en uno de esos días en que decidía no excederse y tratar de retrasar lo máximo posible la aparición de la barriga, una sabrosa tosta de jamón serrano en pan untado con tomate y un chorrito de aceite oliva. Esas eran sus dos *delicatessen* preferidas, que solía acompañar con una cerveza sin alcohol bien fría, pero que hoy extrañamente no reclamaban a gritos la atención de su estómago.

Estaba sumido en pensamientos de lo más dispar, intentando asimilar la certeza de que la víctima del horrible asesinato y Tammuz eran la misma persona.

Toda la vida de Eduardo había sido sencilla, monótona, rutinaria, sin ninguna clase de sorpresas o emociones. Al menos, no emociones fuertes. Si había tenido algunas habían sido casi siempre previsibles, buscadas por él mismo en la práctica de algún deporte. O emociones intensas pero serenas, como la que produce el encuentro con un íntimo amigo al que no ves desde hace años, por ejemplo.

Verse de pronto implicado en un asunto turbio, aunque fuese por error, le desconcertaba y le agobiaba. "¡Esas cosas sólo pasan en las películas!" Pensando sobre ello, cayó en la cuenta de que era conocedor de ciertas pistas e indicios de los que la policía debería tener constancia. Se había producido un homicidio, y Eduardo tenía pruebas de que el muerto había concertado una cita con una desconocida ese mismo día, y posiblemente a una hora muy cercana al momento de los hechos. Tal vez esa mujer no fuese la homicida, pero, si la cita había llegado a tener lugar, sí sería tal vez la última persona que hubiese visto a la víctima con vida... excepto su asesino.

Sí, decididamente, tenía que poner a la policía en conocimiento de aquellos mensajes que aún guardaba en las conversaciones de su móvil.

Pero antes tenía que tranquilizar a Laura.

Descolgó el teléfono y marcó el número de su trabajo, que ya sabía de memoria.

Tras unos segundos escuchó aquella voz que tanto le gustaba oír, esa voz tan llena de energía, de simpatía y de jovialidad.

—¡Holaaaa, Eduuu, guapoooo! —exclamó Laura al otro lado de la línea. Eduardo tuvo claro que en esos momentos su amiga se encontraba sola, sin su jefe cerca, porque en caso contrario habría contestado "Manufacturas Gómez y Nieto, dígame", como acostumbraba a hacer para advertirle que no podía hablar con libertad.

—Hola, Laura... jajajaja, ¿te vas a reír de mí! —contestó, intentando simular una actitud bromista.

—Noooo, Edu, sabes que me río mucho contigo, pero jamás me reíría de ti! Jejeje

—Es sobre lo del asesinato ese... —pronunció "ese" vaga e indefinidamente, como si fuera algo que no tuviese nada que ver con él

—¡Sí, sí, cuéntame, venga!

—Resulta que cuando vi la foto de la víctima en el periódico, me pareció que era un tío de Facebook que vi en una foto de una quedada.

Laura y Eduardo no acostumbraban a ir a quedadas, es decir, a las reuniones que los usuarios frecuentes de alguna red social organizaban para salir juntos a comer, cenar, o tomar copas. El objetivo principal era conocerse en persona, desvirtualizarse, en terreno neutral y en un entorno amigable, y no solamente a través de la pantalla de un ordenador o un teléfono.

De hecho, Laura había ido solamente a una, y no le gustó nada. Le desagradó bastante descubrir que algunos de los chicos que iban allí no pretendían establecer una amistad o conocer gente, sino decidir sobre el terreno qué chicas eran atractivas, interesantes, o aparentemente más liberales, para en el futuro intentar ligar con ellas en la red. Había gente de todo tipo, por supuesto, pero ese detalle en concreto le fue suficiente para no asistir a ninguna más.

Y Eduardo jamás había estado en ninguna, porque solían hacerlas en fines de semana y su mujer no comprendería que prefiriese pasar unas horas con unos absolutos desconocidos, tomando copas, que ir de compras o al cine con ella. Al principio pensó en proponerle a su esposa que le acompañase a alguna, porque al fin y al cabo él no tenía nada que ocultar. Su intención era verdaderamente conocer a las personas con las que pasaba bastantes ratos agradables a través del ordenador, no acechar a las mejores piezas del coto de caza. Pero, conociendo como conocía a su mujer, con sólo insinuarlo estaría pisando un terreno muy pantanoso, y su sinceridad y transparencia podría volverse contra él.

—Bien, ¿y...? —preguntó Laura, expectante, esperando que continuase

—Que luego he mirado la foto de la quedada, ¡y la verdad es que se parecen como un pulpo a una gallina! Jajajaja Uno es alto, moreno, yo diría que atractivo —aunque ya sabes que de hombres no entiendo—, y el otro es bajito, gordo, calvo y muuy feo...

—¡Jajajaja, vaya facilidad que tienes para recordar caras! ¡Seguro que no te acuerdas ni de la mía, y mira que publico fotos casi a diario! —pareció que Laura y había olvidado del tema escabroso, y comenzaba a charlar de forma espontánea. Eso tuvo un inmediato efecto balsámico sobre Eduardo, que se relajó bastante.

—Huy, no, tu carita de ángel no se me olvida así como así, Laura, que eres muy guapetona y además te quiero un montón.

Aquello era cierto. Los más jóvenes acostumbran a decirse "TQ", "TQM" o directamente "te quiero" con facilidad, en cuanto cruzan dos líneas por el ordenador o el móvil, pero no es más que una forma de romper barreras y acercarse más a la otra persona, fingiendo que existen una complicidad y un cariño que en realidad no hay, pero que les gustaría tener. Eduardo ya no era tan joven y ciertas palabras guardaban aún su sentido.

Eduardo le tenía un cariño tremendo a su amiga, y además le parecía una mujer guapísima. Laura era una chica de 29 años, tal vez no demasiado llamativa o sexy, como decía ella. Siempre estaba gastando bromas acerca de su trasero, que decía tener del tamaño de una plaza de toros, y también acerca de que estaría genial poder quitar carne de esa zona para ponérsela en el pecho, de lo que andaba bastante escasa.

Eduardo la había visto ya en fotos de todo tipo. Fotografías de primer plano, selfies sin palo (esos en los que todo el mundo aparece con un brazo enorme), fotos de estudio, en casa con ropa informal, de fiesta con vestidos largos, en bikini en la playa, y hasta disfrazada de momia en unos carnavales.

Tal vez su figura no era la de una modelo de lencería. Estrechita por arriba, y bastante anchita por abajo. Pero, en cuanto veías su cara, un rostro de niña dulce e inocente, con unos preciosos ojos azules enmarcados por unos cabellos negros, y te fijabas en la sonrisa que permanentemente mostraba en las fotos... no podías evitar pensar : "¡qué chica más guapa!"

—¡Eeh, menos peloteo, tío! No te creas que diciéndome esas cosas vas a conseguir llevarme a la cama, ¿eh? —Laura estalló en una carcajada tras decir aquellas palabras.

Eduardo estuvo a punto de decirle : "¡pero cómo puedes decir eso, sabes que jamás se me ha pasado por la cabeza, eres mi amiga!", pero tenía otros asuntos urgentes que afrontar, y se le hacía tarde.

—Cielo —le dijo a Laura —si eso luego hablamos, o te veo en el Messenger, que ahora tengo una reunión. ¡Un besazo!

—Otro para ti, guapetón, cuídate.

Tras colgar el teléfono pensó en lo distintas que eran Laura y Silvia, su mujer, y en que sin embargo cada una ocupaba una parcela importante de su vida.

Laura era toda vitalidad, estaba llena de ganas de vivir, de disfrutar a tope, y su forma de pensar era increíblemente abierta, como reflejaba la máxima que muchas veces le repetía cuando charlaban por Internet: "si a mí no me gusta que me juzguen, no voy a juzgar a nadie. Cada cual es libre de hacer lo que le apetezca, mientras respete y no haga daño a los demás".

Por el contrario Silvia, su esposa, era muy reservada, casi se diría que en extremo. Constantemente opinaba sobre la actitud de los demás, y todo aquello que hiciese la gente, y que ella jamás haría, le parecía criticable e indecente.

Pero Eduardo tampoco podía reprochárselo, teniendo en cuenta los golpes que se había llevado en su vida, especialmente el último.

Silvia se había casado muy joven, con el primer y único novio que tuvo antes de Eduardo, y vivió felizmente enamorada de él durante cinco años. Todo en su vida le parecía maravilloso, e incluso los dos abortos que tuvo durante ese tiempo, aunque duros por sus enormes deseos de ser madre, no consiguieron restarle felicidad a su matrimonio.

Pero quiso el destino que todo su feliz mundo se derrumbase estrepitosamente a su alrededor, y que toda su felicidad se convirtiese en la más amarga de las decepciones, dolor y tristeza, cuando más creía que le sonreía la vida.

Una noche, un oficial de policía llegó a casa para comunicarle a Silvia que debía acompañarle a reconocer un cadáver en el depósito.

Habían hallado el coche de su marido estrellado en el fondo de un barranco de un camino comarcal... junto al de una joven. Ambos casi desnudos.

Aparentemente, y todos los indicios forenses conducían a esa conclusión, estaban manteniendo relaciones sexuales en el interior del vehículo, en aquel lugar apartado, a salvo de miradas indiscretas, cuando el freno de mano se soltó por accidente y el coche se precipitó al vacío, acabando con la vida de ambos.

Silvia tardó años en recuperarse de aquello, y tratar de rehacer su vida. Cuando Eduardo la conoció, en la boda de un amigo común, jamás pensó en que llegaría a casarse con ella. Ni siquiera pensó que llegaría a salir con ella alguna vez.

Silvia se mostraba desconfiada, siempre a la defensiva, enfadándose con los cumplidos o piropos, y soltando contestaciones realmente agrias a cualquiera que intentase acercarse. Pero, no obstante, a Eduardo le conmovió la tristeza de aquella mujer.

Se tomó como algo personal el ayudarla, animarla, y durante meses le siguió la pista, intentando coincidir con ella en reuniones de amigos comunes, estableciendo la comunicación poco a poco, hasta que finalmente tanto roce llevó a la confianza, la confianza al cariño, y el cariño dio pie a que Silvia accediese a casarse de nuevo con otra persona.

Desde entonces, desde hacía ya diez años, su matrimonio había sido estable y tranquilo.

Tal vez el sexo no fuese tan intenso como a Eduardo le gustaría, por ejemplo. Es más, ese aspecto era en realidad penoso, porque Silvia rara vez sentía deseos de hacer el amor, y cuando lo hacían jamás la notó entregada por completo.

Pero todo lo demás, la vida tan sencilla y calmada que habían construido juntos, las demás cosas que compartían, pese a no haber tenido hijos, le compensaban.

Incluso pese al carácter tan tremendamente celoso de su esposa, algo que tampoco podía tenerle en cuenta dado su pasado.

"¡Ay, la leche!", dejó escapar Eduardo, en ese momento, en voz alta.

Después de hacerlo, miró a un lado y a otro pensando en que sus compañeros le estarían mirando extrañados. Pero no, cada cual estaba a lo suyo, como siempre.

Eduardo había decidido hacía un rato llamar a la policía para contarles lo del correo electrónico, se sentía moralmente obligado.

Pero eso supondría tener que ir a declarar, tener que abrir su móvil ante desconocidos, y sobre todo... ¡reconocer públicamente que empleaba su tiempo de trabajo en chatear y visitar páginas que nada tenían que ver con su tarea profesional!

Por un lado, sus jefes se enterarían, y eso ya sí que supondría no sólo el saber que jamás ascendería en la empresa, sino también la absoluta pérdida de confianza en él. Incluso puede que el despido. Y su edad no era de las más recomendables para tratar de encontrar un nuevo puesto de trabajo.

Y, por otro lado, su mujer también acabaría por enterarse de que, durante los últimos años, su marido había mantenido relaciones, aunque solamente fuesen amistosas, con otras personas, al margen de su vida, sin haberle dicho jamás una palabra.

Sabiendo lo celosa que era Silvia, nunca se había planteado decirle "cariño, ¿sabes que chateo en el trabajo porque me aburro, y que he conocido gente estupenda y que tengo muy buenos amigos y amigas en la red, y desde que lo hago no me siento tan solo durante esas horas?", como si tal cosa.

El chat y Silvia eran incompatibles, y más sabiendo que todo aquello que se dijese en los programas del corazón se convertía en ley de vida para su mujer. Si en esos programas se decía que Internet es peligrosísimo, y que el que entra en él está irremediabilmente perdido, es que lo está y no admite discusión ni ningún otro punto de

vista.

No, no podía hacerlo. Su conciencia le decía que sí, que debía acudir a las autoridades y tratar de ayudar en la medida de lo posible en la resolución del asesinato, como ciudadano que era. Pero su sentido común, de hombre normal y corriente, de esposo ejemplar y trabajador sin manchas en su currículum, le gritaban que eso sería lo último que haría. Si hubiese aparecido en ese instante sobre sus hombro derecho un pequeño angelito blanco, y en el derecho un demonio, éste habría ensartado a aquél con el tridente sin mediar palabra.

Era ya la hora de salir de la oficina y marcharse a comer a casa.

Guardó el periódico en uno de los cajones de su mesa, apagó el ordenador, y se dirigió hacia la calle, pensando en que al día siguiente, cuando todo estuviese más frío, lo vería todo de otra forma.

Pero también pensando, inconscientemente, que en su vida había entrado sin esperarlo cierta dosis de emoción, de misterio, de intriga... que curiosamente le hacían sentirse más despierto, con una ínfima pero cierta euforia al descubrir que tenía algo interesante en que pensar.

En lo que duró su corto paseo hasta la boca del metro, decidió que esa nueva sensación le gustaba. Y también decidió que, posiblemente y sin meterse en ningún lío, emplearía algo de su tiempo, en los días sucesivos, en intentar averiguar más detalles de aquel homicidio.

## Buscando

Al día siguiente, Eduardo se sentó frente al monitor con una curiosa ansiedad.

La tarde anterior había estado con su mujer en un centro comercial, comprando todo lo necesario para la casa, y después habían ido a cenar a un restaurante chino cerca de donde vivían.

No le gustaba especialmente la comida china pero el restaurante era limpio, bastante económico, y la gente que trabajaba en él era la misma desde hacía años y se sentían como en familia.

A Silvia le gustaba comer allí, decía que los cuadros de las paredes y la decoración del local eran relajantes, y apenas cruzaban dos o tres frases durante la cena, como mucho para decirse lo que tenían que hacer al día siguiente, y poco más.

Durante toda esa tarde Eduardo había conseguido llegar a ver el asunto del asesinato como algo ajeno a él. De acuerdo, estaba más o menos metido en el tema, pero sólo por casualidad.

Estuvo pensando en que tenía ciertos datos: el nombre Tammuz, el video, el hecho de que tenía una amiga de nombre Sonia y que esas dos personas habían publicado un anuncio en alguna web de contactos buscando una chica para realizar un trío.

Teniendo por delante tantas horas, con todo el trabajo prácticamente parado a la espera de nuevas peticiones de otros departamentos, y teniendo conexión a Internet, pensó que podría ser sumamente interesante, o por lo menos entretenido, intentar seguir la pista de esos datos.

Encontrar el supuesto anuncio en el portal Buscasexo parecería a primera vista algo sencillo, pero tratándose de Eduardo todo se volvía complicado. Nunca había entrado a una web de contactos, ni de personas solas ni de parejas, ni en general en ninguna que tuviese que ver con sexo. Sobre todo, porque nada más acceder a esas páginas, como ya le había ocurrido cierta vez que confundió una letra de una conocida web de actualidad y acabó en otro sitio que nada tenía que ver con lo que buscaba, toda la pantalla se llenaba de nuevas ventanas repletas de contenido erótico y pornográfico.

Recordó cómo tuvo que apresurarse a cerrar una tras otra, con la cara roja como un tomate pensando en que cualquier compañero podría ver esas imágenes y pensar mal de él. Y, cuantas más ventanas cerraba, más ventanas nuevas se abrían, incesantemente.

Por eso, primeramente se decidió por algo mucho más sencillo y discreto: tratar de encontrar a Tammuz. No era un nombre frecuente. De hecho nunca lo había visto, pero le sonaba a oriental.

Abrió su navegador de Internet y entró en Google.

En el campo de búsqueda escribió: **Tammuz**.

Pinchó sobre el botón de búsqueda, y miró los resultados.

**Aproximadamente 470.000 resultados (0,40 segundos)**

Y, debajo, los enlaces a las webs que coincidían con la palabra que estaba buscando. Miles y miles de páginas de enlaces.

Eduardo se sintió desanimado. Tammuz era por lo visto el dios babilonio de la fertilidad. Avanzó algunas páginas más y todas eran lo mismo. No iba a sacar nada en claro por aquí.

Abrió Whatsapp en su móvil y copió el número de teléfono de Tammuz en Google. Nada tampoco, salvo los habituales enlaces a páginas de búsqueda telefónica inversa que nunca funcionan.

Bien, era hora de pasar a la tercera opción: buscar en Facebook.

Pinchó en los enlaces favoritos, se abrió la pantalla de identificación de usuario registrado, y tecleó ambos datos, usuario y contraseña, porque siempre había tenido clarísimo que no se debe marcar la casilla "No cerrar sesión" en un ordenador que ahora era de su único uso, pero que en el futuro o en cualquier momento, por motivos de trabajo, podría ser utilizado por cualquier otra persona.

Correo o teléfono:	<b>Eduardo.farra.belier2000@gmail.com</b>
Contraseña:	*****

**Entrar**

Eduardo sonrió, como siempre, al teclear la clave de acceso, aunque lo único que aparecía en pantalla era una sucesión de asteriscos.

Su clave era "guarron".

Silvia, su esposa, le llamaba así cada vez que hacía un comentario o broma referente al sexo, o cada vez que, inútilmente, le había propuesto introducir algún tipo de novedades o juegos en sus relaciones: "guarrón".

Eduardo nunca entendió que nada relacionado con el sexo pudiera llegar a ser tabú para alguien, porque algo tan íntimo y personal es, sin duda alguna, de todo menos prohibido o sucio, si dos personas están de acuerdo libremente. Exceptuando alguna forma de verlo, como aquel comentario que Woody Allen hizo en cierta ocasión: "el sexo solamente es sucio cuando se hace bien".

Pero para Eduardo el sexo era, más que un placer, el mejor medio de hacerle sentir a otra persona el cariño que se le tenía, o lo importante que era para él.

Silvia solamente le contestaba: "sabes que aunque en la cama no sea tan ardiente como a ti te gustaría, te quiero lo mismo o más que tú a mí. Una cosa no tiene nada que ver con la otra".

Una vez identificado en la red social tecleó "Tammuz" en el buscador y se sintió ligeramente esperanzado al ver que aparecían coincidencias. Hizo click sobre "ver más resultados para Tammuz" y le echó un vistazo al listado resultante.

Había resultados de todo tipo. Filtró por "Personas" y ya aparecieron rostros en pantalla. Seguían siendo demasiados, a medida que descendía por el listado seguían apareciendo más y más y no parecía tener fin.

¿Qué más datos podía utilizar en su búsqueda? El número de teléfono no era una opción. Releyó los mensajes y localizó el lugar de su cita, el barrio de Malasaña, así que estaba claro que vivía en Madrid como él. Adoptando una expresión de "soy el puto amo" por su hábil deducción, escribió "Madrid" en el filtro de Localidad seguro de reducir los resultados un poco más y estar ya mucho más cerca de encontrar su objetivo.

***No se han encontrado resultados para tu búsqueda.***

*Comprueba que el término de búsqueda no contiene errores o busca otro término.*

Estupendo.

Iba a mirar su móvil de nuevo por si hubiese pasado por alto algo que pudiera resultar útil para la búsqueda, cuando se abrió la ventanita del Messenger en la parte inferior de la pantalla.

**Laura:** ya te vale, no saludas ni a las amigas, borde! 😞

¡Cielos! Eduardo se había olvidado por completo de sus costumbres y buenos modales. Ese día ni siquiera había saludado a su amiga.

Se sintió fatal, como si se le hubieran caído los pantalones en medio de una fiesta de gala, y todo el mundo le estuviese mirando.

Tenía que pedirle perdón a Laura por no haberle dicho nada, utilizaría la clásica excusa de exceso de trabajo.

Así que escribió tan deprisa como pudo, y envió este mensaje:

**Eduardo:** perdona, ya estoy, es que no podía escribir! 😞

Pero se dio cuenta de que el destinatario aparecía como desconectado.

Hizo click en su nombre y entró a su muro, donde encontró lo último que había publicado su amiga:

**Laura**  
Hace 1 minuto

Chicos y chicas, buenos días y ya de paso buenas tardes y buenas noches a todos y nos vemos mañana, que hoy no tengo ganas de charlar. ¡CIAO!

Vaya, su amiga se había desconectado del todo, visiblemente enojada. Ahora se sentía mucho peor, y aún más culpable.

Ultimo recurso: el teléfono.

Marcó el teléfono del trabajo de su amiga Laura, y esperó a que descolgase.

—Manufacturas Gómez y Nieto, ¿dígame?

La respuesta no sonó convincente. Eduardo conocía bien a su amiga y aquello era más un "que me dejes en paz" que un saludo comercial.

—Eh, Laura, no me hagas esto, joer... —le dijo, poniendo la voz más cariñosa que pudo.

Laura permaneció callada durante unos segundos, y después contestó:

—Capullo.

Y volvió a quedarse en silencio.

—¡Venga, Laura, leches, que te llamo a propósito sólo para preguntarte qué te pasa! ¿Me lo puedes decir, por favor?

—Estoy enfadada contigo, Edu —fue la lacónica respuesta de ella, pero al menos ya era una respuesta.

—Pero... ¿por qué, Laura?

—Porque no me has dicho nada por ninguna parte, y llevaba media hora esperándote, y me he puesto contenta al verte conectado en Facebook, pero... bah, es igual, déjalo —ahora su voz sonó como la de un niño a la que le han prometido un juguete y sus padres se han olvidado de comprárselo.

—Jo, cielo, perdona, pero te juro que es que no he podido escribir nada. ¡En cuanto me he conectado, ha aparecido mi jefe y se ha sentado a mi lado! —Eduardo se sintió mal. Era la segunda vez que mentía a su amiga... ¿o la tercera? Bueno, el caso es que mentía, y eso no le gustaba nada de nada.

—No te preocupes, ya se me pasará

—¿De verdad? No me gusta verte enfadada conmigo, es la primera vez que te veo así.

Aquello también era cierto. Eduardo y Laura jamás habían discutido por nada, si se entiende por discusión el llegar a molestarse el uno con el otro por alguna razón. Habían mantenido largas conversaciones sobre temas en los que cada cual tenía una opinión muy diferente con respecto a la del otro, pero nunca se habían enfadado.

—Si no estoy enfadada contigo, bobo. Es que me ha sentado mal que estuvieses ahí y no me contestases, y más hoy, que quería decirte algo muy importante...

—Pues ya sabes por lo que ha sido, Laura —Eduardo ya la notaba más relajada —, no es que estuviese hablando con todo el mundo menos contigo, sino por lo de mi jefe

—Oye, que a mí no me tienes que dar explicaciones de si te mensajearas o no con alguna otra, ¿ok? Eso es cosa tuya.

Eduardo creyó advertir en la voz de su amiga un tipo de entonación que nunca antes había notado. No era enfado, no era desconfianza, no era indiferencia, no era broma... ¿qué era?

Durante un instante, un presentimiento pasó por su cabeza.

—Laura... ¿¿¿estás celosa???

Su amiga no respondió.

—¿Laura? —insistió

—Edu, hoy había decidido contarte una cosa... bueno, una no, la verdad es que son dos cosas

—Pues venga, dime —Eduardo prefirió no repetir la pregunta de antes, porque lo cierto es que no le veía el sentido.

—Pero antes, prométeme que, te diga lo que te diga, nuestra amistad seguirá siendo la misma que hasta ahora, y que no cambiará tu actitud hacia mí, ¿vale?

Ese tipo de peticiones de promesa le ponían nervioso y no podía remediarlo. Decirle a alguien "prométeme que no te vas a enfadar por lo que te voy a contar" es como decirle "es que sé que te vas a enfadar y quiero que me perdones de antemano".

—Te lo prometo. Soy todo oídos, dispara...

—Lo primero que quería decirte es que he dejado a mi chico.

Eduardo no se esperaba eso. Su amiga siempre había estado enamoradísima de "su chico", como ella le llamaba, aunque él no entendía el porqué.

"Su chico" era un hombre mucho mayor que ella, de casi 50 años, de su misma ciudad. Estaba casado, con mujer e hijos, y con un estatus social muy importante. Según parecía, pese a su edad era un hombre realmente atractivo, de los que embelesan a las jovencitas y no tan jovencitas. Y tenía una labia indiscutible: le había visto escribir comentarios en muros de otras chicas y ver cómo parecía llevárselas de calle.

Era algo que todos sabían, porque quieras que no siempre hay algún amigo de un amigo de un amigo que sabe cosas. Y más en las redes sociales. Ese "chico" no buscaba más que relaciones esporádicas, con chicas más jóvenes que él, y ya había tenido varias con amigas de amigas de amigas.

Por eso, cuando la última de la lista fue su amiga Laura, Eduardo no lo entendió. Ella misma le había puesto a parir en numerosas ocasiones, llamándole "chulo prepotente y creído", y criticando el que alguna chica se liase con él sabiendo que no habría más que sexo.

---

Pero de buenas a primeras, de la noche a la mañana, comenzó a defenderle, a decir "estaba equivocada con él, no es como parece ser" o "cuanto más le conozco como es en realidad, más me gusta".

Total, que acabaron liándose, y durante los últimos dos meses habían mantenido una relación de amantes a escondidas. Eduardo jamás le preguntó nada al respecto, ni le aconsejó nada. Lo único que le interesaba saber es si Laura era feliz con aquel individuo, y punto. Y parecía serlo, o parecía estar ilusionada... aunque seguían siendo frecuentes los rumores de que "su chico" mantenía varias relaciones al mismo tiempo.

—No te digo nada, como siempre. Si lo has dejado tú, es que tenías tus razones, y yo estoy a tu lado en todo lo que decidas, ya lo sabes, chiqui — le contestó a su amiga.

—Sí, bueno, eso no es importante. Lo he dejado y ya está. Lo que sí quería que supieras es otra cosa, y no sé cómo decírtelo...

—Dilo, simplemente, Laura. ¡A ver si a estas alturas vas a tener que pensar en cómo decirme algo! Jajaja

—Vale, pues allá va. He tenido muchas razones para dejar mi relación con el tío este —Eduardo notó que de ser "su chico" de forma cariñosa había pasado a llamarle "el tío este" casi despectivamente —, pero hay una en concreto que es la que más me ha hecho decidirme.

En este punto Laura hizo una pausa bastante larga. Eduardo notó que su amiga le estaba casi pidiendo que le preguntase : "¿qué razón es esa?". No podía negarse.

—¿Qué razón es esa, Laura?

—Pues... —Laura comenzó a tartamudear ligeramente—que desde hace un tiempo, he notado que yo... bueno, que tú y yo... joer, no, quiero decir que yo, cuando estoy contigo... siento que...

En ese instante, Laura se quedó con los ojos abiertos como platos, con las palabras detenidas entre sus labios, y mirando incrédula el teléfono que sostenía en su mano.

Al otro lado de la línea, Eduardo había arrojado, literalmente, el auricular sobre el aparato, colgándolo estrepitosamente.

Acababa de entrar un mensaje en su Whatsapp:

+34797600341 a 3 no son multitud: hola guapa, soy Sonia, a ver si puedes ayudarme. ¿Sabes algo de Tammuz?

## Sonia

Eduardo no se había dado cuenta de que había dejado a su amiga Laura con la palabra en la boca. Tan sólo sabía que tenía que escribir cuanto antes para que no se escapase aquella chica.

Se autotildó de tonto por no haberse dado cuenta de que había otra persona más en el grupo de Whatsapp del tal Tammuz, y de que además aquella mujer era parte importante en su último y malogrado triángulo erótico. Más claro, el agua de un manantial de montaña o su último examen de Filosofía en la facultad, que dejó en blanco.

Se apresuró a añadir aquel número a sus contactos y contestar:

**Eduardo:** hola, soy Eduardo

Pasaron unos instantes, y apareció la respuesta:

**Sonia:** hola, pensé que eras una mujer, pero ya veo que no, quién eres?

**Eduardo:** No nos conocemos. Tammuz habló conmigo hace dos días y me metió en este grupo confundíndome con otra persona

**Sonia:** Espero que no te dijese nada indecente jajajaja

Eduardo en este punto ya no supo qué contestar. Estaba claro que la tal Sonia no sabía nada del asesinato de su amigo de correrías sexuales, y pensó que decirse solamente produciría que aquella chica desapareciese de inmediato, posiblemente asustada. En ese caso, se quedaría sin poder averiguar nada más sobre el asunto, ahora que empezaba a sentirse como una especie de investigador privado de esos de las pelis americanas, que deciden resolver un crimen por el simple placer de hacerlo...

**Eduardo:** pues no sé, no recuerdo que me dijese nada guarro... jajajaja

**Sonia:** bueno, ya viste bastante, desde luego. No has sabido nada de él hoy por aquí?

**Eduardo:** No, ni ayer tampoco

Pasaron unos segundos que se le hicieron interminables.

Eduardo intentó seguir manteniendo el interés de aquella mujer.

**Eduardo:** aunque no nos conozcamos puedes estar tranquila, ¿eh?. No soy un salido ni un acosador, al contrario, soy bastante respetuoso y formal 😊

Unos segundos más...

**Sonia:** justo lo que menos busco... jajaja Ya sé con quién no chatear a partir de ahora

**Eduardo:** no entiendo

**Sonia:** es igual. Digamos que mi forma de ser no se parece en nada a la que acabas de describir. No soy de ese tipo, ya sabes, de la gente con vida hecha, estable, decente, hombres y mujeres casados y felices...

**Eduardo:** tienes algo en contra de los casados?

Otra pausa.

**Sonia:** tu mujer sabe que chateas con otras mujeres?

Ahora fue Eduardo el que hizo la pausa. ¿A qué venía esa pregunta?

**Eduardo:** eso es algo entre ella y yo, perdona que no te responda

**Sonia:** o sea, que estás casado. Tal vez puedas acabar siendo interesante, fijate tú 😊

**Eduardo:** por?

**Sonny38:** tú quieres saber mucho

**Eduardo:** por preguntar no pasa nada

**Sonia:** pues tienes razón, pero ahora tengo que seguir trabajando, encanto

**Eduardo:** te veré en otra ocasión? Me gustaría seguir hablando contigo, me has caído bien...

Estupenda y manida frase de último intento desesperado. Es la típica frase que cualquier típico ligón le dice siempre a cualquier chica, en cuanto han hablado un poco. ¿Cómo te puede caer bien o mal una persona en tan poco tiempo y desear seguir hablando con ella? Aunque, pensándolo bien, con Laura sí le había pasado...

**Sonia:** sueles usar el móvil en casa?

**Eduardo:** no, no lo hago, suelo usar el ordenador para mirar algún correo o para descargarme alguna película

**Sonia:** esta noche estaré en Facebook desde las 23:00 hasta que el cuerpo aguante. Si quieres volver a hablar conmigo, búscame a partir de esa hora como Sonia Ynadamás

**Eduardo:** preferiría que fuese por la mañana, como ahora

**Sonia:** claro, para que no te pille tu mujer, eh? jajajaja

**Eduardo:** por lo que sea, no podemos mejor vernos mañana por la mañana?

Un instante de silencio y espera.

**Sonia:** me gusta la gente atrevida. Si te conectas esta noche sabré que lo has hecho sólo por mí, y ganarás muchos puntos. Tú mismo 😊

**Eduardo:** y si no puedo entrar por cualquier cosa?

**Sonia:** acabo de agregarte a mis contactos de Whatsapp. Esta noche te espero. Un beso.

**Eduardo:** vale, lo intentaré pero no prometo nada

Este último mensaje ya no llegó al receptor.

Eduardo odiaba esa manía que tenían algunos de decir la última palabra y poner sus condiciones sin esperar respuesta. En fin, ya vería si a la mañana siguiente le respondía o no.

¡Lo que tenía clarísimo es que no pensaba ponerse a chatear con su mujer delante!

## A escondidas

Aquella tarde Silvia le propuso a Eduardo que fuesen al cine a ver una película de estreno. Era una comedia romántica de las que tanto le gustaban a ella.

A él le gustaban también, pero prefería ir al cine solamente cuando eran pelis de acción o con muchos efectos especiales. Así sí daba gusto estar en una sala de cine, con el volumen a tope y sin que los vecinos se quejasen por el home cinema. Pero ese tipo de películas, las romanticonas, le parecían más de descargar para ver en casa.

De todas formas le pareció bien la idea. Dar una vuelta, salir un poco, y pasar unas horas sin pensar demasiado en el tema del asesinato. Se lo había tomado como un entretenimiento, pero no quería que se convirtiese en una obsesión. Y reconocía que se pasaba pensando en ello más tiempo del que debería.

La sesión de las 20:00 h. estaba a tope. Quedaban un par de asientos en la fila 15, y a Eduardo le gustaba sentarse en el centro de la sala, no al final del todo. Lo discutieron un rato, y finalmente decidieron quedarse a cenar en algún restaurante y entrar a la sesión de las 22:00 h., que estaba casi vacía.

La película, pese a todo el bombo y platillo que le habían dado en los anuncios los días anteriores, y pese a contar con un reparto de excepción, era un auténtico bodrio. Eduardo pasó gran parte de la hora y media que duró durmiendo a pierna suelta en su butaca, mientras su esposa lloraba con cada escena tierna.

Al volver a casa él estaba totalmente despejado y Silvia tenía un sueño tremendo. Por primera vez en mucho tiempo, se acostaron juntos, a la misma hora.

Ella se quedó dormida enseguida, y Eduardo estuvo dando vueltas y vueltas en la cama, sin conseguir pegar ojo.

Miró el reloj de la mesilla: eran las 00:27 h.

Pensó si Sonia seguiría aún conectada en Facebook, tal y como le había dicho la mañana anterior. Tocó ligeramente el hombro de Silvia y susurró:

—¿Estás dormida?

No hubo respuesta. Su mujer estaba durmiendo profundamente.

Eduardo lo pensó un momento, y decidió que podría encender el ordenador y conectarse un poco, ya que Silvia no se enteraría de nada. Apenas un minuto. Tenía el ordenador en una habitación aparte, y marcarse un tanto por conectarse, ante aquella chica, le apetecía mucho.

Dicho y hecho. Se levantó, fue a la habitación contigua, encendió el flexo que había sobre la mesa, encendió el ordenador, se conectó a Internet y entró a la red social.

Buscó “Sonia Ynadamás” y solo apareció un resultado, con una imagen de Campanilla de Peter Pan en lugar de foto. Hizo click y entró a su perfil. Debía tener muy bien configurada la privacidad porque no se veía nada de nada en él: ni fotos, ni amistades, ni publicaciones...

Probó suerte pulsando el botón de “Añadir a mis amigos”, que cambió a “Solicitud de amistad enviada”. Y así se quedó, mirando absorto ese perfil donde no había nada que ver.

Un par de minutos después, cuando ya casi estaba decidido a apagar el aparato y acostarse, apareció la notificación de que Sonia Ynadamás había aceptado su solicitud de amistad. Y al instante se abrió una ventana de Messenger:

**Sonia:** pero bueno! Dichosos los ojos! 😊

**Eduardo:** con algo de retraso, pero sí, ya ves que me he conectado

En ese instante, se abrió otra ventana más:

**Laura:** qué haces conectado a estas horas? 😲

Eduardo se quedó un momento sin respuesta. No había pensado en que su amiga Laura fuese a estar conectada también. Entonces recordó lo sucedido con el teléfono, y se le ocurrió una respuesta apropiada y salvadora:

**Eduardo:** es que me sentía fatal por haberte dejado esta mañana colgada, y he entrado para pedirte perdón...

**Laura:** joooo, eres un cielo! Muaakssss!

**Eduardo:** ha venido mi jefe de golpe y te he tenido que colgar. ¿Me perdonas?

**Laura:** te perdono todo antes de que me lo hagas, bobo 😊

En la otra ventana, Sonia le escribió también:

**Sonia:** está tu mujer contigo?

Vaya, tenía que hablar al mismo tiempo con las dos chicas, y eso se le daba fatal. Si atendía a una, la otra se sentiría ignorada, y no quería que eso le pasase con ninguna de las dos. La una porque era su amiga más querida, y la otra porque era parte importante de su "investigación personal". Escribió una frase para Sonia, la copió y la pegó en la ventana de Laura:

**Eduardo:** antes de nada, si ves que tardo en contestar es porque aquí Internet me va muy lento, ok?

**Laura:** entendido. No se va a mosquear tu mujer?

**Sonia:** ok, entendido. Te he preguntado si está tu mujer contigo.

**Eduardo:** no, está durmiendo tranquilamente en la camita.

**Sonia:** vaya, qué penaaaaaa!

**Eduardo:** mi mujer está durmiendo, chiqui. Solamente me he conectado un ratito para pedirte perdón porque me sentía mal, y casi me voy ya

**Laura:** pues esto significa mucho para mí, de verdad...

Eduardo empezaba a angustiarse. Llevar dos conversaciones a la vez era algo que siempre le había aturrido mucho, porque solía confundirse de ventana. Y además en esos momentos estaba muy nervioso porque, aunque sabía que Silvia estaba en el dormitorio, nunca había chateado desde casa. Era como traicionarla o engañarla con otras en su propio hogar, en cierto sentido.

**Eduardo:** para qué quieres que esté mi mujer aquí?

**Sonia:** porque me apetecía escribir una cosilla para que lo leyéseis los dos, pero luego te lo cuento. A ver, dime, que no sé nada de ti: cómo eres?

**Eduardo:** entre amigos todo significa mucho, Laura

**Laura:** ya, pero en estos momentos significa mucho más

**Eduardo:** y eso? Es que estás un poco baja de ánimos, cielo?

**Eduardo:** joer, no sé cómo describirme, soy un hombre normal y corriente... mido 1.76 m, peso 76 kgs, tengo pelo castaño, ojos verdes, me conservo en forma... creo que soy resultoncillo, pero nada del otro mundo. Y tú, cómo eres?

**Sonia:** no soy guapa

Eduardo sintió un resquicio de ternura por aquella chica. Cuando una mujer dice abiertamente que no es guapa, es que considera sinceramente que no lo es y que no puede gustarle a un hombre. La pobre tendría muy poca autoestima...

**Sonia:** pero soy increíblemente atractiva 😊

La ternura desapareció de golpe. Cuando una mujer dice abiertamente que es "increíblemente atractiva", una de dos: o es que está de coña, o es que se lo tiene realmente creído. Y ya que había dicho justo antes que no era guapa, Eduardo optó por lo segundo.

**Laura:** no, Edu, no estoy depre. Pero últimamente me gusta ver que te fijas en mí, que te preocupas por mí... me gusta que estés ahí, sabes? 😊

**Eduardo:** siempre estoy aquí para ti, corazón! 😊

**Sonia:** has hecho alguna vez cibersexo?

**Eduardo:** ups.... pues no, creo que no 😊

**Sonia:** crees? O lo has hecho, o no lo has hecho, aquí no caben dudas! Jajaja

**Eduardo:** entonces no, no he hecho cibersexo jamás.

**Sonia:** y te gustaría hacerlo?

Eduardo pensó un momento la respuesta. Nunca había hecho cibersexo, porque le había parecido una estupidez. Escribir en un ordenador las cosas que te gustaría hacer en una cama con una persona del otro sexo era como estar mirando durante mucho rato el menú de un restaurante, muerto de hambre, charlar sobre lo ricos que deben estar los platos, y tener que quedarse con las ganas de probarlos. Pero no quería perder el interés de Sonia. Haría lo que fuese con tal de conseguir que confiase en él y más adelante le contase cosas sobre Tammuz.

**Laura:** me refiero a que últimamente siento cosas distintas por ti, bobo...

**Eduardo:** pues sí, ya que lo dices creo que me gustaría hacer cibersexo alguna vez. Me enseñas? 😊

**Laura:** cómo????

"¡Mierda! ¡Me colé!"

Eduardo acababa de meter la pata hasta el fondo. En lugar de contestar a Sonia, había escrito la respuesta en la ventana de su amiga Laura. Intentó arreglarlo, pero sabía que iba a ser muy difícil.

**Eduardo:** ays, perdona, esto no era para ti. Es que una amiga nueva me ha preguntado que si quería hacer cibersexo, y le iba a contestar que sí en plan de broma, para seguirle la corriente jajaja

**Laura:** pues síguete la corriente todo lo que quieras, Edu. Un beso, y hasta pronto.

*Puede que el usuario no responda. Parece estar sin conexión*

"¡Joderrr, no hago más que meter la pata con Laura! Algún día de estos se va a mosquear de verdad y me va a retirar la palabra...", pensó Eduardo, sintiéndose muy, muy mal consigo mismo.

**Sonia:** toc, toc... sigues ahí?

Había olvidado que Sonia esperaba la respuesta que le había enviado por error a su amiga. Pero la cambió:

**Eduardo:** sí, perdona, ya te he dicho que esto me va lento. La verdad es que ahora mismo no me apetece demasiado lo del cibersexo, la verdad...

**Sonia:** como quieras, es que estoy muy caliente a estas horas! jajaja

**Eduardo:** qué suerte la tuya... yo sólo tengo ganas de irme a dormir y que termine este día cuanto antes.

**Sonia:** pobrecito! Oye, una cosa...

**Eduardo:** dime

**Sonia:** aunque no te apetezca hacerlo, sí podrías intentar imaginar una cosilla que yo te escribiese por aquí, verdad? Es solamente una frase, venga, di que sí

**Eduardo:** puedo intentarlo, si te hace ilusión. A ver, dime...

Eduardo vio que Sonia escribía algo, y debía ser algo un poco más largo de lo habitual, porque le llevaba tiempo. Por fin, apareció la frase en la ventana:

**Sonia:** imagina que estuviésemos los tres, tu mujer, tú y yo, en tu cama. Tú de pie, yo a cuatro patas, y tu mujer tumbada boca arriba. Imagínate follándome el culito, metiéndomela hasta el fondo, mientras ves cómo yo le como el coño a tu mujer y ella se retuerce de gusto...

—¿Qué estás haciendo, cariño?

La voz de Silvia le pilló completamente desprevenido, y Eduardo pegó un salto en la silla. Su mujer estaba apoyada en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados y los ojos casi cerrados de sueño. No la había oído levantarse ni venir hasta la habitación, seguramente porque estaba descalza y el suelo era de parquet.

Se puso tremendamente colorado, y no acertó más que a apretar el interruptor de corriente del ordenador. El chico de la tienda que se lo había instalado le había dicho muchas veces: "nunca apague el ordenador directamente, porque se podrían estropear archivos y puede que la siguiente vez no funcione", o algo parecido, no sé qué de "inestabilidad de Windows". El caso es que Eduardo lo único que quería era quitar cuanto antes todas las ventanas de la vista, y que le diesen al aparato.

Se volvió con una sonrisa hacia su esposa, y le contestó:

—Nada, amor. No podía dormir y he entrado un momento a mirar si tenía algún correo pendiente, pero ya había terminado y me iba a acostar.

—Pues venga, vámonos —contestó ella, tendiéndole la mano y cerrando los ojos como si estuviese a punto de ponerse a dormir allí mismo, de pie contra la puerta.

Eduardo apagó la luz del flexo, y fue con su mujer hasta el dormitorio.

Una vez acostados, Silvia le dio la espalda, su postura preferida para dormir, y Eduardo se quedó mirando al techo.

La última frase que había escrito Sonia, aunque no quería reconocerlo, le había excitado y le había hecho imaginar la situación durante unos instantes. Una situación de lo más morbosa, que hasta ese momento jamás había formado parte de ninguna de sus fantasías.

Se giró, abrazándose a Silvia, y pasó su mano por encima de su cintura, acariciando sus muslos, y acercándose poco a poco a su sexo. Tal vez, con suerte, si conseguía espabilarla un poco....

## Encuentro

De nuevo era miércoles.

De nuevo tocaba la dichosa comida de trabajo, y de nuevo tendría que soportar al pelota de su compañero Luis lamiéndole el culo al jefe de ambos, y al jefe de ambos tocándoles las pelotas a los dos.

Al menos la empresa pagaba la comida, y la minuta del restaurante al que solían ir cada semana no era una tontería.

Al principio de estar en la entidad Eduardo pedía el menú del día, porque no quería parecer un gorrón ni un aprovechado. No tenía por qué ocasionarle un gasto innecesario a la empresa, si el menú estaba realmente bien.

Pero, a medida que pasaron los años, se sentaron con su jefe y él muchos compañeros distintos, y muchos de ellos no tenían ningún reparo en probar manjares que no se hubiesen podido permitir de otro modo. Al fin y al cabo, pagaba la aseguradora.

Y su jefe jamás dijo nada, reprochó nada, ni aconsejó nada. Al contrario, sacaba su Visa Oro y pagaba la factura con una enorme sonrisa, consciente de que sus subordinados se morían de envidia al ver quién ostentaba el poder y disfrutaba de los beneficios colaterales de ocupar un importante puesto.

Por tanto, cualquier atisbo de ética empresarial fue eliminada de la conducta de Eduardo, por lo menos en cuanto a esas comidas de trabajo se refería.

La conversación sería un peñazo insoportable, su jefe era inaguantable, sus compañeros también... una buena comida en un restaurante de alto standing lo hacía mucho más llevadero.

Así que allí estaba Eduardo, pensando en que dos horas más tarde cogería la carta y pediría el plato más caro, aunque llevase carne picada, que nunca había soportado.

Después de la comida pasaría a recoger su coche por el taller, y a llevarse el disgusto de lo que tendría que pagar por poder seguir utilizando aquel trasto. Esperaba que no se le cortase la digestión.

Laura no había dado señales de vida aquella mañana, ni la anterior, ni la anterior de la anterior. Ni por Facebook (en el que Eduardo pasó más de una hora diaria esperándola), ni por Whatsapp ni por teléfono. Posiblemente sería una de esas semanas en que tenía que realizar cosas de trabajo fuera de su oficina. Realmente no sabía qué trabajo era el que hacía su amiga, porque se lo había explicado miles de veces pero siempre le sonaba a chino. Su idea general era el de que analizaba lo que los clientes necesitaban, preparaba un informe, y después se encargaba de que se hiciese. Algo relacionado con ordenadores y programación, eso es todo lo que consiguió entender, y que llegaba a pasar varios días en instalaciones de otras empresas.

Tenía la esperanza de que tal vez le mandase un saludo un poco antes de comer, como había hecho varias veces cuando viajaba fuera. Una costumbre que le encantaba. Pero puede que esa semana la tuviese más complicada.

Lástima, porque quería pedirle disculpas por lo sucedido la noche del viernes. En fin, eran amigos, había confianza, y sabía que cualquier pequeño enfado o molestia duraría poco.

Pensó en escribir un correo al departamento de Marketing, para meter prisa con los documentos que llevaba esperando ya nueve días y que le tenían parado. Pero lo mismo le hacían caso esa vez, y se encontraba con todo su tiempo ocupado en las siguientes jornadas. Pensó: "les diré que lo espero, pero que no corre prisa, así cumplo, quedo bien, y que tarden lo que les salga de los coj..."

En ese instante recibió un mensaje en su móvil:

**Sonia:** me aburro 😞

Eduardo dejó el correo que iba a redactar para más adelante. Estaba deseando seguir hablando con Sonia, de la que no había tenido noticias tampoco, y enterarse de detalles sobre Tammuz, pero no quería que se le notase demasiado interés en el tema. Decidió responder a aquella chica de forma irónica y desenfadada, pero sin pasarse, obviando todo lo referente a la frase tan sugerente que aquella mujer le había escrito la última vez:

**Eduardo:** hola, yo también me alegro de verte 😊

**Sonia:** me aburro 😞

**Eduardo:** que ya lo he leídoooooo! Animo, que falta poco

**Sonia:** ya, solamente dos horas, pero me aburro 😞

**Eduardo:** veo que te esfuerzas lo justo en el trabajo, eh? 😊

**Sonia:** eeh, que yo trabajo duro y muchísimo, tío! Tengo lo que tengo gracias a mi esfuerzo, no le debo nada a nadie, y estoy orgullosa de ello

**Eduardo:** joer, perdona, solamente era una broma

**Sonia:** ni bromas ni ostias

**Eduardo:** hoy te has levantado con el pie izquierdo, por lo que veo

**Sonia:** me he levantado igual que ayer. No me hagas caso, es que me aburro.

"¿Es que esta chica no sabe decir otra cosa?"

**Eduardo:** pues no sé... entra a Facebook, navega un poquito, cuéntame algo... y yo qué sé!

**Sonia:** no me apetece escribir. He terminado todo lo que tenía que hacer hoy, y hasta mañana paso de desgastar teclas. Estoy pensando en salir a tomar algo en alguna terraza, que hace un sol estupendo, y así me entretengo viendo pasar a la gente

**Eduardo:** joer, qué morro, poder salir cuando quieres y sin darle cuenta a nadie

**Sonia:** pues tú no lo haces porque no quieres. Crees que alguien se daría cuenta de que te ausentas un rato? No sé lo que haces ni cómo lo haces, pero no veo tan complicado que te escapes un poco a tomar el aire. Y si te preguntan dices que has ido a la farmacia a comprar preservativos jajaja

**Eduardo:** me estás animando a escaquearme, eh? Mira que yo también estoy aburrido, aunque no lo escriba 30000 veces como tú... jajajaja

**Sonia:** pues no te lo pienses. Haz algo diferente por una vez, y vente a tomarte una caña conmigo.

Eduardo se quedó sin saber qué decir. Era la primera vez que una chica que había conocido por Internet le invitaba a un encuentro personal. Bueno, le habían invitado ya otras veces, pero siempre a quedadas, no a solas.

**Eduardo:** mira que no me lo pienso y me planto allí, eh?

**Sonia:** siempre le das tantas vueltas a todo antes de hacer algo que te apetezca? No me extraña que te aburras. Toda tu vida debe ser muuuy aburrida...

Sonia había dado en todo el centro de la diana, justo donde más le dolía.

**Eduardo:** me has tocado la fibra sensible. Dónde nos tomamos esa caña? Con estar de vuelta aquí sobre las 14:30 me vale, tenemos casi una hora útil.

**Sonia:** en la terraza que hay frente a mi tienda. Un momento, que te doy la dirección exacta...

Quince minutos después, Eduardo bajó del autobús a unos metros de la terraza donde se suponía que Sonia le esperaba. Se acercó y comprobó que todas las mesas estaban ocupadas. Lógico, era un día caluroso de principios de verano, a la hora del aperitivo, y qué mejor sitio para refrescarse y descansar que aquél, un oasis en medio de la gran ciudad.

Entonces se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo reconocer a aquella mujer, y eran varias las que estaban solas en actitud de esperar a alguien. La única descripción que tenía era la de que "no era guapa, pero irresistiblemente atractiva". Algo que podría decir cualquier chica o chico de Facebook hasta que puedas ver sus fotos.

Sacó el móvil del bolsillo para enviarle un mensaje, cuando notó que algo le rozaba la pierna. Algo que se había metido entre ellas, y ascendía lentamente desde su rodilla hacia arriba. Se sobresaltó, miró... y vio un pie muy moreno, calzado con un zapato negro brillante de tacón de aguja.

Dio la vuelta, y se encontró con Sonia. O al menos tuvo la impresión de que era ella, ya que sus fotos seguían ocultas para él en todos sitios.

Estaba sentada en su silla, con los brazos echados por detrás del respaldo, y las piernas cruzadas. La pierna de la que pendía el pie que hace un momento le había cogido por sorpresa se balanceaba arriba y abajo, jugueteón. "¿No he visto yo esta postura en... cómo se llamaba la peli... jah, sí!... en Instinto Básico?"

Pero aquella chica no era Sharon Stone, desde luego.

Llevaba un vestido verde pistacho, muy breve. Breve es una forma de describir un vestido que lleva tirantes, pero con un escote tan bajo que casi enseña el ombligo. Breve es una manera de definir que el vestido termina justamente donde se calcula que deben comenzar las bragas. Mejor dicho, el tanga. Era una chica con aspecto de llevar tanga. Otra conclusión estúpida.

Su piel estaba increíblemente bronceada, eso fue lo que más llamó su atención. Tenía un tono dorado, intenso, pero sin llegar a ser excesivamente oscuro. No había matices ni cambios de tonalidad, al menos en lo que se veía, que era bastante. Pero también algo indicaba que bajo aquel vestido color pistacho no habría marcas de bikini. Que todo su cuerpo tendría el mismo bronceado.

¡Y qué cuerpo! ¿Era aquel el cuerpo de una mujer que —probablemente— rondaba los cuarenta? Sus formas eran casi perfectas: un pecho desafiante, erguido, y generoso; una cintura estrecha; unas caderas proporcionadas; unas piernas larguísimas, y tan bien torneadas como sus brazos.

Había mucho gimnasio y dieta controlada en aquella anatomía.

Por fin, Eduardo se fijó en su rostro.

Pese a estar sonriendo, era arisco. Era un rostro alargado, enmarcado por un cabello negro y brillante, como sus zapatos, y ligeramente ondulado. Sus ojos, tal vez demasiado pequeños y juntos, eran negros también. Su nariz era de las que se catalogan como "con personalidad": tal vez demasiado grande, tal vez demasiado larga y algo curvada. Sus labios, por el contrario, eran pequeños y finos. Estaban pintados de un color rojo que destacaba mucho sobre su piel morena.

No, no era una chica guapa.

Pero... no podía negar que le había dicho la verdad: todo en ella era atractivo, muy atractivo. Enormemente sexy. Si su cara podía estropear en algo el conjunto, la mirada prometedora de placeres prohibidos que mostraban sus ojos oscuros lo arreglaba por completo.

—Eduardo, supongo —dijo con una voz algo dura, pero femenina, y cargada de seguridad.

Eduardo sonrió.

—Eduardo, sí. Y supongo que tú eres Sonia.

Ella se levantó para darle dos besos. Y él advirtió que sus movimientos eran felinos, pausados, estudiados, firmes. Como aquel trasero que se adivinaba a su espalda, que parecía ser de los de pera (curiosa costumbre la de los hombres, la de buscar semejanzas entre culos y frutas).

—¿Y si yo no hubiera sido Eduardo? —le dijo, entre risas —¡Porque si tardo un poco en volverme, me plantas el pie en mitad del medio!

—Con esa pinta de despistado y oficinista, querido, solamente podías ser tú —contestó ella, guiñándole un ojo —pero si hubiese sido otro tampoco pasaría nada, lo mismo me habría encontrado un ligue sin esperarlo.

Tomaron asiento, y cruzaron las frases establecidas: "¿qué tal la mañana?", "qué a gusto se está aquí", "joder, qué calor hace..."

Eduardo miró hacia los edificios que se encontraban cerca de la terraza.

—Así que tu tienda está por aquí, ¿no?

—Sí. —contestó Sonia, señalando a un lugar inconcreto tras ella —está por ahí. Es una tienda de ropa, de mi propiedad. Me gusta la moda, y me gusta diseñar.

—¿Siempre te has dedicado a eso?

—Solamente desde hace unos años. Tras mi separación. Me ayudó a centrarme en algo, a tener algo por lo que pelear, y me siento satisfecha de lo que he conseguido.

—Ah, eres separada... —Eduardo no había reparado en si ella llevaba anillo o no.

—Me casé con un tío forrado de pasta, pensando en que tendría una vida cómoda, repleta de caprichos, y en la que podría hacer todo lo que se me antojara. Yo solamente tenía que poner mi cuerpo, y él ponía el lujo.

—Supongo que es una decisión de cada cual... —Eduardo no sabía qué decir. Si hubiese sido su mujer la interlocutora, a estas alturas la estaría poniendo de vuelta y media. Pero él no pensaba juzgar nada.

—Una decisión equivocada. En aquel momento no pensé que una vida como la que me esperaba sería así de lujosa, que viajaría tanto, que tendría de todo... pero que no valdría una mierda porque la persona con quien se supone que la compartía te consideraba una más de sus propiedades. No es que yo sea romántica ni nada de eso, pero llegué a desear sentirme querida alguna vez, aunque fuese un poco.

—Entiendo

—Pues así es la vida. Crees que lo tienes todo, y siempre echas en falta algo.

Los ojos de Eduardo se habían posado, inconscientemente, en el escote de Sonia. Ella tomó la cerveza en la mano, y dio un sorbo, antes de decir:

—Están retocadas.

—¿Cómo?

—Las tetas —dijo ella, cogiéndose ambas con las manos y apretándolas un momento —, tenía demasiado pecho y me las reduje un poco. Se quedaron duras como piedras y no han perdido nada de sensibilidad, me encanta.

Eduardo notó que se había sonrojado al verse sorprendido mirándole el pecho, y siguió hablando atropelladamente:

—Así que decidiste separarte...

—Pues sí, pero de una forma muy jodida. No sé cómo lo hizo aquel cabronazo... —aquí Sonia hizo un inciso —Perdona que diga tantos tacos, pero soy muy mal hablada y no me da la gana moderarme...

—No te preocupes

—Pues no sé lo que hizo, o lo que hicieron sus abogados, pero el caso es que me vi en la puta calle sin nada, sólo con lo puesto. Pero de eso hace tiempo, y ahora soy una empresaria con éxito. Mola, ¿eh?

—Supongo... mi vida ha sido mucho menos intensa que la tuya, está claro.

—Pues no me la cuentes. No me gustaría que me aburrieses el primer día que quedamos.

Sinceridad no le faltaba, desde luego.

—Supongo que te gustan las cosas emocionantes y los retos, si eres empresaria...

—Entre nosotros, Eduardo... — Sonia se acercó a él, casi rozándole con la nariz —me gusta todo lo que es intenso, me gustan las emociones fuertes, me gusta lo que hace correr la adrenalina por mi cuerpo, y lo que me despierta los sentidos a tope. Lo que no lo consigue al máximo, simplemente, me aburre. He pasado muchos años siendo la concubina de un señor adinerado, y quiero pasarme el resto de mi vida sabiendo que no desperdicio ni un segundo de placer.

—Estupenda filosofía, no cabe duda.

—Jajaja, tienes una forma de hablar muy curiosa, ¿nunca te lo han dicho?

—Sí, me lo han dicho muchas veces, sobre todo en Facebook, donde hablar así es como muy pedante, ¿no?

— Lo es, créelo, lo es. Pero cada cual es como es, y en un chat cada cual puede ser también como le gustaría ser.

Eduardo pensó que el tema de Internet estaba bien, porque era algo que tenían en común.

—Y dime, ¿sueles quedar con mucha gente de las redes sociales?

Sonia pareció evaluar la pregunta, mirándole de reojo mientras daba otro pequeño sorbo de su cerveza.

—Seguiré siendo sincera. Me gusta quedar con la gente, y me gusta tirarme a quien me gusta. Digan lo que digan, la gente entra a Internet para encontrar rollo, y yo no me avergüenzo de decirlo. Punto.

—Bueno, bueno, tampoco generalices...

—¿Te gustaría follar conmigo, Eduardo?

Eduardo se atragantó con el líquido que tenía en la boca en esos momentos, y se encontró tosiendo y golpeándose el pecho.

—Tranquilo, que era solamente para sacarte un poquito de tu estiramiento —añadió ella, sin dejar de sonreír -. Relájate.

—Joder, Sonia, pues me has hecho polvo con la preguntita, ¿eh?

—Jajaja, ya lo sé. Me encanta provocar esas cosas... y muchas otras. —un nuevo guiño

—Sí, ya lo veo. Contigo todo debe ser sorprendente, por lo que veo.

Sonia volvió a acercarse a él, esta vez mucho más cerca que antes, si aquello era posible. Eduardo intentó no dar un respingo cuando notó la mano de ella deslizándose bajo la mesa por su muslo, desde su rodilla hasta la entrepierna.

—¿Sabes? —le dijo, con voz muy baja y los ojos entornados —pareces buena gente, y a mí me gusta la buena gente...

—Por favor, estate quieta —acertó a decir Eduardo por fin mientras miraba nervioso a su alrededor —me estás haciendo pasar un mal rato ahora mismo...

Pero parecía que ella quería decirle algo más, antes de retirar su mano, que por cierto estaba en esos momentos acariciando sus testículos por encima del pantalón, y provocando gotas de sudor en la frente de Eduardo.

—Escucha, corazón: me gusta la buena gente, pero no me acuesto con la buena gente. Estás casado, y posiblemente no has sido infiel en toda tu vida. Estoy seguro de que, si me lo propusiera, desearías con todas tus fuerzas serlo conmigo. Pero eso solamente ocurriría con una condición...

—¿Qué condición? —Eduardo realmente no quería saberlo, pero sí quería que aquella mujer terminase cuanto antes lo que quería decirle y retirase su mano.

—Solamente me abriré de piernas para ti si en esos momentos hay otra mujer mirando. Eso me demostrará que eres buena gente, pero que puedes llegar a ser muuuy travieso, y eso sí me excita.

—¿ Te refieres a mi mujer?

—Me refiero a otra mujer. Sea la tuya, la de tu primo, la de la pescadería, o una amiga que esté dispuesta. Me pirran los tríos.

Sonia pareció darse por satisfecha tras decir aquello, y se echó para atrás, quitando su mano del problema cada vez más erecto de Eduardo.

—Ah, como lo que ibas a hacer con Tammuz, ¿no?

Eduardo se mordió la lengua. No sabía por qué había dicho eso.

—¿Cómo sabes eso? —Sonia pareció algo sorprendida, pero no demasiado.

—Bueno, ya sabes... los mensajes de Whatsapp, un grupo que se llama “3 no son multitud”... solo he deducido que se refería a eso.

—Menudo elemento, el Tammuz —respondió Sonia —la verdad es que no me gusta nada de nada, es un imbécil y un creído. Pero me aseguró que me conseguiría un trío en un par de días y eso me excitaba. Aún estoy esperando a que me cuente algo...

"Pues espéralo sentada, guapa, porque va para largo", pensó Eduardo.

—Bueno, tengo que marcharme ya, que he quedado con un tío de Buscasexo para comer y tirármelo después —ella soltó aquella frase como si fuese algo que hiciera cualquier persona, cualquier día, a cualquier hora. Como si hablase de ir de compras.

—¿Un tío solo? ¿No me acabas de decir que te gustan los tríos?

—He dicho que me gustan, y me gustan mucho. Pero eso no quiere decir que no me guste hacerlo con un tío a solas. Si es como tú, sinceramente... —Sonia miró a Eduardo de arriba abajo, como poniéndole nota a su físico —no me pone mucho, pero si es como Moreno23, que está como un queso, entonces la cosa cambia.

—Vaya, te gustan jovencitos...

—Ejem —Sonia carraspeó —el 23 no es una edad, sino un tamaño, y te lo puedo confirmar porque me la ha enseñado por webcam. Lo que quiero comprobar dentro de un rato es si sabe manejar todo eso que la naturaleza le ha dado.

Eduardo, esta vez sí, se quedó sin saber qué decir.

Ambos se pusieron de pie, Sonia dejó un billete sobre la mesa, indicándole al camarero con un gesto que se cobrase y se quedase las vueltas, insistió en que esta vez pagaba ella y ya le tocaría a Eduardo pagar en otra ocasión, y se despidió de él con dos besos.

—Perdona las prisas, pero es que llego tarde ya, y tengo que cambiarme de ropa —le dijo.

—¿Te vas a cambiar? —ahora fue Eduardo el que miró a la chica de arriba abajo —¡Pero si estás imponente!

—Precisamente por eso. Cuando voy a una cita de este tipo, y sé a lo que voy, prefiero llevar cosas mucho más discretas. Así es mucho mejor cuando descubren lo que se esconde debajo. ¡Nos vemos!

Y, diciendo esto, se fue a toda prisa de la terraza, caminando por la acera con pasos largos y firmes, como toda ella.

Eduardo se quedó mirando aquel trasero que se contoneaba exuberante sobre aquellas largas piernas, cada vez más lejos. Y a su memoria se asomó un fragmento de una vieja canción de los Ilegales: "todo ese culo, lleno de peligros..."

## Sergio

Sergio (su nombre real, y no como se le conocía en Buscasexo), estaba alucinando por momentos.

Cuando vio por primera vez a aquella chica, en el bar donde habían quedado para conocerse, y la vio llegar así, tan repeinada, con el maquillaje justo, el bolso perfectamente acoplado en su brazo, las gafas de sol, y ese vestido oscuro tan bien planchado (que no mostraba ni escote, ni piernas, ni nada de nada), pensó que toda posibilidad de llegar a meterle mano ese día quedaba descartada.

Esa convicción se fue acrecentando por momentos, a medida que hablaban de temas sin importancia, de trabajo, de qué tipo de música le gustaba a cada cual... ¡Aquella mujer estaba buscando un novio o algo así, no un polvo salvaje, estaba clarísimo!

Pero ahora miraba dónde y cómo se encontraban ambos, tan sólo hora y cuarto después del primer saludo, y le costaba creer que aquella chica fuese la misma.

Ella había dejado su vestido, perfectamente doblado, sobre una silla en la habitación del piso de él. No le había dejado desnudarla, sino que le pidió que solamente mirase, aunque ella sí le desnudó a él.

Y Sergio no pudo quitar su mirada de asombro todo el tiempo, ni cerrar los ojos que tenía como platos. Debajo de ese vestido azul marino tan casi de convento, aquella chica llevaba un conjunto que solamente había visto en películas porno y sex-shops. Una especie de body de cuero, con pequeños remaches, y algunas partes, las más jugosas, cubiertas con una gasa semitransparente. No llevaba liguero, pero sí medias negras antideslizantes a medio muslo, con encajes, y los zapatos de tacón le añadían un morbo muy especial.

El remate llegó cuando sacó de su bolso unos guantes de seda negra, a juego con el conjunto, y se los puso antes de quitarle la ropa mientras acariciaba todo su cuerpo con ellos.

Sergio intentó besarla, pero ella siempre se echaba hacia atrás, con una mirada y sonrisa muy traviesas, y le empujaba suavemente como indicándole que todo llegaría, pero que en esos momentos ella tenía el control, y él solamente tenía que dejarse hacer.

No sabía si a aquella mujer le iban los rollos sadomaso, porque lo parecía por lo que llevaba puesto, pero tampoco le importaba lo más mínimo. Era del tipo de hombres que tenía claro que en esta vida hay que probarlo todo antes de decir si algo te gusta o no. En su día, cuando un matrimonio le propuso hacer un trío, Sergio trató de descubrir si le podía ir el tema gay, aunque fuese ligeramente. Pero el primer beso que le dio aquel hombre le sacó de dudas: era hetero convencido. Una cosa menos. Y ahora estaba a punto de probar una cosa más.

Por eso se dejó llevar cuando aquella mujer le dijo, en susurros, mientras le acariciaba la entrepierna con aquellos suaves dedos enguantados: "veo que te va a costar estar quieto, y a mí me gusta dominar al principio, así que te voy a esposar a la cama. Cuando haya hecho todo lo que me gusta hacer, cambiaremos los papeles y podrás hacerme todo lo que te apetezca".

Sergio iba a preguntarle algo que se le pasó por la cabeza en ese instante, pero ella respondió antes de que abriese la boca: "TODO".

Y allí estaba Sergio, esposado al cabecero de la cama, totalmente desnudo, y retorciéndose de placer mientras aquella mujer, que sin duda sabía lo que hacía, estaba arrodillada entre sus piernas, frente a él, haciéndole la mejor mamada que podía recordar. Sabía lo que hacía, sí, porque cada vez que él pensaba que no podría aguantar más y se correría enseguida, ella cambiaba el ritmo, le presionaba la base del pene con los dedos, y esperaba a que la excitación descendiese lo necesario como para poder seguir con su tarea de nuevo. Podría estar así horas y horas...

En cierto momento, Sergio dejó de sentir el contacto de los labios, lengua y dedos de aquella chica, y abrió los ojos para ver si es que había decidido por fin sentarse a horcajadas sobre él, metiendo su miembro hasta lo más hondo y cabalgarle salvajemente, algo que por cierto estaba deseando.

Pero vio que lo que hacía era tumbarse hacia un lado, sobre la cama, y rebuscar en su bolso durante unos instantes.

—Si buscas condones tengo un montón de ellos en la mesilla, ¿eh? —dijo Sergio, para que ella no perdiese más tiempo.

—No, no te preocupes —contestó ella, incorporándose de nuevo y agarrando su pene con una mano, con intención de volver a metérselo en la boca —Estaba comprobando que no me había llamado nadie al móvil, tú relájate y sigue disfrutando, guapo... A mí me gusta hacerlo sin nada —y le dirigió un guiño.

Sergio volvió a cerrar los ojos, dejando caer la cabeza sobre la almohada, y dejó escapar un suspiro fortísimo cuando notó de nuevo la lengua de ella sobre su sexo.

De nuevo pensaba que esta vez ya no aguantaría más y alcanzaría el orgasmo muy rápidamente, cuando escuchó un sonido sibilante y metálico, como el de una espada deslizándose por una hoja de papel.

Sintió un mareo, le fallaron las piernas, y poco a poco comenzó a notar un dolor que, desde ser casi imperceptible, se fue convirtiendo por milésimas de segundo en insoportable.

Abrió los ojos, levantó la cabeza, y notó que se le nublabla la vista.

De su entrepierna brotaba un horrible chorro de sangre, espesa y oscura, que estaba rociando el body de cuero de la mujer como una manguera rota. Ella se había incorporado, y miraba sonriendo sus propias manos.

En una tenía un cutter, con la hoja manchada de sangre, y en la otra el miembro de Sergio, desinflándose como un globo pinchado.

—No sé cómo podéis darle los tíos tanta importancia a vuestra polla —dijo ella, como si contase un chiste —si al primer inconveniente se queda hecha un guiñapo...

Sergio sintió que se mareaba, y comenzó a gritar aterrizado. Pero la música de Metallica a todo volumen que sonaba en la cadena lo llenaba todo.

—¡¡Joderrr!! ¿¿¿Qué me has hecho, puta???¿¿¿Qué me has hecho...????

Todo a su alrededor se volvía oscuro. Intentaba retorcerse, darle una patada o algo así a aquella mujer, pero los músculos no le respondían. Se sentía morir por

momentos. Ella cogió uno de los vasos de gin-tonic que habían dejado en la mesilla, y se lo arrojó a la cara, hielos incluidos, mientras con una de las manos tapaba la herida para que dejase de brotar tanta sangre. Sergio escuchó que ella le decía, como si fuese una promesa del mejor sexo, y no de la peor de las muertes que se pudiese imaginar:

—Eeh, no te desmayes todavía, guapo, que esto sólo acaba de empezar...

## Atasco

"Estupendo, y lo dicen ahora", dijo Eduardo en voz alta, aunque nadie podía escucharle. Estaba en el interior de su automóvil, en mitad de un embotellamiento monumental. Acababan de decir por la radio que un camión cargado de gasóleo había volcado y el tráfico se encontraba parado, provocando una retención de casi doce kilómetros. Se sugerían rutas alternativas de acceso. Eduardo pensó que su mierda de coche no iba equipado con hélices y que no había forma de dar la vuelta sobrevolando a los demás. Podía estar contento de que aún funcionasen tres de los cuatro elevadores eléctricos.

Llamó al móvil de su jefe, para decirle que se retrasaría debido al accidente. "No te preocupes", le había contestado su superior, "creo que estoy un par de kilómetros detrás de ti, y no me parece que vaya a poder adelantarte".

Eduardo, ya más tranquilo, intentó relajarse y tomarse aquello con la filosofía propia de los madrileños acostumbrados a pasar más horas acariciando el volante que a sus esposas, novias o ligues.

Cruzó una pierna por debajo de la otra, tiró del freno de mano, y encendió el móvil.

Antes de nada, sacó el cupón de los ciegos de su bolsillo, y miró si le había tocado algo.

"Me ha tocado seguir trabajando, para variar". Hizo una bola con el cupón, bajó la ventanilla y lo arrojó fuera.

iiiiPIIIIIII!!!!

La bocina de la moto que en esos momentos le estaba adelantando por el arcén se le clavó en el tímpano, y la vio perderse unos metros más adelante, mientras la pelota de papel que había tirado caía en la cuneta tras haber rebotado en el pecho del motorista.

"Que tengas un buen día tú también, y perdona", pensó Eduardo, sonriendo.

Empujó sus gafas hacia arriba con el dedo índice, y revisó los titulares de la web de noticias por encima, conversando con él mismo sobre lo que leía.

*"La ley del divorcio que el Gobierno prevé aprobar hoy enfrenta a las madres y los padres separados "*

"Como si no bastase ya la separación para enfrentarlos..."

*"Francia extradita al asesino de Cabanillas después de cumplir allí parte de su pena "*

"Se lo podían quedar para siempre, no sé quién les ha pedido que lo devuelvan..."

*"Las prostitutas 'indignadas' con la Comunidad por hacer 'oídos sordos' a todas sus propuestas"*

"Hay cosas que nunca cambiarán..."

*"Un nuevo crimen del asesino satánico"*

Eduardo descruzó las piernas, se echó hacia delante y apoyó el brazo bruscamente contra el volante. El claxon de su coche sonó, metiéndole un susto tremendo. Iba a pedir perdón al conductor del vehículo que le precedía con un gesto, para indicarle que había sido un lapsus inintencionado, cuando se dio cuenta de que este también tocaba su bocina, y a continuación decenas, centenares de coches más, animándose unos a otros.

"Menuda acabo de liar..."

Volvió la vista al móvil, y leyó con avidez.

*"El modus operandi es similar, y el crimen es igualmente escabroso."*

*Madrid, ayer tarde.*

*Los compañeros de un joven de 25 años encontraron descuartizado el cadáver de su amigo en el piso que todos compartían. Los restos de la víctima, con las iniciales S.G.M., se encontraban esparcidos por toda la vivienda. Un nuevo y macabro crimen del que la policía aún no ha dado detalles. Ante las preguntas de los periodistas, estos jóvenes contestaron: "nos pidió que le dejásemos el piso para él esta tarde, porque había ligado con una chica por Internet y se la iba a traer aquí. Eso es todo lo que sabemos, no tenemos nada que ver en esto". Se espera un comunicado oficial de las autoridades durante el día de hoy ante lo que parece una ola de asesinatos en serie."*

Eduardo apagó el teléfono y se dejó caer en el asiento, cerrando los ojos. Fuera, el soniquete de las bocinas de los automóviles parecía ir disminuyendo poco a poco, pero él no lo escuchaba. En su cabeza se estaban acumulando pensamientos y conjeturas que le hacían sentirse muy mal.

"No, no, no... Es demasiada casualidad, pero no puede ser..."

Un helicóptero de tráfico cruzó el cielo sobre él, pero tampoco lo oyó.

"Hay miles de chicas y chicos en Internet, joer. Vale, que sí, que a este le ha pasado lo mismo que a Tammuz, que Sonia estaba metida en el meollo, y que ayer dio la coincidencia de que ella también había quedado con un tío, pero no... ¡no puede ser, leches!"

Pero la vocecilla de su cabeza le seguía machacando insistente. "¿Quieres más pruebas? Mismo día, misma tarde, Internet, chica que liga chico. Más claro, agua..."

La vocecilla calló de repente, cuando Eduardo escuchó unos golpes en su ventanilla.

Se giró sobresaltado. Al otro lado había un motorista de la Guardia Civil, indicándole con gestos muy exagerados y violentos que hiciese el favor de ponerse en marcha. Miró adelante, y vio que los demás coches ya estaban a varios cientos de metros de distancia.

Se apresuró a coger el volante, quitar el freno de mano, y a meter la marcha para seguirlos.

De nuevo otro golpe en la ventanilla. El guardia le estaba indicando que se pusiese el cinturón de seguridad.

## Buscando otra vez

El móvil estaba sobre la mesa, y la mente de Eduardo en cualquier parte menos en él mismo.

La idea inicial de investigar por su cuenta el asesinato de Tammuz le había atraído mucho. Era como jugar a policías y ladrones, como intentar adivinar quién es el culpable en una película antes que los demás. Era como tener un hobby en su monótona vida.

A otros les da por coleccionar los primeros fascículos de esos que salen cada mes de septiembre, irremediamente, en los kioscos, anunciados a todas horas por la tele: "Los mejores relojes de la historia", "Construya su propio submarino teledirigido. Primera pieza y planos", "Obras completas de la literatura escandinava. Una colección imprescindible"...

A otros les da por pintar muñecos de Warhammer, aunque no tengan ni idea de cómo se juega ni lo que es un orco o un elfo, y sus hijos sean demasiado pequeños para enseñarles.

A otros les da por tener el mejor jardín de la urbanización, con las flores más bonitas, el césped más cuidado... aunque cuando sus vecinos les visiten sólo piensen: "lo hace por creerse mejor que los demás y aparentar".

Y a Eduardo le había dado por jugar a detective.

Un asesinato era intrigante, misterioso, excitante. Pero dos ya le daban miedo. Y mucho más miedo al pasársele por la cabeza la frase que Sonia le había soltado la mañana anterior, como quien no quiere la cosa: "¿Quieres follar conmigo, Eduardo?".

¿Debía, o no debía seguir con aquella historia?

Era tan fácil como dejar de hablar con aquella chica, que al fin y al cabo lo más posible es que no tuviera nada que ver con esas muertes, y olvidarse de ser un Colombo de oficina. Tan fácil como volver a su vida rutinaria, aburrida, parametrizada.

...

No, eso nunca. Ya bastaba de vidas aburridas. Jugaría un poco, sólo un poquito más, y luego ya vería lo que hacía.

Respiró hondo, y comenzó a pensar en sus siguientes pasos.

No había foto en la noticia, y los datos eran escasos. Tendría que esperar a la recopilación ampliada del viernes para saber algo más. Demasiado tiempo para lo impaciente que se había vuelto en los últimos días.

Una idea peregrina le rondó la mente un instante, y se encontró marcando un número de teléfono.

—Policía nacional, división de homicidios. ¿En qué puedo ayudarle? —contestó una voz femenina al otro lado.

—Buenos días —contestó Eduardo, adoptando un tono sereno y seguro —Llamo por si me pudiesen facilitar algún dato más con respecto al asesinato ocurrido ayer tarde en Madrid, ya sabe, el del joven que compartía piso. Soy periodista.

—Buenos días —respondió la chica -. Siento decirle que no facilitamos ningún tipo de información a los medios por teléfono, como usted bien debe saber ya.

—Ah, sí, es cierto —Eduardo se sintió contrariado —pero mi jefe insiste en que redacte la noticia ya mismo, y ya sabe cómo son los jefes...

—El comunicado oficial de la Policía se hará público a lo largo de la mañana, caballero. ¿Me ha dicho que es usted un periodista de...?

Eduardo colgó el teléfono al instante. Como siempre, sus ideas geniales acababan por ser una auténtica gilipollez. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza que la policía le fuese a contar con pelos y señales todos los detalles del asesinato, así, por las buenas?

Fue un momento al cuarto de baño, esas necesidades sí que no pueden esperar.

Frente a la pared de baldosines marrones, sacudiendo la última gota frente al urinario vertical, intentó hacer memoria.

"¿Cómo se llamaba el tío este? No sé qué 23..."

El 23 no se le había olvidado. Eduardo se había imaginado con seis centímetros más en su anatomía y había pensado que no sabría qué hacer con ello, dónde meterlo, o cómo sentarse sin pillárselo continuamente.

Pensó en Sonia cuando le estaba contando que había quedado con aquel individuo. Le pareció recordarla casi relamiéndose al comentar que le había visto a través de la webcam, con su lengua recorriendo esos labios tan rojos, que destacaban tanto en su tez tan morena...

"¡Moreno23! ¡Eso es!"

Se subió la cremallera a toda prisa, y salió corriendo hacia su ordenador.

La primera vez tomó la decisión de no entrar en la web de citas, y terminó por no encontrar absolutamente nada. Pero esta vez no cometería el mismo error: la única forma de encontrar a un usuario de Buscasexo, donde solo se usaban alias, era en Buscasexo.

El proceso de registro no le resultó nada sencillo y le llevó más tiempo del supuesto. Para empezar tuvo que crearse una cuenta de correo nueva, no podía utilizar la de siempre y arriesgarse a que llegase un mensaje desde una web de contactos.

Por otro lado, los usuarios masculinos tenían que elegir una de las opciones de pago disponibles, mientras que las féminas podían hacerlo totalmente gratis. Tontos no eran: pon mujeres y los hombres vendrán solos. Pero eso tampoco era un problema ya que Eduardo había ideado un pequeño plan de ataque: registrarse

como mujer y tratar de contactar con Moreno23 simulando ser Sonia con una nueva cuenta.

Tras rellenar los datos estrictamente necesarios y saltándose publicación de foto, descripción física detallada y demás, consiguió por fin hacer login en el portal de citas.

Localizó el botón de Chat en el menú principal, accedió a él e introdujo el alias de la presunta víctima en el buscador.

Un par de segundos más tarde tenía ante él la lista de usuarios.

**Usuarios conectados con nombre [moreno23...]**

**Encontrados: 1 usuario.**

**Usuario: Moreno23**

**Sala: BDSM**

Aparentemente, el tal Moreno23 estaba vivo. Eduardo soltó un suspiro y sonrió frente al monitor.

"¿Lo ves, vocecilla? Era una tontería..."

"¿Y quién te dice a ti que solamente pueda haber un hombre moreno con 23 centímetros o con 23 años en la red, tontaina?", le respondió la vocecilla. ¡Joder, tenía razón! El mismo acaba de registrarse como Sonya, que se pronunciaba igual que Sonia.

Pinchó con el ratón sobre el nombre de la sala, y entró en ella.

**Sonya:** hola, buenos días a todos. 😊

No hubo respuesta. En la lista de usuarios de la sala aparecían nueve personas, pero ninguno contestó. Se dio cuenta de que en aquella sala se hablaba por privado directamente y no se perdía el tiempo en formalismos o educación elemental. Se iba a lo que se iba.

Estaba a punto de abrirle una ventana de chat privado a Moreno23, cuando éste se adelantó.

**Moreno23:** vaya, no tuviste bastante con lo de ayer, guapa? Has vuelto a por más?

Bien. Ese chico estaba convencido de que Eduardo era ella, su plan había funcionado.

**Sonya:** ya ves, hay cosas que nunca cansan. Y total, tampoco fue tanto...

Esa respuesta le pareció lo suficientemente ambigua como para ser creíble, y propiciar que el chico le siguiese la corriente.

**Moreno23:** si dices que 4 horas de sexo no es tanto, tú misma. Pero no creo que todas puedan decir lo mismo de los tíos con los que han estado. Cuántos orgasmos tuviste? 10? 15? 20? Yo tengo agujetas hasta en las pestañas, y tú debes estar poco más o menos

¿¿¿Cuatro horas???

Eduardo no sabía lo que era estar más de una haciendo el amor. Media como mucho en los últimos ocho años, quince minutos en los últimos dos.

Por deformación profesional, comenzó a hacer estadísticas: "20 orgasmos en 4 horas suponen 5 orgasmos por hora, lo que implica un orgasmo cada 12 minutos..."

Imaginó a Sonia sin dejar de gritar y jadear durante todo el tiempo... no, mejor no pensar en esas cosas. Toda su concentración se le iría a la entrepiera.

**Sonya:** soy insaciable, ya lo sabes

**Moreno23:** una guarra insaciable, sí, pero una auténtica máquina de placer

**Sonya:** tú tampoco estuviste nada mal, eh? 😊

Eduardo se sentía rarísimo hablándole a un tío de sexo, halagándole, y haciéndose pasar por una mujer. Nunca se había preguntado si podría hablar, comportarse, o escribir como una mujer. Nunca se había planteado si las mujeres se expresan de forma distinta a los hombres.

**Moreno23:** me lo han dicho muchas veces, nena

"¿Será estúpido y chulo el tío este?"

**Sonya:** una pregunta, que tengo que decir en el trabajo la hora exacta en que hice una llamada y no me acuerdo... a qué hora nos vimos tú y yo ayer? Te acuerdas?

**Moreno23:** a las 3, no? Creo que las 3 y 10. Habíamos quedado a las 2 y media pero me hiciste esperar, cabrona. Menos mal que mereció la pena.

La hora cuadraba. Eduardo por fin se convenció de que aquella persona era el tío del chat con quien Sonia había quedado la tarde anterior. Y, por tanto, no era la víctima del asesinato.

**Moreno23:** bueno, qué, vamos a volver a quedar algún día y a hacer lo que me dijiste en la casa de ese amigo tuyo?

Eduardo ya no quería complicar más las cosas, ya sabía lo que necesitaba saber. Se despediría sin levantar sospechas y todo arreglado.

**Sonya:** me temo que no lo sé, corazón. Mis obligaciones me mantienen excesivamente atareada últimamente, y no dispongo apenas de tiempo. No obstante, si encuentro un hueco te lo haré saber y planteamos la posibilidad, ¿vale?

El otro hombre se quedó un momento sin escribir nada, y después contestó:

**Moreno23:** quién cojones eres tú? Tú no eres Sonia, ella no escribe así ni de coña!

"¡La cagué!" , pensó Eduardo. Había perdido la concentración al sentirse aliviado por comprobar que Moreno23 no era el joven que habían encontrado hecho trizas, y había vuelto a escribir de esa forma tan rebuscada que tantas veces le habían criticado en la red.

**Moreno23:** que me digas quién eres!

Eduardo hizo click sobre el botón "*Desconectar*" y dejó al otro hablando solo.

Ya sabía lo que quería saber, y estaba mucho más tranquilo. Se sentía estupendamente, de hecho.

Sonia, en cierta forma, a pesar de ser tan descarada, tan liberal, tan viciosa, pese a no ser guapa (pero sí estar como un queso)... le había gustado. No sabía cómo, ni para qué, ni en qué términos, pero le había gustado.

Se sentía muy bien al saber que una chica que le gustaba no era una asesina.

Trabajaría el resto de la mañana un poquillo, para limpiar esas pequeñas cosas que se te van acumulando y siempre dejas para otro momento, y después llevaría a su mujer al cine por la tarde.

Esa noche dormiría muy bien, estaba seguro.

## El inspector Rodríguez

Eduardo se asustó cuando sonó el despertador.

Normalmente el despertador no llegaba a sonar, porque se despertaba de forma automática unos cinco o diez minutos antes de la hora de levantarse.

Le ocurría incluso los fines de semana y los días festivos, y le sentaba fatal. Su cuerpo se había acostumbrado a despertarse a las seis de la mañana, y un sábado o un domingo tenía que hacer verdaderos esfuerzos para volver a dormirse.

Apagó el despertador de un manotazo, y se sentó en el borde de la cama.

Silvia estaba de espaldas a él, refunfuñando dormida. Ella no tenía que levantarse tan pronto, porque su trabajo no empezaba hasta una hora después que el de Eduardo y también tenía coche. Era más pequeño que el suyo, pero hasta el momento nunca la había dejado tirada.

En la ducha recordó las pesadillas que había tenido esa noche. Sueños absurdos, en los que corría sin parar por pasillos que nunca terminaban, sino que se alargaban y alargaban de forma mágica. De puerta en puerta aparecían mujeres esbeltas, insinuantes, que tendían sus manos hacia él. Cuando iba a cogerlas, sus manos se convertían en garras cubiertas de sangre, y le susurraban con una voz escalofriante: "Mensaje privado: voy a matarte, Eduardo, voy a matarte...". Y él corría, y corría...

Corría mucho en sus sueños, pero no en la ducha, ni mientras desayunaba, ni con el coche camino del trabajo. En realidad, tardó casi una hora más de lo habitual en llegar a su oficina. Eran las ocho y veinte cuando sacó su tarjeta magnética del bolsillo de la camisa y la introdujo en el reloj de fichar.

—Eduardo, tienes una visita esperándote en tu mesa. —le dijo Esperanza, la recepcionista, cuando pasó ante ella.

—¿Una visita? —preguntó, extrañado

—Ha dicho que es policía, y me ha enseñado su identificación. Lleva esperándote desde las ocho menos cuarto.

—Muchas gracias, Espe. —respondió, aún más extrañado.

Al dirigirse hacia su mesa, pudo ver desde lejos al hombre que le esperaba, sentado en una silla frente a su mesa, y mirando a todos los que le rodeaban, de uno en uno.

Tenía aspecto de director de banco, o eso pensó. De una edad indefinida, entre los 50 y los 60 años, con una calva incipiente entre su cabello más canoso que moreno, y una redonda barriguita que hacía que su camisa azul, bajo la chaqueta, sobresaliese bastante.

No sería demasiado alto. No, era bastante bajito, o por lo menos lo parecía.

El bigote también canoso que ocultaba su labio superior le daba el aspecto de lo que era: un policía con una larga carrera a sus espaldas y cercano a la jubilación, que hacía su trabajo de forma tranquila.

—¿Señor Farra? Señor Eduardo Farra, supongo —preguntó el policía, levantándose y extendiendo una mano rolliza hacia él cuando llegó.

—Sí, el mismo, señor... —respondió Eduardo, estrechándosela

—Inspector Rodríguez, de homicidios —el policía pronunció "inspector" con orgullo, más fuertemente aún que su propio apellido.

—Encantado. Usted dirá.

Eduardo se sentó en su mesa, apoyando los codos sobre ella. El inspector se sentó también, colocando su chaqueta cuidadosamente para que no se le arrugase contra el respaldo.

—Vengo a verle porque mi trabajo consiste en no dejar cabos sueltos en ninguna investigación, Sr. Farra.

—Sí, puedo comprenderlo. ¿Soy sospechoso de algo? —Eduardo no pudo reprimir la pregunta.

—No... —el inspector sonrió —aún no. Según nuestros registros de llamadas, alguien llamó a nuestra central ayer mismo, desde este teléfono. Alguien que dijo ser periodista, pero esta es una empresa de seguros. ¿Fue usted?

Eduardo deseó que la tierra le enguliese en ese mismo instante. No había dejado de recriminarse la estúpida llamada que hizo la mañana anterior. Sintió que sus mejillas se encendían, y estaba seguro de que el policía lo notaría. Cuando Eduardo se sonrojaba, lo hacía de un modo evidente. Estuvo tentado de contestar que no, que no había sido él, que podría haber sido cualquier compañero en cualquier momento en que él estuviese ausente de su puesto de trabajo... pero el rubor de su cara indicaría que mentía descaradamente. Habló a trompicones.

—Ah, bueno, sí, la llamada... pues, la verdad, fue una tontería, no sé ni por qué llamé...

—Tengo todo el tiempo del mundo para escucharle, Sr. Farra, no tenga prisa —contestó el inspector Rodríguez con una sonrisa, acomodándose en la silla.

Esa sonrisa y esa frase sonaban tranquilizadoras, pero el efecto que producían era justamente el que el policía que parecía director de banco quería que produjesen: poner nervioso, y obligar a contarle todo, o cuando menos contradecirse si mentía.

—Es que ayer vi en el periódico lo del asesinato ese y... no sé... sentí curiosidad por enterarme de más —dijo finalmente

—¿Curiosidad morbosa, Sr. Farra?

—Sí, supongo que será eso, no sé... apenas veo la tele y, como la noticia me impactó, pues quise enterarme de más cosas, para comentarlas con los compañeros en la cafetería, ya sabe...

—Ajá, entiendo. Como a mí, que no me gusta el fútbol, pero me pongo al día de los resultados para no sentirme un bicho raro con el resto de la gente, ¿verdad?

Eduardo y el inspector se rieron durante un momento.

—Sí, algo así. —dijo Eduardo, más tranquilo al ver resuelta la explicación.

—Pues no, no es algo así —contestó Rodríguez de pronto, mirándole fijamente a los ojos, y poniéndole nervioso de nuevo —Yo nunca llamo a las oficinas del Real Madrid para preguntar qué tal fue el partido del domingo, y menos fingiendo ser periodista.

—Ah, es eso... es que pensé que si decía que era periodista me informarían, pero no si pensaban que era un oficinista aburrido queriendo saber detalles morbosos de un crimen.

Eduardo volvió a sonrojarse, aunque esta vez había dicho la verdad. Desde luego, era un oficinista aburrido queriendo enterarse de todo lo relativo a un crimen... lo que no podía era decirle a ese hombre que él, de una forma u otra, estaba involucrado en los asesinatos y ocultaba pistas. Esperaba de todo corazón que estar tan nervioso no llevase al inspector a sospechar de él.

—Es todo mucho más sencillo que todo esto, Sr. Farra, no se ponga nervioso —el inspector volvió a sonreír —Si usted es inocente, no tiene nada que temer, ¿cierto?

—¡Por supuesto, y no tengo nada que temer, se lo aseguro, Sr. detective!

—Inspector, Sr. Farra, inspector... —le corrigió —Dígame, si no es indiscreción... ¿dónde se encontraba usted anteayer, entre las 15:00 y las 17:00 horas?

Eduardo hizo memoria rápidamente. Sonia se había ido de la cervecería sobre las 14:20, y él había llegado a su mesa a las 14:35. Colocó un poco los papeles, reenvió un par de correos, y a las 14:55 sus compañeros y jefe pasaron a buscarle. Estuvo en el restaurante haciendo tiempo hasta las 17:30 por lo menos, antes de ir a por el coche.

—De comida de trabajo. Anteayer era miércoles, ¿verdad?

—Sí, porque hoy es viernes. ¿es que todos los miércoles de cada semana tienen comidas de trabajo?

—Todos, sin falta, excepto cuando el jefe está de vacaciones, o es fiesta.

—Curioso hábito de empresa...

—Sí, curioso... y pesado, se lo aseguro, inspector.

—Entonces no tiene de qué preocuparse, Sr. Farra. Compréndame... toda persona es sospechosa para mí, hasta que me demuestra que tiene coartada. Ya sé que el sistema judicial funciona al revés, pero soy policía, no juez.

—Sí, sí, le comprendo. Pues ya ve, tengo coartada, y mis compañeros y jefe pueden corroborarla —esta vez fue Eduardo el que sonrió, satisfecho.

—No se preocupe, les preguntaré ahora mismo. No quiero entretenerle más, que ha llegado tarde a trabajar y tendrá cosas que hacer.

La frase del inspector Rodríguez le sonó a "no como yo, que jamás he llegado tarde al trabajo en trepientos años de servicio, pero no todos son tan responsables, qué le vamos a hacer"

—Encantado de haberle servido de ayuda, inspector. Si alguna vez necesita algo, no dude en decírmelo —dijo Eduardo, poniéndose de pie y dándole la mano.

—De ayuda, lo que es de ayuda, no me ha servido para nada, Sr. Farra, pero por lo menos usted ya no es sospechoso. Ha sido un placer... y la próxima vez que quiera saber cosas morbosas, aténgase a los periódicos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —Eduardo se sonrojó por tercera vez.

El inspector dio media vuelta, y se dirigió hacia su derecha, directamente al despacho del jefe de Eduardo. En unos minutos su coartada estaría confirmada y no tenía nada más que temer.

Se relajó, y encendió su ordenador.

Era demasiado tarde para perder mucho tiempo, y tenía un montón de trabajo atrasado por sus últimos escaqueos. Abriría el Facebook para saludar a sus amigos más allegados, y se pondría a currar como un loco.

Nada más conectarse, se le abrió una ventana de conversación. Era Sonia.

**Sonia:** holaaa, guapetónnnn

**Eduardo:** hola, guapaqué tal?

**Sonia:** Tenía que contarte una cosa, pero por aquí tardaría mucho... me puedes llamar? Tienes mi móvil en el Whatsapp

**Eduardo:** ahora mismo, un momento.

Eduardo sacó el móvil del bolsillo para buscar el número de Sonia, cuando apareció otra nueva ventana de Messenger:

**Laura:** hola, cari, hoy has venido más tarde a trabajar

Eduardo se sintió un poco incómodo. Llevaba unos días sin hacerle demasiado caso a su amiga Laura, pero tenía sus razones. De todas formas, ella era muy comprensiva y no se enfadaría porque no le dedicase tanto tiempo como antes. Ya le contaría más adelante todo lo que pasaba, cuando fuese el momento.

**Eduardo:** ahora no puedo, chiqui, tengo que hacer una llamada urgente. Luego te veo. Besos

**Laura:** ok, un beso.

Eduardo descolgó el fijo, y marcó el número que tenía en la pantalla del móvil. Se preparó para saludarla de forma alegre, y escuchar lo que esa chica quería decirle. Seguramente sería alguna de sus fantasías sexuales o algo así, y esta vez le apetecería decírselo por teléfono... A Eduardo esa idea le encantaba, para qué negarlo.

Escuchó que Sonia descolgaba.

—Hola, guapísima, ¿qué...? —comenzó a decir, pero la voz cortante y de tono realmente crispado de ella le dejó sin habla.

—¿¿¿Qué coño pasa contigo??? ¿Es que ahora vas a investigar todo lo que yo haga en mi vida privada????

## Mejor en pareja

Eduardo no sabía qué pensar.

¿A qué se refería Sonia con que si estaba investigando su vida? ¿Qué sabía ella de lo de Tammuz?

—No te entiendo... —dijo en un tono cauteloso

—¡Pues te lo he dicho muy clarito, mecagüen tó lo que se menea! ¡Que qué coño haces controlándome!

Aquella mujer cada día hablaba peor. Eduardo temió que se le llegaran a pegar sus tacos.

—Mira, si te calmas un poco, y dejas de gritar, lo mismo podemos entendernos, ¿eh?

—¡Estoy calmadísima! ¿No me ves? ¡Como una balsa de aceite!

Eduardo esperó unos segundos en silencio, hasta que Sonia volvió a hablarle.

—Vale, ya estoy más tranquila, ¿ok?

—Así me gusta más. Dime a qué te refieres, que todavía no me he enterado de nada...

—Pues muy sencillo. Tan sencillo que hasta tu única neurona será capaz de entenderlo: he estado hablando con Moreno<sup>23</sup> hace un momento y me ha dicho que una tía o tío había entrado con mi nick y le había estado preguntado por todo lo que hicimos él y yo hace dos días. ¿Quieres más datos, eh, eh, los quieres?

Por fin todo empezaba a aclararse. O a empeorar, según se mirase.

—A ver, entré en Buscasexo, me encontré con él en el chat, y sentí un poco de curiosidad...

—Vaya, por lo menos reconoces que fuiste tú

—Que sí, que eso no te lo niego, joer...

—¿Y qué querías saber? ¿Si me lo pasé bien esa tarde? ¿Las cochinadas que soy capaz de hacer en la cama? ¿Querías saber todo eso para después cascártela en el baño, o algo así?

—¡No es nada de eso, joer! Solamente sentí curiosidad y jugué un poquito, pero sin mala intención. ¡No creí que una cosa tan tonta te fuese a sentar tan mal!  
—Eduardo hablaba lo más bajo que podía, cubriéndose la boca con la mano.

—Lo que pensaste es que no me enteraría, que no es lo mismo

—Vale, pues lo que tú quieras, ¿contenta?

Sonia se quedó callada un instante. La oyó que decía algo, tapando el teléfono, a alguien. "Ahora estoy contigo, cuando termine esto", o algo así. Después volvió a hablar:

—Primero me preguntas por lo que tengo con Tammuz, luego me preguntas por lo que me gusta hacer o dejar de hacer, a quien me tiro o no me tiro, y ahora te haces pasar por mí para enterarte de mi vida sexual. ¿Tengo que estar mosqueada contigo, o no?

"Perdona, pero creo que la que contó toda su vida sexual fuiste tú sin que yo te preguntase nada, ¿eh?", pensó Eduardo un momento.

—Vale, lo siento. Te pido mil perdones... —fue lo que contestó.

—Nada de perdones. Aquí hay algo que me huele mal. Soy mujer y las mujeres tenemos un sexto sentido que vosotros sois incapaces de tener. Ya me estás contando qué es lo que te traes entre manos, o ...

—¿O...? —preguntó Eduardo, desafiante.

¿Iba aquella mujer a amenazarle? ¿Cómo? ¿Con qué? ¿Chillando histérica por el teléfono hasta que se quedase sordo o algo así? No tenía nada que hacer. Y ni en broma pensaba contarle lo de los asesinatos, era cosa suya y punto.

—... O puedes llegar a arrepentirte seriamente el resto de tu vida —respondió Sonia, con una voz tan gélida que le produjo escalofríos.

—Es que no hay nada que contar, Sonia, no me traigo nada entre manos, créeme...

—Mira, pardillo —su voz seguía siendo escalofriante —sé cómo te llamas, sé cómo eres, ahora tengo el número de tu oficina en mi móvil y tardaría unos minutos en enterarme de dónde trabajas, y después de dónde vives... ¿crees que tu amada esposa te creería si le jurases que una mujer que le acaba de llamar para

decirle que es tu amante, dando datos y detalles de ti, miente?

Los brazos de Eduardo se volvieron pesadísimos en ese momento, como si cada uno soportase cientos de kilos. El teléfono estuvo a punto de caérsele de las manos.

—No harías eso... —comenzó a responder, tartamudeando.

—¡Oh, sí, lo haría! ¡Ya lo creo que lo haría! No juegues conmigo, cariño...

—Sonia, por favor...

—Ni por favor ni hostias —aquella respuesta debía ser su preferida —o me cuentas ahora mismo lo que pasa aquí, algo que me pueda convencer, o te ves firmando los papeles del divorcio en unos días.

Eduardo no tenía alternativa. Podía pensar que Sonia no sería capaz de cumplir sus amenazas, pero la forma de ser de aquella mujer demostraba todo lo contrario. Imaginó la cara de estupor de Silvia al descolgar el teléfono y escuchar que otra mujer le confesaba ser la amante de su perfecto y fiel marido.

—De acuerdo, pero te advierto que no te lo vas a creer... —dijo por fin

—Ya te diré yo si me lo creo o no. Empieza a largar.

Tratando de ordenar los acontecimientos, Eduardo le contó a Sonia todo lo sucedido.

El mensaje equivocado de Tammuz, cómo se vio metido en el mismo grupo que ella, y la noticia que había aparecido en el periódico, con la foto de la víctima. Eduardo le envió el enlace a la noticia para demostrarle que no mentía, pero Sonia no pareció excesivamente afectada por la muerte del chico.

Le contó que, como un juego, había decidido investigar por su cuenta todo aquello, en lugar de ponerlo en conocimiento de la policía. Las razones que tenía eran de peso, porque no quería que su mujer ni sus superiores se enterasen... esa parte no le interesaba a Sonia, que le dijo que fuese al grano.

Le contó lo del segundo asesinato, que parecía ser del mismo homicida, y que estaba relacionado, en ambos casos, con los chats de sexo.

Probablemente, esa persona actuaba en Internet como un auténtico depredador: se fijaba en una presa, preparaba la trampa adecuadamente, llevando a la víctima a su terreno, y terminaba por darle caza sin ningún tipo de compasión.

Le confesó a Sonia que por un momento había sospechado de ella, porque el día y las circunstancias coincidían demasiado (en esa parte, Sonia estuvo llorando de risa durante bastante rato, y Eduardo tuvo que esperar a que siguiese escuchándole), y que por eso le había preguntado a Moreno23, pensando que él habría sido la víctima.

—Ya está, eso es todo. No ha sido más que un juego, una tontería de mi única neurona, como dices tú, y aquí termina todo. ¿Contenta?

—Ah, no, corazón, de eso nada. Esto acaba de empezar.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, Eduardo... te dije que me gustan las emociones fuertes y todo lo que me hace correr la adrenalina. Hasta ahora había sido siempre sexo, y algunos deportes de riesgo. Esto de enterarme de un asesinato me mola, vaya si me mola.

—No, Sonia, yo estaba pensando ya en dejar de hacer el estúpido y centrarme un poquito más en el trabajo...

—¡Tú y tu vida aburrida! ¡No sé cómo te gusta tanto, coño!

—Pues ya ves...

—Lo que veo es que me interesa lo que me has contado, y que vamos a seguir con ello los dos juntos, ¿ok? ¡Como en Luz de Luna! ¿Conoces esa serie de los 80, la de la parejita de detectives? ¡Sí, hombre, con Bruce Willis y Cybil Shepherd, tienes que conocerla! ¡Me encantaba!

Eduardo notó cierto tono de ilusión infantil en la voz de Sonia, algo que no encajaba para nada con su forma de ser tan arisca.

—No sé si será buena idea...

—No me hagas llamar a tu mujer, ¿vale, guapo? —de nuevo la voz gélida, que cambió a la voz infantil inmediatamente —¡Desde ahora, somos los detectives de Luz de Luna, y vamos a acorrallar juntos al asesino!

"Qué remedio...", pensó Eduardo, "Lo malo es que yo no soy Bruce Willis. Pero algo es algo, tú estás más buena que Cybill Shepherd con diferencia..."

## Preparando

Eduardo se sintió muy impaciente en el tiempo que transcurrió desde que Sonia le dijo "va para allá" y recibió en su Whatsapp la conversación con Tammuz.

Era la única que ella conservaba de esta persona, y no la había borrado porque contenía una foto de la chica con quien supuestamente iban a tener el trío.

Se apresuró a abrirlo y leer detenidamente el contenido:

*"hola otra vez, Sonia. Te copio el último mensaje que me ha enviado Iphigenia en Buscasexo, y una de sus fotos para que me digas si te gusta o no. Un beso.*

---

*Hola, Tammuz.*

*Me ha gustado mucho que me respondieses, y que mi foto te haya gustado tanto. No suelo confiar en la gente por las buenas ni enviar una foto mía, pero cuando me dijiste que ambos teníamos cosas en común y amigos comunes, como Salvador y Víctor, pensé que nos movíamos en ambientes parecidos y que buscábamos las mismas cosas. Y me gustan la claridad y la gente directa en estas cosas.*

*Creo que nos llevaremos bien y que disfrutaremos mucho juntos. Tu idea de vernos antes los dos a solas me pareció extraña, porque pensé que fingías tener una amante para engatusarme con lo del trío, lo reconozco. Pero creo que puedo confiar en ti, y que después conoceremos a tu chica y será mucho mejor aún.*

*Te envió otra foto más. Perdona que tampoco se me vea la cara, pero como nos vamos a conocer casi ya mismo prefiero mantener la discreción. Espero que no te importe.*

*Mañana hablamos y concretamos el lugar y hora de la cita.*

*Un beso donde más te guste.*

*Iphigenia."*

Bajo estas líneas, se fue cargando poco a poco una fotografía que mostraba a una mujer de rodillas sobre una cama, vista desde atrás, vestida con un picardías blanco y cubriendo su sexo con la palma de la mano izquierda, metida entre sus piernas.

Eduardo pensó que la foto mostraría algo concreto de la fisonomía de la sospechosa, pero era de tan baja resolución, estaba tan oscura y la postura era tan rebuscada, que apenas se distinguía si era rubia o morena, si tenía el pelo corto o largo, y por supuesto no había ni una sola porción del rostro. No podría ni siquiera decir si tenía buen cuerpo, si era delgada o rellenita.

Así que se centró en el resto del mensaje, cogiendo un papel y un bolígrafo para tomar notas de lo que considerase importante.

Por un lado, la chica se identificaba como "Iphigenia". Eduardo no estaba muy al corriente de temas mitológicos, pero recordaba algo de que Ifigenia fue ofrecida como sacrificio para aplacar la ira de los dioses, y en su lugar apareció un animal o algo así. No era importante, los alias de inspiración mitológica eran frecuentes en los chats: Venus, Apolo, Afrodita, Hermes, Artemisa...

Si anotó que tanto Tammuz como Iphigenia tenían amigos comunes: un tal Salvador y un tal Víctor. Y se "movían en ambientes parecidos".

Por lo demás, no hubo nada que le pareciera interesante. Ni aparecía el número de teléfono de la mujer, ni su email, ni ningún dato más. Sólo proposiciones sexuales o aceptación de las proposiciones de Tammuz. Y que al día siguiente concretarían su cita.

"Quién te lo iba a decir a ti, Tammuzín...", se dijo.

Sonia entró al Messenger de nuevo.

**Sonia:** ya lo has recibido?

**Eduardo:** sí, acabo de leerlo con calma, pero hay pocas cosas claras, sobre todo la foto.

**Sonia:** y vaya mierda de foto. Cuando este tío me dijo que me iba a enviar una foto de la chica, y le veía tan entusiasmado, creí que la foto iba a ser supermegaespectacular

**Eduardo:** pues de eso no tiene nada, es de las peorcitas que he visto en mi vida

**Sonia:** creo que los hombres os excitáis en cuanto una mujer se pone provocativa y no parece ser demasiado fea ni demasiado gorda. Tenéis un rango mucho más amplio de gustos que nosotras las mujeres, o eso me parece. Decidís con el rabo.

Eduardo hizo caso omiso del comentario.

**Eduardo:** creo que a Tammuz eso le daba igual, lo que quería era pillarte a ti, y pillar como fuese

**Sonia:** pues le ha salido el tiro por la culata, por vicioso! Jajajaja

Estaba claro que no estaba afectada ni dolida por el trágico final de aquel tipo. Eduardo miró la única nota que había apuntado en el papel.

**Eduardo:** quiénes son Salvador y Víctor? Te suenan de algo?

**Sonia:** vaya si me suenan! Son los dos nombres más repetidos en estos ambientes, corazón.

**Eduardo:** a qué ambientes te refieres?

**Sonia:** pues eso, al "ambiente": locales liberales, intercambios de pareja, sexo en grupo... todo eso, ya sabes

"Comprendo: todo lo que yo no conozco", pensó Eduardo para sí mismo.

**Eduardo:** pues, si los conoces, podríamos preguntarles, no?

Sonia dejó de escribir un momento, y después respondió:

**Sonia:** le preguntaremos a Salva. El otro prefiero que lo dejemos aparte, lleva un rollo muy malo y tuvimos nuestras diferencias

**Eduardo:** como tú creas que es mejor, yo de esto no tengo ni idea.

**Sonia:** podría enseñarle la foto de esta chica, a ver si le suena de algo

**Eduardo:** buena idea! 😊

**Sonia:** Salva es de confianza, si sabe algo seguro que nos lo dice.

**Eduardo:** cómo hacemos para contactar con él? Te encargas tú, Sonia?

**Sonia:** deberíamos verle en persona. Ya nos conocemos y una visita le gustará más que si le interrogamos por teléfono o por Whatsapp

**Eduardo:** pues entonces queda con él y vamos juntos. Dónde vive?

Sonia se ausentó otro momento.

**Sonia:** a Salva se le puede ver por las tardes o por las noches, por su horario. Y hoy es viernes, estará más ocupado que otros días. Creo que sería buena idea quedar con él para el lunes que viene, sobre las 5 o así, qué te parece?

"Uf, tendré que pillarme la tarde libre..."

**Eduardo:** vale, me parece bien. Diré en casa que tengo una reunión en el trabajo y así no hay problema

**Sonia:** tú sabrás. De momento yo llamo a éste, y quedo con él para el lunes, ok?

**Eduardo:** ok, hazlo, creo que podré ir contigo

**Sonia:** pues ya está. Ahora te dejo que tengo lío. Un beso y buen finde

**Eduardo:** pasa un buen finde, el lunes hablamos por la mañana. Un beso!

Le esperaba un fin de semana como los de siempre. Haría las mismas cosas de siempre, iría con Silvia a los mismos sitios de siempre, y pasarían las horas de forma tan aburrida y monótona como siempre.

Pero esta vez tendría una peculiar sonrisa en su cara, durante el sábado y el domingo. Una sonrisa de la que nadie, salvo él, sabría el motivo. El lunes se comportaría como alguien que vive algo emocionante después de mucho tiempo.

## Salvador

Sonia y Eduardo llegaron a casa de Salvador sobre las cinco de la tarde, al lunes siguiente.

El piso se encontraba en un lujoso bloque de viviendas de una de las zonas más caras de toda la capital, con un portal inmenso lleno de plantas excelentemente cuidadas y un portero ataviado con uniforme, que no les preguntó dónde se dirigían, sino que se limitó a darles las buenas tardes con una gran sonrisa.

Subiendo en el ascensor junto a Sonia, que aprovechaba para colocarse el pelo antes de llegar al décimo piso, Eduardo pensó que el tal Salvador debía estar tan forrado de pasta como aquel ascensor lo estaba de espejos sin una sola huella de dedos en su superficie.

Salieron del ascensor. Sonia se dirigió directamente y sin dudarle hacia una de las ocho puertas que se podían ver en el amplio pasillo, seguida de Eduardo que contemplaba el mármol de las paredes y el buen gusto de los apliques, y llamó al timbre.

La puerta se abrió casi al instante, y ambos se sorprendieron por la rapidez.

En el marco de la puerta estaba un hombre de unos treinta y pocos años, vestido con una camisa de color negro y pantalones vaqueros, y con aspecto de camarero de bar de copas. Pero estaba claro que ésa no era su profesión, o que al menos los ingresos que se deducían por la zona donde estaba su vivienda no podían provenir sólo de servir copas cada noche.

Salvador miró a Sonia, con una amplia sonrisa, y dijo:

—¡Hola, preciosa! Cuánto me alegra volver a verte...

Después volvió el rostro hacia Eduardo, sin dejar de sonreír.

—Supongo que tú eres el amigo de quien me ha hablado mi amiga, ¿no?

Eduardo estrechó la mano que Salvador le tendía.

—Sí, soy Eduardo, encantado.

—Eduardo, Juan, Pedro... el nombre es lo de menos -Salvador le guiñó un ojo —eres amigo de mi amiga, y eso me vale

—Salva, queríamos preguntarte una cosilla...—dijo Sonia.

—Sí, sí, cariño, me lo dijiste, pero tengo que bajar corriendo al local. Por lo visto un tirador de cerveza ha reventado y me está duchando los sillones. Pasad, poneos cómodos, y yo regreso en unos minutos, ¿ok?

Y, dicho esto, hizo un ademán con ambos brazos para que ambos entrasen a su casa y desapareció a toda prisa en dirección al ascensor.

—Tiene el local en la manzana de al lado, no creo que tarde mucho —dijo Sonia, mientras cogía de la mano a Eduardo —Mientras, te voy enseñando lo que todos los que la conocemos llamamos "la Guarida de Salva".

Sonia acompañó a Eduardo, sin soltar su mano, por pasillos y habitaciones. Le explicó que Salvador tenía dinero, mucho dinero, procedente de un local de su propiedad en la zona. Un "pub liberal", como lo describió, situado en una de las mejores zonas de Madrid y con una clientela de clase media/alta.

Eduardo iba flipando con cada una de las habitaciones que Sonia le enseñaba. El piso tendría al menos seis dormitorios, todos enormes y con su propio cuarto de baño, además de un inmenso salón con dos ambientes (uno de ellos dotado de una completísima barra de bar), de una cocina que podría ser del tamaño de su pequeño piso, y de otros dos cuartos de baño lujosamente equipados.

La decoración no era ostentosa, al contrario, era prácticamente minimalista. Pero cada uno de los detalles (jarrones, cuadros, estatuillas... todo de diseño) parecía tener colgada aún la etiqueta de "tremendamente caro y lejos de tus posibilidades, amigo".

—¿Aquí es donde Salvador monta sus fiestecitas? —preguntó.

Eduardo había dado por sentado que Salvador era tan conocido porque acostumbraría a celebrar fiestas de todo tipo en una casa de aquellas características, y por ser, tal y como había comprobado, un perfecto y educado anfitrión.

—Aquí no se hacen fiestas tipo fiesta, Eduardo —contestó Sonia —Las fiestas, cuando las hay, suelen ser privadas y se hacen en el local. Yo he asistido a alguna de ellas, y te aseguro que te encantaría estar en alguna.

—Lástima —dijo Eduardo -, en un pedazo de piso así podría meterse un montón de gente.

—Y aún no has visto lo mejor, ciélin —contestó Sonia con un guiño.

Se acercó a unas cortinas situadas en mitad de uno de los pasillos, las descorrió, y abrió la puerta que estaba oculta detrás, poniéndose junto a ella, para invitar a Eduardo a entrar.

"¿Otro dormitorio?" , pensó Eduardo, para quien ya las otras camas que había visto le parecían demasiadas.

Entonces advirtió el montón de detalles que llenaban la habitación, iluminada tenuemente por el sol que entraba a través de los estores color crema que cubrían los

enormes ventanales en una pared.

Para empezar, la cama era redonda. Una cama grandísima, y posiblemente de agua. En lugar de cabecero, una foto de dos por dos metros de un desnudo femenino en blanco y negro ocupaba la pared tras ella, protegida por una serie de barras metálicas de color oscuro que le daban aspecto de ventana.

La pared de la izquierda, la opuesta a los ventanales, estaba completamente cubierta por un espejo de suelo a techo. Entre esta pared y la cama había una especie de aparador, o cajonera, muy alta, con varios mandos a distancia sobre la encimera. Pero lo que de verdad llamó la atención de Eduardo fue lo que vio en el techo, porque pese a no mirar en esa dirección no podía pasar desapercibido.

Un complejo sistema de poleas, carriles que cubrían todo el techo, cables, tiras de goma, e incluso cadenas y grilletes, colgaban de él.

Sonia estaba esperando el gesto de estupor de Eduardo con una sonrisa en la cara. Soltó una risita traviesa y tiró de Eduardo hasta el centro de la habitación.

—¡Aquí es donde de verdad se montan las fiestas más interesantes! —y siguió riéndose.

Sonia le explicó que aquella estancia estaba dedicada a todo tipo de "juegos". Los amigos de Salvador, y también los amigos de sus amigos, como le había expresado él antes a Eduardo en la puerta al entrar, tenían libertad para disponer de aquella habitación.

Allí podían verse con sus parejas, amantes y/o ligues ocasionales, realizar todo tipo de combinaciones tanto en pareja como en grupos... en resumen, llevar a cabo todas sus fantasías sexuales en un lugar provisto de todo lo necesario para cualquier idea que se le pudiese ocurrir a alguien, por perversita que fuese.

—Salva solamente pide algo a cambio de prestar esta habitación, y desde luego no es dinero, como puedes suponer... —dijo Sonia.

—¿Y lo que pide es...?

Ella deslizó sus dedos a lo largo del espejo que cubría la pared de la habitación.

—Que le dejen mirar a través de este espejo. No grabará nada, no hará fotos... sólo mirar, o cualquier cosa que le apetezca hacer aquí detrás, pero sin molestar jamás.

Eduardo comprendió. Aquel espejo era de esos que permiten ver desde la parte posterior sin ser visto, como en las ruedas de identificación de sospechosos en las comisarías.

Se preguntó cuántas cosas y de qué tipo podría haber visto Salvador desde su puesto privilegiado de "observador no participante"... y apartó la idea cuanto antes, porque su imaginación estaba yendo muy deprisa. Últimamente siempre se le aceleraba.

Aficionado como era a la fotografía, Eduardo no se resistió a acercarse al desnudo en blanco y negro de la pared, ése que hacía las veces de cabecero de la cama tras el enrejado de hierro. Ciertamente, la foto estaba realizada con una técnica impecable. Los contrastes entre luces y sombras eran fuertes, y a la vez sugerentes. No mostraba absolutamente nada íntimo del cuerpo de la mujer que había posado como modelo, pero lo insinuaba todo de manera mucho más excitante que si lo hubiera plasmado de forma explícita.

"Muy buena foto, sí, señor..." , estaba pensando, cuando notó las manos de Sonia, que se encontraba de pie tras de él, deslizándose por su cintura, y subiendo por su pecho. Se quedó quieto, simulando que seguía mirando la fotografía, y cuando ella se pegó más a él notó el contacto de los pezones de ella, duros y erectos, sobre su espalda. Aquello era demasiado como para seguir conteniéndose...

Iba a girarse, para tomar a la chica por la cintura y atraerla hacia su cuerpo, con intención de besarla —el impulso era irresistible -, cuando Sonia le empujó hacia atrás con una fuerza inesperada.

Las piernas de Eduardo chocaron con el borde de la cama, y cayó tendido sobre ella, cuan largo era, sintiendo que el colchón de agua le envolvía, y después le hacía levantarse de nuevo en un suave movimiento ondulante. Abrió sus brazos para apoyar las palmas de las manos sobre la cama, y la mujer saltó, literalmente, sobre él, sentándose sobre su vientre, con ambas piernas a los lados de su cuerpo.

Cuando el movimiento del agua del colchón se calmó tras unos segundos, Sonia estaba mirándole, sonriendo, y deslizando su dedo índice, como esbozando un dibujo, desde su frente, pasando por su mentón, su cuello, su pecho... hasta el ombligo.

—Me apetece ser un poco traviesa ahora... —le dijo sin dejar de sonreír.

—¡Pero Salvador puede volver en cualquier momento...! —fue la respuesta de Eduardo, y nada más decírsela se mordió los labios. Seguramente Salvador no se asustaría si los encontraba allí... estuvieran como estuvieran.

Sonia apoyó sus manos sobre las de Eduardo, entrelazando sus dedos con los de él, y se inclinó lentamente, acercando su cara. Había un brillo extraño en sus ojos, en su mirada... una mezcla entre complicidad, travesura, inocencia y perversión, que le desarmó. Pensó que esa mujer podría hacer lo que quisiera con él, y no sería capaz de resistirse lo más mínimo.

Sonia soltó sus manos, desabrochó uno a uno los botones de la camisa de Eduardo, abriéndola y dejando al descubierto su pecho, y volvió a inclinarse sobre él. De nuevo sintió sus pezones acariciando su piel. Sintió su aliento, fresco como si acabase de cepillarse los dientes, en su rostro. Sintió sus manos acariciando sus dedos, mientras empujaba suavemente sus brazos por encima de su cabeza. Y sintió, también, algo muy intenso en la mitad inferior de su cuerpo...

—Puedes sentirlo, ¿verdad? —susurró Sonia, a escasos centímetros de sus labios —Hoy no llevo ropa interior, ni sujetador ni tanga, y puedes sentirlo...

Era cierto. Eduardo notaba el sexo de la mujer, húmedo y caliente, deslizándose lentamente, arriba y abajo, sobre el suyo, que estaba durísimo bajo su pantalón. Era como si los labios inferiores de ella le atrapasen, le masturbaran, con vida propia...

Eduardo, con sus brazos por encima de la cabeza, intentó incorporarse un poco, estirando el cuello, para besar aquellos labios que tenía tan cerca. Pero lo único que consiguió fue quedarse así, con los suyos entreabiertos, ansiosos, mientras ella seguía manteniendo esos centímetros de distancia, sacaba su lengua y la deslizaba por su barbilla, por las comisuras de la boca, y por su nariz. ¡Aquella mujer iba a volverle loco de deseo!

Pensó en no luchar más, y dejarse hacer. Estaba claro que a Sonia le gustaba manejar la situación. Cerró los ojos... y volvió a abrirlos, de par en par, cuando escuchó un par de "clicks" metálicos y cierta presión en sus muñecas.

Estupefacto, giró su cabeza y miró sus manos.

Sonia, con una destreza increíble, había cogido unos grilletes sujetos por cadenas a la reja metálica que protegía la fotografía en blanco y negro, y que Eduardo no había advertido, y le había esposado con ellos.

—¿Qué haces, Sonia...? —preguntó, mirándola con los ojos muy abiertos.

Sonia se levantó de la cama, volviendo a deslizar sus dedos sobre el pecho de él.

—Te he dicho que me apetece ser traviesa... tú calla y mira.

Y Eduardo calló y miró. No le gustaba nada sentirse atado a la reja. Se sentía desvalido, vulnerable, indefenso, y esa sensación le angustiaba. Pero mirando cómo Sonia se dirigía hacia el mueble de cajones del rincón, contoneando ese culito tan prieto (y que ahora sabía desnudo bajo el vestido), pensó que podría aguantar un poco más.

"En cuanto vuelva, le voy a decir que me suelte y se deje de jueguecitos, que a mí esto no me va mucho...", decidió.

Ella abrió un cajón, y la oyó rebuscar entre quién sabe qué aparatos o utensilios que encerraría ese mueble. Cerró el cajón, y abrió el siguiente. Por su sonrisa, dedujo que había encontrado lo que buscaba. ¿Qué podría ser?

—Quiero que veas lo que soy capaz de hacer con esto, cariño... —le dijo ella, guiñándole un ojo, mientras sacaba del cajón lo que había encontrado.

Eduardo sintió que se le aceleraba el corazón. En la mano derecha de ella apareció un objeto alargado, metálico y puntiagudo.

"¡Un cuchillo!", gritó una voz aterrorizada en su mente.

Perdió el control totalmente, a medida que el pánico invadía todo su cuerpo y su cerebro, y comenzó a retorcerse sobre la cama como un animal atrapado en un cepo de caza. A punto de provocarse heridas en las muñecas con los grilletes, Eduardo saltaba como un poseso sobre el colchón de agua, que le hacía bajar y subir como una marioneta, mientras no dejaba de gritar y las lágrimas salían a chorros de sus ojos llenos de miedo:

—¡No, por favor! ¡No lo hagas! ¡Dios mío, no lo hagas, joder! ¡¡¡¡Sonia, por lo que más quieras, no lo hagas...!!!!

En ese preciso instante, la puerta de la habitación se abrió de golpe, y en ella apareció Salvador, que al oír los gritos aterrorizados de Eduardo había estado casi a punto de tirarla abajo.

—¿Qué coño pasa aquí? —gritó Salvador, mirando a Eduardo retorciéndose esposado sobre la cama, y después a Sonia.

—¡Te juro que no lo sé, Salva! —gritó ella, con aún más cara de asombro —¡Solamente iba a jugar un poco con esto mientras él me miraba, y de pronto se ha puesto histérico!

Y, diciendo esto, dejó caer el consolador metálico que había cogido del cajón.

—¡joder, niña, menudo susto le has metido a este pobre hombre! —exclamó Salvador, apresurándose a liberar a Eduardo de los grilletes —¡Seguro que no le has preguntado si tiene claustrofobia o algo parecido!

Sonia parecía estar asustada, y balbuceaba casi en susurros.

—Te juro que sólo quería jugar un poco con el consolador mientras él me miraba, sólo jugar un poco, solamente quería jugar...

Eduardo tardó varios minutos en recuperar la tranquilidad. Se había hiperventilado y Salvador tuvo que ofrecerle un vaso de agua para que su respiración volviese a ser algo más normal. Por no hablar de las lágrimas que no había forma de detener, y que salían de sus ojos como fuentes.

Habría jurado que lo que Sonia tenía en la mano era un cuchillo, un enorme cuchillo, y no el consolador que se encontraba en el suelo.

Pero no podía decirles todo lo que había pasado por su cabeza en apenas unos segundos y que le había sumido en ese estado de histeria: que se había visto a sí mismo en una fotografía de la sección de sucesos del periódico del día siguiente, envuelto en sangre, bajo el titular: "una nueva víctima de la asesina diabólica".

Bastante rato después, cuando Eduardo ya parecía calmado, sentado en un sofá del salón de Salva, tomando una copa de whisky y fumándose un cigarro como si fuese el último que se ofrece a un condenado al paredón, todos habían dejado ya de hablar de lo ocurrido.

—Venga, contadme a qué habéis venido —dijo Salvador, mirando fijamente a ambos —Sonia, me dijiste que querías preguntarme por una chica...

—Sí, Salva, espera que te enseñe una cosa...

Sonia fue a por su bolso, sacó de él el móvil y colocó en pantalla la fotografía enviada por Tammuz.

—Quería preguntarte si has visto a esta mujer alguna vez por aquí —le dijo. Salvador miró la foto durante unos segundos. —Su nick es Iphigenia, con "ph", por si te suena de algo.

—Buf, puede ser cualquiera de los cientos de mujeres que han pasado por la habitación o con las que he hablado en el chat. De nicks no me hables que nunca recuerdo ninguno. ¿De cuándo es esta foto? —respondió

—Ni idea —dijo Eduardo, incorporándose —pero tal vez de menos de dos meses o así. Es... -pensó en cómo plantear el asunto —amiga de un antiguo amigo común, y necesitamos encontrarla para resolver ciertos asuntos.

—Sí, eso es —agregó Sonia con una sonrisa —digamos que esa chica le dejó buen sabor de boca a nuestro amigo, y nos gustaría encontrarla para que nos lo dejase a los dos al mismo tiempo, ya me entiendes...

Eduardo se sorprendió de lo bien que mentía aquella mujer, y se alegró por su rapidez de pensamientos y su imaginación.

—Pues no, lo siento, no podría decir si la he visto o no por aquí. Puede que sí, o puede que no. Con esos conjuntos, sin enseñar la cara ni algo más concreto, todas las chicas parecen iguales, la verdad —replicó Salvador —Aunque me gustaría decirles una cosa...

—¿Sí...? —preguntó Sonia, intrigada

—Todo esto me parece muy raro. Ya me ha descolocado mucho la escenita de la cama, y ahora me enseñáis la foto de una chica que presuntamente es amiga de un amigo vuestro, para ver si yo la conozco... qué queréis que os diga, esto no me gusta nada. Si no os importa, os agradecería mucho que saliérais de mi casa, que no me metáis en vuestros rollos, y que sigamos siendo tan amigos, ¿ok?

Salvador había dicho todo esto con su inamovible y simpática sonrisa de camarero de bar de copas en la cara, pero tanto Eduardo como Sonia comprendieron que estaba invitándoles cortésmente a marcharse y a mismo de allí y dejarle tranquilo.

Ya en la calle, Sonia se agarró del brazo de Eduardo, apoyó su cabeza contra el hombro de él, y le dijo:

—Tío, perdóname por lo de los grilletes, ¿vale? Pensé que te pondría mucho, y no creí que te daría ese ataque. Te juro que no fue con mala intención...

—No pasa nada, tranquila, ya está olvidado —respondió Eduardo —Lo que me fastidia es seguir sin ninguna pista que nos lleve hacia la tipa esta...

—Sí, teníamos un punto de partida, y ahora estamos como al principio.

Llegaron al coche de Eduardo, y Sonia se despidió de él con un par de besos, apretándole el brazo cariñosamente con los dedos para pedirle perdón otra vez por lo sucedido, sin decirle nada. Eduardo sonrió, y se montó en el coche.

Estaba a punto de irse, cuando Sonia golpeó el cristal. Eduardo bajó la ventanilla.

—¡Oye! —le dijo —Se me ha ocurrido que podemos poner un anuncio en la misma web, tú y yo, para ver si esta tía nos responde, ¿no?

—¡Buena idea! —contestó Eduardo —Mañana lo hablamos por Facebook, ¿vale? Ahora me piro, que mi mujer se va a mosquear. ¡Hasta mañana!

De camino a su casa, Eduardo hizo un breve repaso a lo ocurrido aquella tarde.

Ahora sonreía al recordar el miedo que había pasado creyendo que Sonia iba a hacer un puzzle con su cuerpo sobre la cama de Salvador. Desde luego, Sonia era una mujer sorprendente, misteriosa, salvaje, y que se tomaba la vida de una forma inusual. Pero... ¿tanto como para ser una asesina en serie?

"¡Anda yaaa!" , pensó, y no pudo evitar reírse.

## Sesión de fotos

Empleó gran parte de aquella mañana repasando los anuncios de la web de contactos. Nunca había pasado por su cabeza el llegar a hacer algo así, y no tenía ni idea de cómo se publicaban esos anuncios, lo que se podía decir en ellos, ni lo claro o no que se podía ser, así que prefería primero ponerse un poco al corriente.

Además, la web estaba repleta de fotografías, algunas demasiado explícitas. Caras completas ninguna (o como mucho con el rostro tapado por un rectángulo negro), pero genitales muchos, en primer plano. Y allí, en su puesto de trabajo, era fácil que algún compañero o compañera pasase por detrás de él y viese lo que estaba haciendo.

En realidad, se pasaba más tiempo minimizando la ventana en cuanto oía una puerta o unos pasos que mirando la web.

Unos eran muy breves y concisos, como por ejemplo este:

*"Pareja agradable, simpática, de 35 y 36. Buscamos una chica agradable que quiera ayudarla a ella a tener su primera experiencia bi. No queremos gente rarita."*

Y otros se deshacían en detalles, para dejar claro quiénes buscaban y qué buscaban, como este otro:

*"hola, somos matrimonio de 45 años ambos, que estaremos en Vera del 14 al 21 de septiembre, ella 155 64kg rubia 110 de busto, el 180 84kg 18cm de vicio, ambos bisex, vamos depilados completamente, buscamos alguna pareja que esté por la zona en las mismas fechas, para pasarlo bien, con buenas veladas y mucha diversión, contestaremos a todos los anuncios que parezcan serios, son pocos días y hay que aprovechar el verano. Besos a todos, ah,también se aceptan hombres, si son morbosos y bien dotados, con un toque bisex."*

Por fin, después de recorrer muchas páginas hacia atrás, encontró el anuncio que había puesto Tammuz:

*"pareja morbosa de Madrid, ambos atractivos, buscan chica para pasarlo bien juntos los tres. No queremos largas charlas sino ir directos al grano."*

Y, justo debajo, dos fotografías. La primera mostraba la mitad inferior de una chica sentada en una silla con las piernas abiertas, cubriéndose el sexo con una mano, y la segunda era una foto de una mano agarrando un pene en erección.

No sabía por qué, pero Eduardo esperaba que el anuncio de Tammuz fuese más o menos así.

Eduardo decidió que, después de todo, no era tan complicado redactar un anuncio dejando claro que buscaban una chica para hacer un trío. Lo complicado sería que ese anuncio destacase sobre el resto y atrajese la atención de la mujer que estaban buscando.

Por lo que veía cada día se añadían muchos anuncios nuevos, y también se repetían anuncios de gente que, o bien habían encontrado lo que buscaban y querían repetir, o bien no habían tenido suerte y seguían insistiendo.

Pinchó en el rótulo "Consejos" de la parte superior de la web, y leyó con atención lo que decía el contenido. Prácticamente, eran dos los consejos que se ofrecían para destacar un anuncio: el primero, pagar una cierta cantidad de dinero (con cargo a Visa) y el anuncio se resaltaría sobre los demás, además de aparecer en "Destacados". Eduardo descartó ese consejo inmediatamente. Su Visa era para centros comerciales, no para contactos.

El segundo consejo era evidente, cuando recayó en que él mismo se había visto atraído en cada página por dichos anuncios, incluido el de Tammuz: colocar junto al texto una o dos fotografías, lo más sugerentes posible, tanto de él como de ella, o de los dos juntos haciendo algo.

Abrió la ventana de Messenger de Sonia y se lo comentó:

**Eduardo:** estoy mirando en Buscasexo, y por lo visto sería ideal poner alguna foto que se suponga es nuestra para llamar la atención, como hizo Tammuz. ¿Me ayudas a encontrar por Internet alguna foto de tío y tía que pueda servir?

**Sonia:** No me parece buena idea —contestó Sonia, pasados unos minutos. Seguramente la había pillado ocupada en el trabajo -. Cuando pones una foto que no es tuya, no sé por qué, todo el mundo se da cuenta y pasa de ti.

**Eduardo:** Sí, claro, vamos a poner una foto nuestra para que se nos vea bien, ¿no? Jajaja

**Sonia:** ¿Por qué no?

A Eduardo aquella respuesta le pilló por sorpresa.

**Eduardo:** joer, no sé... todas las fotos que tengo más son de cara, prácticamente. Tengo alguna de cuerpo entero, de algún viaje, eso sí, y podría taparme la cara...

**Sonia:** si lo que quieres es que ni se fijen, es la mejor idea, sí. Pero creo que lo que pretendemos es que la individua pique, ¿no?

**Eduardo:** ¡Sonia, leches, que yo estoy casado!

**Sonia:** Y yo soy un putón desorejao, ¿y qué? Lo que te estoy diciendo es que nos hace falta alguna foto que sirva. Y me refiero a una foto provocativa, desnudos, o casi desnudos. La cara es lo de menos, se tapa y punto.

**Eduardo:** Vale, vale... ¿tú tienes alguna tuya así?

**Sonia:** Sí, tengo una. Tenía muchas, pero se me jodió el disco duro y las perdí.

**Eduardo:** Con una tuya sirve, ahora falta la mía...

Eduardo comenzó a pensar cómo leches podría hacerse una foto en pelotas.

**Sonia:** No, la mía no sirve, es la que usó Tammuz para el anuncio, joer. Tenemos que poner otra distinta o la tía podría mosquearse si la recuerda.

**Eduardo:** ¡Pues ya me dirás qué hacemos!

Sonia puso un emoticono con el dibujo de un teléfono, para indicarle que estaba al aparato y que no podía contestarle en ese momento.

**Sonia:** yo tengo una réflex bastante maja, pásate por mi casa a las tres y media y nos hacemos una foto el uno al otro. Te las llevas en un pendrive y mañana pones el anuncio.

Esa posibilidad no se le había ocurrido. De hecho, la última posibilidad que se le habría ocurrido en la vida sería la de que Sonia le invitase a ir a su casa, para hacerle fotos desnuda.

**Eduardo:** ¿en serio? —preguntó

**Sonia:** "en serio, en serio"... ¡pareces tonto, coño! Apunta la dirección...

Eduardo copió la dirección de Sonia y la pegó en un ficherito de texto del escritorio de su ordenador y lo archivó con el nombre "agenda de este mes" por si las moscas. Le pillaba cerca, a menos de media hora de su trabajo.

Sin pensarlo dos veces, marcó el número de móvil de su mujer y esperó a que contestase, mientras le daba vueltas a la excusa que le iba a poner. Y sobre todo a cuánto tiempo tenía que excusar... ¡no es lo mismo hacer un par de fotos que acabar la sesión de otra forma, por supuesto!

—Cariño —le dijo a Silvia cuando contestó —El jefe me ha pedido que me quede esta tarde a terminar un informe que necesitan para mañana a primera hora, así que me quedaré a comer por aquí y lo terminaré lo antes posible, ¿vale?

—Ah, de acuerdo, así aprovecho para ir con mi madre al médico de urgencias, a que le vean lo del ojo de una vez—la suegra de Eduardo llevaba tres días con un ojo totalmente rojo y se negaba a ir al oculista.

—Pues sí, que ya es hora. A ver si por ser tan cabezona vamos a tener un disgusto un día de estos

—Le diré que se venga conmigo a mirar un vestido, y me planto en la consulta sin avisar, para que no tenga tiempo de negarse...

En ese momento Eduardo escuchó una voz masculina, dirigiéndose a su mujer desde pocos metros de distancia: "oye, guapa, cuando dejes de cascar espabila un poco y me das las fotocopias de lo de la corporación, ¿vale?". Silvia pareció ignorar aquello y continuó:

—Sé que si le digo que vamos al médico va a poner excusas, como siempre...

La voz masculina volvió a oírse de nuevo, pero esta vez como conversando con otro hombre, que reía al escucharlo: "... y luego dicen que las mujeres rinden igual que los hombres en el trabajo, que si no sé qué de la igualdad y todo eso... ¡Pero si se pasan media vida cotilleando con sus amigas por teléfono!"

Silvia se quedó callada unos segundos, y dijo:

—Un momento, amor, que tengo un asuntito que aclarar, enseguida estoy contigo.

Eduardo notó que su esposa dejaba el aparato sobre la mesa, pero pudo continuar escuchando la "aclaración" con que ella respondió a su compañero, en un tono tan suave y pausado que no pudo por menos de imaginarla mirando directamente a los ojos de su interlocutor y sin el más leve atisbo de emociones en su rostro:

—Escucha, imbécil: para empezar, llevo en esta empresa mucho más tiempo que tú, conozco mucho mejor mis obligaciones y tareas, y jamás, en todo ese tiempo, NADIE ha podido recriminarme que no haya cumplido con mi trabajo de la forma más efectiva posible, que puede que sea mil veces mejor que la tuya...

—Huy, huy, guapa, no te pongas arisca, que sólo era un comentario bromista... —oyó que respondía el aludido, pero Silvia continuó sin detenerse

—En segundo lugar, payaso (y no vuelvas a llamarme guapa que tengo un nombre): tal vez las mujeres pasemos mucho tiempo hablando por teléfono, pero es seguramente porque tenemos que hacernos cargo, además de nuestro trabajo, de todas las responsabilidades familiares y caseras de las que vosotros sois incapaces. ¿Te he dicho yo alguna vez que dejes de leer el Marca y atiendas a tu horario laboral? No, ¿verdad? Soy comprensiva, y si es lo único que eres capaz de leer entendiéndolo medianamente, pues espero que sirva para aumentar, ya que no tu penosa cultura, al menos sí tu vocabulario...

—Oye, ¿no crees que te estás pasando tres pueblos...?

—Los pueblos te los has pasado tú muchas veces, y ya era hora de que alguien te dijese algo clarito. A partir de ahora, respeta a tus compañeros como tú querías que ellos te respetasen a ti. Respeta también a las mujeres porque, aunque jamás puedan enamorarse de un hombre como tú, por lo menos te respetarán como persona. Y te agradecería que no te vuelvas a dirigir a mí si no es por asuntos de trabajo, ¿entendido?

Eduardo no escuchó ya ninguna respuesta del compañero de Silvia. Posiblemente estaría mirándola con los ojos abiertos de par en par y tratando de encajar la cantidad de directos que acababa de recibir.

—Ya estoy, amor, perdona... ¿por dónde íbamos? —dijo por fin Silvia cuando cogió de nuevo el teléfono.

—Uf, vaya pedazo de repasito le has dado a ese gilipollas, ¿no?

—Sólo lo que le hacía falta, cariño. No todos los hombres son como el mío, y algunas veces hay que ponerlos en su sitio —Eduardo casi percibió una sonrisa al otro lado

—Sí, tienes razón. Te decía que no sé cuánto tardaré en lo de esta tarde, pero que no te preocupes, que en cuanto termine me marchó para casa

—Que sí, que sí, tú tranquilo, tarda lo que necesites, cariño.

—Un beso, te quiero.

—Y yo a ti. Hasta luego.

Eduardo colgó el teléfono y le confirmó a Sonia que a las tres y media estaría llamando al portero automático de su piso. Ella le contestó que estupendo, que muy bien, y que allí se verían, porque en esos momentos tenía que atender al trabajo.

El resto de la mañana lo empleó en redactar el anuncio, para ir ganando tiempo. Escribió y corrigió miles de veces, hasta que pensó que era más o menos adecuado:

*"hola! Somos una pareja de amantes de 37 años, de Madrid. Ella increíblemente atractiva y muy sensual, él resultón y viciosillo. Buscamos una mujer de ideas claras y abiertas, que desee compartir con nosotros nuestra primera experiencia en tríos. Responderemos a todas las chicas que nos escriban, pero haremos más caso a las que nos envíen foto. Un beso muy húmedo".*

Sí, aquello estaba bien. Un mensaje claro, y simpático a la vez. Cambió sus edades de forma instintiva, como si alguien pudiese reconocerle al decir que tenía cuarenta años y era de Madrid. Lo de pedir foto estaba bien, por si aquella mujer les enviaba la misma y así saber si era ella en el momento. La frase final, "Un beso muy húmedo", le sonaba forzada o de relato porno, pero había visto que se solían poner cosas así en los anuncios.

Cuando llegó al portal de Sonia a las 15:25 h., terminando de comerse un sándwich de ensalada de cangrejo y beberse un refresco que había sacado de unas máquinas expendedoras, Eduardo estaba nervioso como jamás lo había estado en su vida, y no entendía el porqué, o no quería entenderlo. Solamente iba a ver a Sonia, una mujer a la que ya conocía, y se iban a hacer un par de fotos para poner un anuncio. Eso era todo, no tenía por qué tener nervios.

Sabía perfectamente que entre Sonia y él no iba a pasar nada, porque ella le había dejado claras sus intenciones. Si alguna vez tenían sexo, sería porque "hubiese otra chica viéndoles". Lo que había ocurrido en casa de Salvador no fue más que una partida de un sólo jugador, y lo tenía clarísimo.

Con este último pensamiento tranquilizándole algo, apretó el botón del 4°C.

Sonia le recibió en la puerta, aparentemente recién duchada y con un albornoz blanco que le cubría hasta casi los tobillos.

Eduardo, al verla, pensó que aquella chica, efectivamente, no era guapa. Hasta diría que ese gesto de indiferencia que solía tener en la cara la hacía desagradable.

Pero cada movimiento que hacía desprendía sensualidad por todas partes, aunque fuese el gesto de cerrar la puerta o de indicarle que la siguiese al salón, mientras desenredaba su pelo con ambas manos. Había algo en esa mujer que despertaba el deseo de los hombres, y era algo muy poderoso de lo ella que tenía absoluto conocimiento y sacaba partido.

Sonia tomó la cámara digital de la mesa del salón y se la tendió a Eduardo como si se la estuviese vendiendo en cualquier tienda y le diese exactamente igual si el cliente la compraría o no.

—instrucciones de uso —dijo, mientras Eduardo miraba la cámara intentando encontrar el botón de disparo y ella se dirigía hacia el sofá desatando su albornoz  
—Haz todas las fotos que puedas, la tarjeta está vacía y caben miles.

—¡No creo que haga falta hacer tantas!

—Luego elegimos las mejores y ya está, que esto no cuesta dinero. Yo voy a ponerme a lo mío, tú te quedas ahí, donde estás, de pie, y me vas haciendo fotos hasta que yo te diga, y luego te las hago a ti. —el tono de Sonia no admitía réplicas ni comentarios.

—Vale, vamos a ello...

Eduardo levantó la cámara hasta los ojos, puso el dedo en el disparador, y miró a través del visor.

Sonia se había quitado el albornoz y se había puesto de rodillas sobre el sofá, de cara a él. Creyó que estaría desnuda bajo la prenda, pero en lugar de eso llevaba puestos un sujetador y un tanga de color granate intenso.

Eduardo pensó que aquella mujer, a sus 38 años, tenía un cuerpo espectacular. Sabía que sus senos estaban retocados, pero eso no le restaba ni un ápice de belleza ni de deseos de besarlos o acariciarlos. Su vientre era liso, sus caderas redondeadas y perfectas, y sus piernas eran largas, muy morenas, como toda su piel. Todo lo que había intuido bajo el vestido verde pistacho de su primer encuentro se quedaba corto ante lo que mostraba en esos momentos. Sintió una tremenda erección instantánea.

Comenzó a hacer fotos, mientras Sonia parecía totalmente ajena a su presencia. No le miraba a él, sino al techo, o a las paredes, o a algún punto inconcreto de la habitación.

Movía su cuerpo como una serpiente, contoneándose, mientras deslizaba sus manos arriba y abajo por todas partes. Ante aquella sucesión de poses, Eduardo se

sintió como esos fotografías que salen en algunos reportajes, disparando sin cesar a las modelos cuyo pelo se alborota con un enorme ventilador mientras exclaman: "¡así, así, deja que la cámara te mime!"

A medida que hacía más y más fotos notó que la erección disminuía poco a poco. "A todo se acostumbra uno, por lo visto", pensó.

Pero el pensamiento se esfumó enseguida.

Sonia se dejó deslizar por el sofá, como si fuese un pañuelo de seda que se suelta sobre un espejo, y acabó sentada en él, con las piernas muy abiertas, con una mano apretando uno de sus pechos, y la otra metida debajo de su tanga.

Le estaba mirando directamente a los ojos, con los labios entreabiertos.

Eduardo pensó: "¡no irá a hacer lo que creo que va a hacer!"

Pero sí, Sonia ya estaba haciendo precisamente lo que Eduardo temía.

Sus dedos se movían bajo el tanga granate, en círculos, cada vez más rápidos, y su otra mano había bajado el sujetador de uno de sus pechos y estaba pellizcando el pezón.

Eduardo disparaba fotos sin tener conciencia de si estaba enfocando bien, o de cuántas fotos llevaba hechas. Solamente veía a Sonia, que ahora parecía estar metiendo dos de sus dedos en su vagina, y escuchaba sus gemidos y jadeos cada vez más intensos.

Siguió disparando incluso después de que Sonia alcanzase el orgasmo, retorciéndose sobre el sofá como una gata en celo, e incluso cuando, un poco después, se levantó y se dirigió hacia él.

—Eh, ya vale, creo que con esto tenemos bastante —le dijo, quitándole la cámara de la mano con una sonrisa medio cubierta por su largo pelo despeinado, que le caía sobre la cara.

—Ah, sí, creo que he hecho bastantes... —a Eduardo se le encasquillaba la lengua.

—Me toca a mí, pero antes quiero que te quedes quieto todavía un ratito...

Y, diciendo esto, se arrodilló frente a él, dejó la cámara en el suelo, a su lado, y con una pericia increíble le bajó la cremallera del pantalón, metió la mano y sacó su miembro, que parecía estar a punto de reventar de un momento a otro.

Volvió a mirarle sonriendo a los ojos, y sin esperar más se lo metió hasta el fondo de la garganta.

Eduardo creyó que se le doblarían las rodillas, por el placer tan intenso que sintió en apenas unos segundos. Lo que aquella chica le estaba haciendo con la lengua dentro de su boca no era normal. No, no lo era, jamás había sentido algo así antes.

Bajó sus manos hacia la cabeza de ella, pero ella las apartó de un manotazo, indicándole que se estuviera quieto. Así que las subió, por encima de su propia cabeza, apoyándolas sobre ella, cerró los ojos, y comenzó a gemir incoherencias como "ufff... no sé qué me haces pero no pares... si sigues así... no sigas... ¡no, sigue...!"

Vio venir el orgasmo, tan claro como un camión en una autopista solitaria a las 12 de la mañana (estúpida imagen, pero es lo que le pareció). En unos segundos se sentiría derramarse dentro de la boca de Sonia...

Pero de pronto el placer cesó y su lugar fue ocupado por un vacío angustiante. Como cuando vas a dar un trago enorme de una botella de agua fría en un día caluroso, y al inclinarla no cae ni una sola gota porque está vacía.

Abrió los ojos de par en par, y vio que Sonia había cogido la cámara, le estaba enfocando con ella, y le decía:

—¡Sonríe, que esta foto va a mostrar lo mejor de ti justo en su momento más álgido!

Ciertamente, cuando Eduardo pudo ver la foto después, comprobó que en ella parecía tener un pene mucho más grande de lo que en realidad tenía. ¿Cómo no iba a ser así, si le había dejado colgado unos segundos antes de llegar al final?

Cuando bajaba las escaleras de casa de Sonia con el pendrive en la mano, en lugar de bajar en el ascensor porque necesitaba mover las piernas para aplacar el enorme dolor de testículos que el calentón le había producido, iba pensando en lo cabrona que aquella chica podía llegar a ser.

"Como algún día te pueda pillar, te vas a enterar tú de lo que es venganza, asquerosa...", fue la frase que pasó por su mente como si se la estuviese diciendo a la cara a la mujer que le había cerrado la puerta, riéndose a carcajadas, cuatro pisos más arriba.

## Iphigenia

El anuncio en la web había quedado bastante curioso y aparente.

Eduardo respetó el texto que había redactado ya, añadiéndole su nueva cuenta de correo para contacto, y le incluyó las fotos que Sonia y él habían seleccionado. Realmente, de Eduardo solamente había una fotografía: de cintura para abajo, con su pirulo en primer plano, en todo su esplendor.

De Sonia había muchas, muchísimas. Ella escogió la que más le gustó (una de las obtenidas cuando comenzaba su autosatisfacción), y recortó su cabeza para no dejar más que el cuerpo.

Eduardo actualizó la página varias veces.

Se sintió desanimado al ver que iban publicándose nuevos anuncios cada dos por tres, a continuación del suyo, y que ya no destacaba tanto. Es increíble la cantidad de gente que busca nuevas emociones y posibilidades en su vida sexual, y sin embargo luego todos afirman no hacer nada de eso, de cara a la sociedad. Es como las películas porno de los viejos videoclubs o las revistas para adultos de los kioscos, que nadie las alquila ni compra nunca pero si siguen ahí es porque dan negocio, evidentemente.

Al cabo de un buen rato decidió que ya llegaría la respuesta, si la había, más tarde, u otro día. Cuando aquella mujer visitase la web de contactos. Y no sabía si acostumbraba a hacerlo o no. Puede que solamente hubiese pasado por allí una vez y no volviese a hacerlo jamás. Mejor esperar sin impacencias, por su parte no podía hacer más.

Esa mañana su Messenger de Facebook estaba totalmente vacío. Estaba conectado un amigo de Barcelona, pero tenía puesto "*Trabajando, no molesten*" en su estado. Los demás, incluidas Sonia y Laura, no daban señales de vida.

Pensó que sería uno de esos días en que parece que el mundo se ha parado, y que no hay otra cosa que hacer que trabajar.

Estaba disponiéndose a hacer algo útil y de provecho, cuando sonó su teléfono.

—¡Edu, guapísimo, buenos días!

Se sintió inmensamente contento al escuchar la voz de su amiga Laura al otro lado.

—¡Hola, y a te echaba de menos! —respondió

—Seguro que no más de lo que yo te echo de menos a ti, bobo. ¿Qué tal estás?

—Pues nada, aquí, aburrido y trabajando... ¿Y tú?

—Yo fuera de mi oficina, para variar. Ni siquiera me he podido conectar un rato. ¡Creo que tengo mono de chat! Jajajaja

—Ya te pondrás al día mañana, así lo coges con más ganas

—Pues no sé... pero estoy hasta los mismísimos ya de este trabajo. Cada vez salgo más a ver a clientes, y cada vez me hacen trabajar más. Pero sigo cobrando lo mismo de siempre.

—Qué me vas a contar a mí, qué me vas a contar a mí...

—Huys, en serio, muchas veces pienso que me encantaría mandar a hacer muchas este trabajo y montar un negocio propio, mi propia empresa, donde yo fuese mi jefa e hiciese todo lo que me gustase cuando me gustase. ¡Sería una gozada!

—Pues ahora que lo dices, yo también he pensado alguna vez en montar una empresita por mi cuenta, de asesoría fiscal o cosas así

—¡Coño, Edu, te estoy hablando de algo emocionante o interesante, no de seguir haciendo cosas aburridas toda la vida! Salir de aquí para seguir haciendo lo mismo me parece tonto, cariño...

—Es que soy muy aburrido, ya lo sabes... jajajaja

—Eso te lo cambiaría yo rápido, lo que pasa es que vives muy lejos, que si no...

—¡Pues vente a vivir a Madrid!

—¡Pues vente tú a vivir a Valencia, no te digo! Jajaja

—Ojalá fuera así de sencillo, ¿verdad?

—Pues sí, ojalá... bueno, tengo que colgar ya, que llega el cliente. ¡Un besazo, encanto, y escíbeme alguna vez!

—¡Hasta pronto!

Una hora después, mientras descansaba un poco de su tarea y miraba la programación de televisión de ese día, le llegaron dos mensajes de correo electrónico al mismo tiempo.

Ambos provenían de la web de contactos. Seguramente los envíos de respuesta se hacían a horas programadas.

Impaciente, abrió el primero.

Pertenecía a una pareja de Guadalajara, y sugerían que, en caso de no encontrar a la chica que buscaban, podrían estudiar si les interesaría llevar a cambio un encuentro entre los cuatro, como alternativa. Una opción descartada.

El segundo era de un hombre bisex de cuarenta y siete años, que pedía perdón en primer lugar por escribirles sin ser una chica, pero quería dejarles muy claro que el placer que obtendrían con él sería muy superior al que les podría proporcionar una mujer. También descartado.

"A seguir esperando...", pensó Eduardo.

Cerró la página del correo, y entonces recayó en una pequeña ventana en la parte superior izquierda de la pantalla, casi escondida tras la hoja de cálculo. Minimizó el Excel y se percató de que la web de contactos seguía abierta. "Tengo que tener más cuidado con estas cosas", anotó mentalmente.

La ventana pertenecía al servicio de chat y le comunicaba lo siguiente:

**Iphigenia (Iphigenia\_0274@gmail.com) desea entablar conversación con usted. ¿Desea admitirle en su lista de contactos?**

El pulso se le aceleró de inmediato. Daba por sentado que aquella mujer contestaría a su anuncio días más tarde, o que jamás contestaría. Pero en lugar de hacerlo le había entrado directamente por el chat de la web y esperaba confirmación.

Pese a su nerviosismo tomó una última precaución: cambiar el nombre que aparecía en su perfil de usuario por el de "Yo mismo". Fuera nombres y datos.

Con todo preparado, y con cuidado de no equivocarse contestando "no", admitió la petición.

En su lista de contactos apareció el nick de ella, pero figuraba como desconectada.

Pensó que aquella petición podría llevar en pantalla mucho tiempo y que, al no obtener respuesta, la tal Iphigenia se había marchado. Pero sólo se trataba de que el servidor tenía que refrescar la lista y actualizar los usuarios activos. Tres segundos después, otra ventanita le decía "*Iphigenia ha iniciado sesión*".

Eduardo tomó aire, giró el cuello varias veces para intentar relajarse, sacudió las manos, y comenzó a escribir:

**Yo mismo:** hola, quién eres?

**Iphigenia:** quién eres tú?

**Yo mismo:** buena pregunta, pero has sido tú la que me ha añadido a su lista, no yo. Acabo de aceptarte ahora mismo.

**Iphigenia:** ay, perdona, es cierto. Es que lo hice hace un buen rato y ya no lo recordaba

**Yo mismo:** tranquila, no pasa nada 😊

**Iphigenia:** a ver si me oriento... eres tú el que ha puesto un anuncio aquí buscando una chica?

**Yo mismo:** yo mismo.

Eduardo leyó la última frase y le pareció de lo más ridículo.

**Iphigenia:** muy ocurrente. Bueno, a lo que vamos. Te importa que te haya hablado por chat en lugar de escribirte?

**Yo mismo:** para nada. Lo que pasa es que así no me has enviado foto tuya, y tú sí has visto las nuestras.

**Iphigenia:** eso se arregla enseguida. Iphigenia desea enviarte el archivo (46 kb). Puede [Aceptar](#) o [Rechazar](#) el envío.

Eduardo hizo click sobre "*Aceptar*" y el fichero se descargó a su ordenador. Lo abrió y salió completamente de dudas, si es que le quedaba aún alguna. La foto, aunque no era exactamente la misma que la que le había llegado en el correo de Tammuz, estaba hecha casi en la misma posición e instante.

**Yo mismo:** una foto muy sugerente, desde luego. Pareces una mujer atractiva, y eso que la foto se ve muy mal.

**Iphigenia:** gracias. Puedes decirle a tu chica que ella sí que es atractiva. Menudo cuerpazo! Y lo tuyo tampoco está mal, pero sólo se ve esa parte de ti

**Yo mismo:** jajaja, sí, fue idea de mi chica

**Iphigenia:** por algo sería. Bien, ya hemos contactado. Qué sugieres que hagamos?

Immejorable pregunta. No había pensado en nada concreto, sólo en contactar con aquella mujer y tratar de ir ganándose su confianza poco a poco, con la excusa del trío. Enterarse de algún detalle de ella, tal vez de su número de teléfono, y por el momento poco más. Empezó a pensar a toda prisa en la contestación, pero la mujer se le adelantó.

**Iphigenia:** yo sugiero un primer encuentro informal, algo rápido, para vernos las caras y conocernos. Aunque no lo creas jamás he hecho algo como esto, y me

da un poco de miedo no saber con quién me voy a encontrar.

"¡Ya, una mierda!", pensó Eduardo para sí mismo, "¡el miedo tenía que tenerlo yo sabiendo lo que puedes ser!". Pero de nuevo le estaban sirviendo todo en bandeja y no podía rechazarlo.

**Yo mismo:** un encuentro los tres, en alguna parte, para tomar algo?

**Iphigenia:** algo así estaría bien. Personalmente, preferiría algún sitio público, con gente. Ver si nos gustamos en la primera impresión, y si es así hablar un poquito más por aquí, hasta llegar a concretar lo que a los tres nos interesa. Te parece bien? Soy demasiado directa?

**Yo mismo:** no, no eres demasiado directa. Recuerda que he sido yo el que ha puesto el anuncio, tú solamente te has interesado por élLo de vernos me parece bien.

**Iphigenia:** guay entonces. Tengo que acercarme por el centro esta mañana para hacer unas cosas. Por dónde os pillas mejor?

**Yo mismo:** espera, voy a hablarlo con mi chica, que no está conectada. Un segundo.

**Iphigenia:** ok.

Eduardo tenía que contactar con Sonia enseguida. Aquella mujer quería verlos esa misma mañana y no tenía ni repajolera idea de dónde se había metido su amiga, ni de si estaría en su tienda. Marcó su número.

*"El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura".*

Vaya, tampoco serviría de nada enviarle un mensaje.

**Yo mismo:** me parece que mi chica no tiene el móvil encendido. Tal vez debamos dejarlo para mañana, cuando pueda hablar con ella.

**Iphigenia:** es que no sé si mañana podré salir del trabajo. Por qué no hacemos una cosa?

**Yo mismo:** dime

**Iphigenia:** quedamos tú y yo. Me parece de fiar.

"Pero tú eres menos de fiar que un mono con un bazooka, cabrona", pensó. Y también se dio cuenta de que Sonia le estaba pegando sus malos hábitos lingüísticos.

**Yo mismo:** ya, pero, y mi chica?

**Iphigenia:** con tu chica podemos quedar otro día. Además, quiero verla antes de quedar para algo más serio, no me gustaría encontrarme con que en realidad eres un tío sin pareja buscando un rollo fácil, me entiendes?

**Yo mismo:** te entiendo

La idea de quedar a solas con aquella mujer no le gustaba nada. Pero tenía que intentar verlo con objetividad.

Desde luego, ¿quién le decía que aquella chica era una asesina? Sabía que había quedado con Tammuz el mismo día de su asesinato, sí, pero no le estaba dando el beneficio de la duda. De hecho, desde el primer instante estaba convencido de que era una psicópata, y no tenía ninguna prueba de ello. En dos ocasiones había dudado también de Sonia y se equivocó por completo.

Por otra parte, se verían en un lugar público, rodeados de gente. Eso era casi un seguro de vida.

**Yo mismo:** de acuerdo, quedemos tú y yo, y cuando hable con mi chica hablamos de quedar los tres.

**Iphigenia:** por dónde estás tú?

**Yo mismo:** cerca del parque del Retiro

**Iphigenia:** ok, me pillas muy bien. Nos vemos dentro de una hora en la esquina de O'Donnell con Menéndez Pelayo, frente al Retiro. Puedes?

**Yo mismo:** me parece bien. Allí estaré.

**Iphigenia:** pues dentro de una hora nos vemos y nos tomamos algo. No me falles, eh? No doy segundas oportunidades.

**Yo mismo:** descuida, allí estaré como un clavo.

Iphigenia se desconectó del chat, y Eduardo se quedó pensativo. No sabía muy bien qué era lo que iba a hacer, o cómo resultaría aquello. Pero lo que sí tenía seguro es que la excitación ante un nuevo progreso en su aventura particular le encantaba.

## Plantón

Estaba esperando en el sitio acordado quince minutos antes de la hora fijada.

Y pensando en que su poca experiencia en quedar con gente le había vuelto a jugar una mala pasada.

Para empezar, el cruce de las calles Menéndez Pelayo y O'Donnell tenía cuatro esquinas, como todos los cruces. Algo lógico, pero por lo visto no demasiado evidente para sus nervios en el momento de concertar la cita. No habían dejado claro en cuál de ellas se verían.

Al referirse a que sería "frente al Retiro" pensó que solamente podían ser tres las esquinas, porque la otra ya estaba "junto al Retiro". Pero eliminar una no era gran cosa.

De todas formas, estaría atento a cualquier mujer que llegase a una de esas esquinas y se quedase allí, en actitud de estar esperando a alguien.

Tampoco le había pedido el número del móvil a Iphigenia por si acaso.

Por cierto, Sonia no sabía nada de aquello. Al no verla en el Messenger y no poder contactar por teléfono, no se le había ocurrido enviarle un correo para contárselo. Si lo hubiese hecho y ella lo hubiese recibido, puede que le hubiese dado tiempo a acercarse hasta allí a tiempo.

Un cúmulo de despistes que contrastaba demasiado con su costumbre de planificarlo todo hasta el último detalle.

Miró el reloj, y vio que aún faltaban trece minutos. ¡Qué lento pasa el tiempo cuando se espera, y qué rápido cuando le están esperando a uno!

Cerca de donde estaba se había colocado un hombre de color, posiblemente norteafricano. Había extendido una manta sobre la acera y distribuido sobre ella un montón de DVDs piratas.

Eduardo se acercó para entretenerse un rato mirando, pero sin intención de comprar nada. No es que la piratería le pareciese tan delictiva (ni se lo había planteado), o que se sintiese un criminal al comprar por cinco euros una película o un álbum de música que en las tiendas cuestan mucho más, sino porque le daba un poco de cosa el llegar a su casa, ponerla en el aparato, y que el doblaje fuese latino. Y, sobre todo, escuchar los sermones de Silvia al respecto: "te he dicho muchas veces que solamente compres cosas de las que te den facturas y puedas reclamar".

Junto a los discos había también unas cajetillas de tabaco y unos encendedores de esos alargados y finos. Rebuscó en sus bolsillos, sacó unas monedas sueltas, y le compró al "mantero" un mechero y un paquete. Se echaría un cigarrillo mientras esperaba la aparición de Iphigenia. Su reloj indicaba que faltaban aún ocho minutos para la cita.

Apenas acababa de dar un par de caladas al cigarro, pensando en lo complicado que sería reconocer a aquella mujer vestida con ropa de calle y no en picardías, cuando una voz muy familiar sonó a su espalda:

—¿Qué haces aquí?

Eduardo se giró, atragantándose con el humo, y se encontró con su esposa, que le miraba extrañadísima. Su mente trabajó a toda prisa para encontrar una excusa medianamente verosímil.

—¡Hola, cariño! ¡qué sorpresa! —le dijo a Silvia, dándole un pequeño beso como saludo, y para hacer un poco más de tiempo hasta que esa excusa apareciese.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella de nuevo, poniendo cara de desagrado ante el sabor del tabaco en sus labios.

—Pues ya ves... —dijo Eduardo, sacudiendo nerviosamente el cigarrillo entre sus dedos. Y entonces encontró lo que buscaba —Estaba agobiado en la oficina y me he bajado un rato a dar un paseo y echarme un pitillo...

—¿No lo habías dejado? —la cara de su mujer era ahora de reproche

—Sí, sí, si lo había dejado... ¡Mira! —dijo, enseñándole el paquete y forzando una sonrisa—Acabo de comprarlo, es el único que me he fumado, y ahora lo tiro. Es que me han angustiado mucho con cosas del curro y me apetecía muchísimo fumármelo, no le des tanta importancia, amor.

—Tú mismo, es tu cuerpo y tu salud, Eduardo. Ya eres mayorcito para saber lo que debes o no debes hacer.

Eduardo recorrió con la vista durante un instante las tres esquinas de la intersección. No se veía aún a ninguna chica esperando en ellas, y de todas formas, aunque apareciese, no podría ir a su encuentro mientras Silvia estuviese allí. Tenía que deshacerse de ella cuanto antes.

—Bueno, ¿y tú? ¿qué haces aquí? —le devolvió la pregunta

—Hoy hemos tenido problemas con la electricidad y llevamos sin ordenadores desde primera hora de la mañana. Han dicho los de mantenimiento que tardarían un buen rato, y he aprovechado para acercarme a mirar las rebajas de Lazaro Store.

—¡Cuánto te gusta ir de compras, cariño! —contestó Eduardo, en tono distendido, apretando el brazo de su esposa —Pues venga, aprovecha para mirar y comprar todo lo que quieras, que yo vuelvo al trabajo.

—No, si ya he estado allí —respondió ella —por eso venía a buscarte a la oficina. He visto un par de bañadores que me gustan para ti, que están baratísimos, y quiero que te los pruebes para llevárnoslos a la playa.

La posibilidad de que Silvia se marchase y le dejase el terreno libre acababa de desmoronarse por completo.

—No sé, cariño... me esperan para seguir con lo que estábamos haciendo —dijo, en un último intento.

—Nada, nada, que serán apenas veinte minutos, y tú casi nunca te coges el tiempo del desayuno. No te pueden decir nada.

Y, diciendo esto, tomó a su marido de la mano y comenzaron a caminar en dirección a la tienda de ropa.

Eduardo miró por última vez las tres esquinas. Había varias mujeres que pasaban por allí. Tal vez una de ellas fuese Iphigenia, pero ya no podía hacer nada.

Media hora después, Eduardo subió a toda prisa a su mesa.

Abrió la página del correo, y escribió un mensaje para Iphigenia:

*"Quiero pedirte perdón por el plantón.*

*¡De verdad, no te imaginas cuánto lo siento! He estado esperándote donde habíamos quedado, pero me han llamado para decirme que un sobrino mío acababa de tener un accidente con la moto, y he tenido que salir corriendo al hospital. Menos mal que no es nada grave, sólo alguna quemadura"*

Mentira cochina. Eduardo no tenía hermanos, ni cuñados, y mucho menos sobrinos. Pero necesitaba una razón de peso para explicar el no haber acudido a la cita.

*"Como no tenía tu teléfono no he podido avisarte de ninguna forma. Espero que no te haya sentado mal.*

*A ver si hablamos por el chat y lo que hacemos ya es quedar los tres, sin que haya contratiempos.*

*Un beso, y te pido perdón de nuevo."*

Su jefe le llamó a su despacho cuando acababa de enviar el mensaje. Cuarenta minutos más tarde, al regresar a su puesto, encontró un mensaje de respuesta de Iphigenia en su buzón.

*"Te dije que no me fallases, y lo has hecho. Te he borrado de mis contactos. No vuelvas a escribirme más porque no responderé. Que te vaya bien".*

Un mensaje escueto, y conciso. Pensó en responder y seguir pidiendo perdón, tratando de convencerla, pero sabía que sería inútil. Esta mujer ya no quería saber nada de ellos.

Sacó su móvil y marcó el número de Sonia.

Esta vez sí contestó. Había dejado el móvil cargando en la tienda, porque no tenía batería, y acababa de volver de una reunión con proveedores en Toledo.

Eduardo le contó todo lo ocurrido. El contacto con Iphigenia, que habían quedado pero no había podido avisarla, que había llegado su mujer en el peor momento y no pudo hacer nada, y que le había dicho, poco más o menos, que ahí se terminaba todo.

—Vaya —dijo Sonia —tenemos mala suerte, desde luego.

—Ya te digo. Con lo que nos ha costado encontrarla, y se joroba todo.

—Bueno, bueno, pensemos un poco... ¿qué podemos hacer ahora?

Esa pregunta se la estaba haciendo Eduardo desde hacía rato.

—Pues ni idea, oye —dijo —Pero he estado mirando el correo de Tammuz, y me he dado cuenta de que aún nos queda ese tal Víctor.

—Joder, Víctor... —Sonia se calló unos instantes —Vale, después de todo es el último recurso.

—¿Tan mal te llevas con él?

—Ya te dije que tuvimos nuestras diferencias, dejémoslo así. De lo que se trata es de que este tío puede que conozca a esa mujer, y no tenemos ningún sitio más por donde tirar.

—¿Entonces?

—Iremos a verle. Yo te lo presento, pero tú te encargas de hablar con él y preguntarle, ¿ok? Cuanto menos hable yo, mejor que mejor.

—Está bien, no hay problema. Cuéntame quién es, dónde y cuándo podemos verle, y pensemos en lo que vamos a preguntarle...

## Víctor

Victor era uno de los personajes más conocidos del ambiente liberal y de la noche, tal y como le había comentado Sonia. Pero su fama no se debía a ser un buen anfitrión, como lo era Salvador, por ejemplo, sino a todos los sucios tejemanejes que se le atribuían.

Era dueño de un after-hours, un local que abría cuando los demás cerraban. Entre los círculos que frecuentaba Sonia se hablaba de que, además de ese negocio, que parecía ser una tapadera, se dedicaba a traficar con estupefacientes, a mover videos de porno infantil por Internet, y a ejercer muchas más actividades, a cada cual más asquerosa.

Mientras caminaba con Sonia por la galería comercial y de ocio donde se ubicaba el local de Víctor, tras dejar sus coches en el parking subterráneo, Eduardo pensó que era comprensible que ella hubiese preferido no seguir aquella pista.

De hecho, le había dicho en varias ocasiones que por qué no lo olvidaban todo y evitaban relacionarse con un individuo como ese.

Pero Sonia se había tomado el asunto de la investigación de forma mucho más personal que él, aunque pareciese increíble, y le convenció de que hiciesen ese último intento.

Eran las ocho y media de la mañana.

Había dos posibilidades: o ir a ver a Víctor de madrugada, cuando abriese su negocio, o acercarse cuando estaba casi a punto de cerrar. Eduardo no podía ni plantearse la primera, pero la segunda estaba dentro de su horario permitido. Luego pondría alguna excusa al llegar al trabajo y listo.

El after-hours era un antro casi siniestro. Hacía años que Eduardo no pisaba una discoteca, y en sus tiempos eran muy distintas. Lo más reciente que tenía en su memoria era algún salón de esos donde se va a bailar salsa, y el parecido se limitaba a que ambos tenían paredes, suelo y techo.

Quedaban pocos focos encendidos, algunos girando lentamente. El DJ parecía estar enfrascado en perfeccionar su técnica de mezclas, y no en satisfacer los gustos musicales de las pocas personas que aún quedaban allí, tomando la penúltima copa y tratando a la desesperada de llevarse a la cama a la chica o chico que llevaban soportando y soportándose toda la noche.

Cruzaron todo hasta el fondo, hasta un pequeño reservado, separado del resto por un biombo de madera, y se encontraron con "la crème de la crème" de la nueva mafia de las capitales. Tres hombres de mediana edad, sentados alrededor de una mesa llena de papeles, y flanqueados por unos matones de un tamaño considerable, todos con gafas de sol (¿cómo se puede ver algo con esas gafas en un lugar así?) que posiblemente serían también los vigilantes de las puertas de sus respectivos negocios, o eso pensó Edu.

Cuando Víctor les vio llegar, sonrió irónicamente a Sonia:

—Vaya, la ovejita vuelve al redil. ¿Qué se te ha perdido aquí, zorróna? —le dijo. Pero Sonia ni se inmutó.

—Este amigo necesita preguntarte una cosa, Víctor —contestó, con una seriedad extrema —Yo solamente le acompaño.

Victor se puso en pie y con un gesto les indicó a sus acompañantes que la reunión había llegado a su fin y que podían marcharse. Los otros dos le dieron una palmada en el hombro, al pasar junto a él, y miraron de arriba abajo a la pareja que acababa de llegar, con cierto desprecio. Sus gorilas recogieron los documentos y los siguieron, hasta que desaparecieron del recinto.

Ahora ya solamente quedaban allí ellos dos, Víctor, y el más grande de los guardaespaldas, que se había situado detrás de Sonia, mirándole el escote sin ningún tipo de pudor.

—Tú y yo ya hablaremos algún día de lo que tenemos pendiente, Sonia —dijo el aspirante a mafioso, y después se volvió hacia Eduardo. Le escrutaba como si quisiera saber, por su aspecto, si era un policía, un inspector de Sanidad, o un posible cliente de alguno de sus chanchullos —¿Qué me tiene usted que preguntar, caballero?

El tono respetuoso de sus palabras parecía indicar que le había catalogado como de lo último: alguien que necesitaba un proveedor de drogas de diseño, o algún video jugoso y prohibido por la ley...

Eduardo y Sonia ya habían hablado de lo que él debía decir, y no titubeó al responder, sacando del bolsillo de su pantalón la misma foto impresa que su amiga había llevado en el móvil a casa de Salvador.

—Esta mujer me está jodiendo la vida, y no sé por qué. Se hace llamar Iphigenia.

Victor cogió la foto, la miró unos segundos, y luego la arrojó sobre la mesa, como si no fuese importante, volviendo a mirarle fijamente a los ojos y esperando que continuase.

Eduardo vio que el gorila estaba acariciando el culo de Sonia con una de sus grandes manazas, pero ella parecía no darse cuenta.

—Desde hace un tiempo se dedica a llamar a mi casa y a dejarle mensajes a mi mujer, diciendo que estamos liados, y no es cierto. No sé lo que busca, ni sé quién es, sólo que aparentemente viene algunas veces por aquí, que tal vez te conoce, y por eso he venido a ver si me puedes echar una mano. Quiero encontrarla y decirle tres o cuatro cosas claritas.

—Sé lo que es eso —Víctor miró de reojo a Sonia durante un momento. El gorila estaba ampliando su campo de acción y su mano ya estaba en uno de los muslos de la chica —Una cosa parecida me costó un divorcio y un montón de pelotas hace un tiempo.

—Entonces sabes a qué me refiero —continuó Eduardo —¿La conoces?

—No sé quién es —respondió Víctor —pero, aunque así fuese... ¿qué ganaría yo ayudándote?

Eduardo y Sonia no se habían planteado esa pregunta cuando acordaron lo que debían decirle al mafioso para obtener su colaboración.

¿Qué podía ofrecerle a este hombre como compensación? ¿Dinero? ¡Imposible! Ese tipejo manejaba más dinero cada noche que el que Eduardo vería junto en toda su vida.

¿Ayuda o contactos para alguno de sus negocios? Otra tontería.

¿Sexo? ¿Estaba tal vez Víctor sugiriendo que Sonia se acostase con él a cambio de decirles quién era aquella mujer? Eso parecía lo más probable, pero, por mucho que ambos desearan seguir con su juego de detectives aficionados, ese precio no estaba dispuesto a pagarlo, y estaba seguro de que su amiga tampoco...

En esos momentos, la mano del guardaespaldas se metió por debajo del vestido de Sonia, agarrando fuertemente su sexo. Ella se giró, y le propinó un sonoro bofetón en la cara, haciendo que las gafas de sol saliesen despedidas y fueran a parar contra la pared.

El gorila, lejos de sentirse contrariado, sujetó la muñeca de la chica, doblándola hacia abajo y obligándola a arrodillarse.

Eduardo sintió que la sangre le hervía, y una rabia incontenible se apoderó de él. Dio un paso hacia el matón con los brazos extendidos, con intención de agarrar su brazo y hacer que soltase a Sonia de inmediato.

Pero el guardaespaldas fue más rápido. Soltó la muñeca de la chica, cerró el puño, y lo estampó directamente contra el rostro de Eduardo.

Aturdido por el impacto, perdió el equilibrio y cayó boca arriba sobre el suelo.

Se apoyó sobre los codos, poniendo una de sus manos en la boca, y vio que estaba sangrando. Frente a él, Sonia se había levantado, tenía los dedos encrispados en actitud de disponerse a atacar con las uñas, y estaba resoplando furiosamente.

Sonó un "click".

Eduardo sintió algo frío, con la frialdad que solamente tiene el metal, sobre su sien izquierda.

Víctor había sacado una pistola de alguna parte, y mantenía el cañón apoyado sobre su cabeza, con el seguro levantado. Eduardo sintió un pánico terrible, y no acertó más que a levantar ambos brazos, como las víctimas de los atracos.

—¡Víctor! —gritó Sonia, aterrorizada —¡No lo hagas! ¡Haz conmigo lo que quieras, pero no le hagas nada a él!

—Cállate, zorrón —contestó el mafioso, sin mirarla siquiera. Sus ojos estaban puestos sobre Eduardo, que temblaba de pies a cabeza. Disfrutaba con esa sensación de sentir el poder absoluto sobre la vida de otra persona —Si alguna vez quise hacer algo contigo, eso ya pasó.

—Víctor, por favor...—ahora la voz de Sonia temblaba, como en sollozos —por favor...

—Habéis venido a mi casa —respondió Víctor, con actitud de quien se siente ofendido -, habéis pegado a mi, y habéis intentado conmovirme con la historia del acoso para que os cuente quién coño puede ser una mujer a la que no he visto en mi vida...

Eduardo comenzó a balbucear:

—Perdona, por favor, no queríamos molestarte, te lo juro...

—Calla —Víctor apretó levemente el cañón de su arma contra la sien de Eduardo, y éste se sumió en el silencio —No tengo ganas de líos. Me gusta la tranquilidad, y no hacer ninguna tontería que pueda hacer que la pasma se presente aquí. Pero siempre hay una primera vez para todo. Tenéis un minuto para salir perdiendo el culo y no volver aquí en vuestra puta vida.

Dicho esto, volvió a poner el seguro en la pistola, y la introdujo bajo su pantalón, en la parte de los riñones. Les dio la espalda y se marchó hacia la barra, perdiéndose de vista tras el biombo.

Sonia ayudó en silencio a Eduardo a levantarse del suelo. Ambos salieron del local tan aprisa como pudieron, sin mirar siquiera al matón, que sonreía satisfecho.

Ya fuera de allí, muy alejados, pero aún dentro de las galerías, ambos comenzaron a serenarse un poco. A Eduardo le dolía mucho el labio inferior, pero no parecía tener más que un corte y una ligera hinchazón frutos del puñetazo.

Al verse ya fuera de peligro, se detuvieron un momento, apoyándose contra un escaparate.

—Joder, qué fuerte, la leche... —dijo Eduardo, sacudiendo la cabeza —Jamás me había pasado algo así, jamás...

—Víctor es un hijo de puta. —susurró Sonia, apretando los dientes y mirando en dirección al local del mafioso, aunque estuviese al otro lado de una esquina y no pudiese verlo —Debería estar muerto...

## Fines y principios

—No digas eso, Sonia, que a mí me ha tocado peor parte que a ti y jamás se me ocurriría desearle la muerte a alguien —dijo Eduardo, acariciándose el labio herido.

—Es una forma de hablar, no le des tanta importancia.

—Tus formas de hablar son siempre muy directas, ¡hay veces que me asustas!

—Jejeje, no puedo evitar ser ... —comenzó a decir ella, pero en ese momento vio algo a espaldas de Eduardo que llamó su atención y sonrió de oreja a oreja — ¡Ven! ¡Divirtámonos un poco y olvidemos lo que ha pasado!

Tomándole de la mano, tiró de él en dirección a uno de los locales situados al fondo del subterráneo, junto al cajero automático del parking. Parecía que acababan de abrirlo, porque el letrero de neón que había sobre la entrada parpadeó unos instantes y después iluminó el oscuro pasillo con una luz amarilla intensa:

"YAMILA. TAROT. ADIVINO TU FUTURO"

—¿Vamos a que nos echen las cartas? —preguntó Eduardo, sorprendido

—¿Y por qué no? —comentó Sonia, entre risas —estas cosas me hacen mucha gracia, así se nos pasa un poco el mal rollo y nos reímos un rato.

La dueña del local pareció aún más sorprendida que Eduardo cuando vio entrar a la pareja. Había abierto mucho antes de lo acostumbrado porque ese día tocaba limpieza general, y lo último que esperaba es que entrasen clientes tan temprano. Pero un cliente es un cliente, ya limpiaría más tarde. El negocio estaba bastante flojo últimamente.

Eduardo se sentó junto a Sonia frente a una mesa cubierta por un manto verde oscuro de terciopelo, sobre la que había una bola de cristal llena de huellas, una vela de color rojo con adornos dorados, y una baraja de cartas de gran tamaño, posiblemente del Tarot, tal y como anunciaba el letrero luminoso de la puerta.

La presunta adivina había tenido el tiempo justo para apagar el cigarro que acababa de encender y de ponerse una túnica azul brillante sobre su ropa de calle, mientras les indicaba que en unos segundos les atendería. Después de ataviarse, se sentó frente a ellos, cogió la bola para ponerla en una mesa adyacente, y comenzó a barajar sin mirarlos, con los ojos cerrados.

—Díganme, ¿qué desean saber? ¿pasado, presente, futuro...? —les preguntó, con voz muy seria

—Todo lo que nos quiera contar —contestó Sonia con una sonrisa y un guiño socarrones —Sorpréndanos.

Eduardo se sentía incómodo en aquella situación. Sonia había entrado descaradamente al local para reírse en las mismas narices de aquella mujer. "Divertirse un poco", decía ella. Eduardo no creía en todas esas patrañas, pero toda persona le parecía digna de un mínimo respeto. Prefirió aportar un tono más amable al momento:

—Díganos cosas sobre nosotros, pero no del pasado, que ya lo sabemos. De nuestro presente y del futuro cercano, por ejemplo.

—No crea que todo el mundo conoce su pasado tan bien como piensa, caballero —respondió la adivina —pero ustedes pagan, y ustedes eligen lo que quieren saber. Vamos allá.

Tras barajar durante unos segundos las cartas, distribuyó unas cuantas sobre la mesa, en una disposición aparentemente aleatoria.

—Veo que ustedes dos no son pareja, aunque están juntos de alguna forma —dijo la mujer —Les unen varias cosas, algún proyecto común que les interesa a ambos.

Eduardo ya se esperaba una respuesta tan ambigua como esa. Es lo que suelen hacer los que dicen adivinar las cosas: hablar de lo evidente, rodeándolo de cierto teatro y misterio, pero sin dejar nada claro. Es el subconsciente del que espera y cree el que ata los cabos en su imaginación, no el presunto adivino.

Él llevaba anillo de casado, y Sonia no. Habían entrado de la mano en unas horas en las que ambos deberían estar trabajando. El aspecto de él era el de una persona seria y formal, y el de ella el de una mujer liberada.

No hacía falta ser adivino para deducir que no eran pareja "oficial", y que si estaban juntos era porque algo los interesaba, ¿no? Comenzó a esbozar una pequeña sonrisa de complicidad con Sonia, que también le miraba divertida, seguramente sacando las mismas conclusiones.

La mujer recogió las cartas, volvió a barajarlas, y de nuevo colocó unas cuantas boca abajo sobre la mesa, esta vez dibujando un rectángulo. Volvió dos de ellas, y de pronto su rostro se volvió pálido como la nieve y la mano que sujetaba el mazo comenzó a temblarle visiblemente.

Miró a Sonia, y dijo, con voz temblorosa:

—Veo la muerte en ti

Eduardo notó que Sonia apretaba sus dedos sobre su pierna, fuertemente. Tuvo que contenerse para no gritar por el pellizco inesperado. La adivina posó su mirada entonces sobre él, fijamente, y continuó:

—No sigas con ella. Si lo haces, ocurrirán cosas terribles...

En ese momento Sonia se puso en pie, sacando de su bolso un billete de veinte euros, y lo arrojó sobre la mesa.

—Tenga, por los servicios prestados. Muchas gracias por todo, y adiós. —dijo, con aquella voz tan fría que alguna vez Eduardo había escuchado ya.

Tomó a Eduardo de la mano y tiró de él con fuerza, hasta que salieron del local sin detenerse. Eduardo no había tenido tiempo más que de decir un "hasta luego, y gracias" sobre la marcha.

Ya en el parking, junto a los coches, Sonia le soltó y se apoyó sobre el capó de su Mini. Se la veía afectada, y no era para menos, teniendo en cuenta las lindezas con que aquella echadora de cartas les acababa de obsequiar.

—Eh, no te lo tomes así —dijo Eduardo, tomando de nuevo su mano en actitud tranquilizadora —tú misma dijiste que esto son tonterías, así que no hagas caso.

Sonia apartó su mano bruscamente, cruzando los brazos sobre su estómago.

—Lo que ha dicho esa estafadora me la pela —contestó —pero ya llevamos una mañanita bastante jodida y esto lo acaba de rematar.

—Venga, no te pongas así —dijo Eduardo metiendo sus manos en los bolsillos del pantalón y dando patadas a una lata aplastada de cerveza que había en el suelo —Seguro que encontraremos algo que nos haga sentir mejor, ya lo verás...

—No, Eduardo, esto se ha acabado —respondió ella, mirándole a los ojos

—¿Acabado?

—Sí, acabado, terminado, finiquitado, kaput. Nos hemos metido en un asunto que no tiene nada que ver con nosotros, hemos jugado con fuego, y aquí tienes el resultado —dijo ella, señalando el labio cada vez más hinchado de Eduardo —Lo único que vamos a conseguir es tener un disgusto, y paso de eso.

—Joer, Sonia, tampoco ha sido para tanto, ¿no crees?

—Mira, Eduardo, hay muchas razones por las que creo que tenemos que dejar esto, ¿te las digo?

—Adelante.

—Para empezar, se nos han acabado las pistas. Diste plantón a la mujer que pensábamos era la que estaba detrás de todo esto, y te ha dicho que te olvides de ella. Salva y Víctor no han servido de nada. No tenemos nada más.

—Pero tenemos una foto, una cuenta de correo...

—¿Tú te has dado cuenta de la pareja que hacemos? Mírate y mírame. Somos tan compatibles como el agua y el aceite, cariño.

¿Qué había sido de Luz de Luna? ¿Dónde estaban ahora Bruce y Cybill?

—Nuestras vidas son distintas, y tenemos que vivirlas por separado. Yo sólo puedo aportarte problemas, y tú sólo puedes traerme complicaciones. Hemos jugado al juego equivocado, y estamos ya demasiado mayores para jugar, ¿no crees?

—Esto me suena a un adiós...

Sonia se acercó a Eduardo. Puso sus manos en las mejillas de él, y le besó suavemente en los labios.

—Eres buena gente, Eduardo, ya te lo dije. Y a la gente buena no se le debería hacer daño, jamás. Me ha encantado conocerte, te deseo lo mejor del mundo, y aquí nos despedimos.

Eduardo no quiso alargar ese tenso instante. Estaba de acuerdo en todo con ella, aunque le pesase.

—Cuídate mucho, Sonia, y sé feliz, ¿vale?

Ella le devolvió una sonrisa, montó en su coche y se marchó.

El hizo lo mismo. Ya era tarde, muy tarde, y el trabajo le esperaba. Antes de ponerse el cinturón, cogió un pañuelo de papel de la guantera y se miró en el espejo retrovisor.

El rojo del carmín de Sonia se mezclaba con el hilillo de sangre que aún brotaba, aunque escasa, de la herida.

Al salir del parking y recuperar la cobertura, su móvil sonó dos veces, avisándole de que tenía mensajes pendientes. Supuso que sería su jefe para preguntarle por el retraso, así que esperó a llegar a la puerta de la oficina para mirar.

Tenía una llamada perdida y un mensaje, pero ambos eran de Laura. El mensaje decía:

TNGO Q HABLAR CONTIGO URGENTMNT. LLAMAME CUANDO PUEDAS. UN BESO. LAURA.

Escrito con una sola mano, estaba claro, Se apresuró a fichar y subir. Pasó por el despacho de su superior, para comentarle que había tropezado bajando las escaleras de su casa y se había caído. Que venía del centro de salud, donde le habían dicho que afortunadamente sólo tenía una pequeña torcedura de tobillo y la herida del labio, y de ahí el retraso. Eso mismo le diría después a su mujer, cuando le preguntase por la pequeña hinchazón, pero cambiando la caída en las escaleras por un golpe contra una puerta en el trabajo.

Ya en su sitio encendió su teléfono y marcó el número del móvil de Laura.

—Hola, Edu —dijo ella al descolgar —Perdona que te haya llamado al móvil, pero en el teléfono del trabajo nadie me lo cogía y tenía que hablar contigo cuanto antes.

—No te preocupes, es que hoy me he retrasado un poco. ¿Te ocurre algo? —Eduardo estaba preocupado por su amiga.

—¡Nooo, no te asustes , cariño! Es que te voy a dar una sorpresita.

—¡Me encantan las sorpresas! ¿De qué se trata?

—¡Estoy en Madrid! Bueno, estoy entrando, o intentándolo, porque hay un poco de atasco.

—¿¿¿Cómo???

—¡Jajaja, lo que oyes! Me han mandado para acá para ver a un cliente, llevo conduciendo desde las cinco de la mañana. Creo que lo terminaré todo antes de la hora de comer, aunque de todas formas he cogido hotel para esta noche, por si acaso se complica el tema. ¿Te gustaría que nos viésemos?

Eduardo estaba acelerado. Después de dos años, se presentaba por fin la oportunidad de conocer en persona a su queridísima amiga. ¡No podía desperdiciarla!

—¡Por supuesto, eso ni se pregunta! ¿A qué hora quedamos, y dónde?

—Voy a comer con los clientes, así que podríamos vernos para tomar algo justo después, en la cafetería del hotel. En cuanto llegue allí te vuelvo a llamar y te doy la dirección.

—¡Estupendo! ¡Cuenta conmigo, chiqui!

Se despidieron, y Eduardo se apresuró a llamar a Silvia. Pensó que últimamente estaba poniendo demasiadas excusas para hacer cosas por las tardes, y que tal vez su mujer acabaría por mosquearse. Pero no era tan grave. La ocasión de conocer a Laura no se podía desaprovechar, y además ya no tendría que volver a dar ningún tipo de explicaciones, porque no seguiría con el asunto de los asesinatos. Sería la última vez que haría algo así.

Cuando su esposa contestó él le dijo que su jefe le había pedido que dejase terminado todo lo pendiente antes de irse de vacaciones. Era verdad en parte: se lo había pedido, aunque desde luego no que se quedase a trabajar por la tarde, y sus vacaciones comenzaban al día siguiente. La excusa perfecta. Silvia se sintió un poco molesta porque la empresa nunca le había exigido trabajar fuera de su horario en todos los años que llevaba allí, últimamente ocurría mucho, y esperaba que no se convirtiese en una costumbre.

—Tranquila, que en cuanto esto quede hecho ya no volveré a aceptar estas peticiones, cariño —le dijo Eduardo

—Vale, déjalo claro, que lo que empieza como un favor al final se vuelve obligación. Hazlo hoy para tener contento al jefe, y ya está.

—Un beso

—Te quiero, amor. Hasta luego.

## En persona

Laura y Eduardo se vieron las caras por primera vez a través de la gente que se encontraba en aquellos instantes en la cafetería del hotel.

Habían mirado las fotos del otro en multitud de ocasiones, tanto que les parecía que serían capaces de reconocerse sin problema incluso si se cruzaban en cualquier calle de cualquier ciudad del mundo sin previo aviso, como dos viejos amigos.

Ahora que se miraban el uno a otro, sonriendo, a medida que Eduardo se acercaba a la mesa en la que Laura esperaba sentada con un refresco en la mano, esa idea ya no parecía tan posible como habían creído.

Por muy buenas que sean las fotos, por muchas fotografías que se llegue a tener de alguien, hasta que esa persona no adopta las tres dimensiones frente a tus propios ojos no muestra su verdadero y completo aspecto. Hasta a través de vídeo o webcam la imagen de una persona se verá distinta a ojos de quien no ha tenido oportunidad de tenerla frente a frente antes.

Eduardo llegó a la mesa, y Laura se levantó para recibirle.

En principio ella le tendió la mano, cuando él se acercaba para darle dos besos; ella se rió nerviosa y retiró la mano, y fue a darle esos besos, en el momento en que Eduardo se quedaba quieto y levantaba su propia mano; esta vez fue Eduardo el que soltó una risita, y finalmente ambos, sonriendo, separaron sus manos y se dieron un abrazo.

Un abrazo sincero, repleto de cariño, fuerte, con una de las manos de Laura acariciando el pelo de su amigo, y una de las manos de Eduardo frotando la espalda de su amiga.

Sin separarse, Laura le susurró:

—Después de tanto tiempo, y no sabemos si darnos la mano, besarnos, o qué... ¿a que sí?

—Creo que son los nervios —le respondió Eduardo, echándose hacia atrás para ver el rostro de ella, pero sin soltar su cintura —Me alegro muchísimo de verte, chiqui.

—Y yo de verte a ti, guapo.

Entonces sí, se dieron los dos besos en la mejilla que habían intentado un poco antes, y se sentaron por fin, uno junto a otro, en la mesa.

El camarero se apresuró a preguntar si el señor deseaba tomar algo, y Eduardo pidió una cerveza fría, daba igual si era corto, caña, botellín o cualquier otro formato.

La primera hora transcurrió como si fuesen minutos para ambos.

Al principio hablaron mucho de si era así como se imaginaban el uno al otro, bromeando con que si Eduardo era mucho más bajo de los dos metros veinte que Laura afirmaba que había asegurado tener en Facebook, o con que si ella solamente tenía dos tetas, y no las cuatro que había confesado alguna vez. Bromas de antiguos amigos, que se veían por primera vez en persona tras dos años de compartir horas y horas, día tras día...

A Laura Eduardo le pareció de aspecto más joven que el que mostraba en las fotos, donde salía siempre tan serio. A Eduardo su amiga le pareció, sencillamente, preciosa.

En las fotos era guapa, y siempre lo había pensado así. Ahora, con sus increíbles ojos azules mirándole sonriendo, "guapa" era un adjetivo que se quedaba muy corto. Claro, que Eduardo quería con locura a Laura, y nunca podía ser objetivo con ella ni con su aspecto. Lo mismo le pasaba a ella con él.

Por eso todo resultaba tan natural y sencillo entre los dos, como si llevaran toda la vida trabajando o saliendo de marcha juntos. Ninguno de los dos se dio cuenta de que casi desde el principio estuvieron cogidos de la mano, o de que inconscientemente ella le colocaba el cuello de la camisa, o le enderezaba la corbata, y él le apartaba un mechón de cabello de los ojos. En cierto instante ella deslizó sus dedos por los labios de él, preguntándole por la contusión, y él dijo que había sido un pequeño accidente sin importancia. El tacto de sus dedos era tan familiar como todo lo demás.

Solamente hablaban, y hablaban... olvidando que el tiempo pasaba y que había más gente alrededor. Olvidando incluso que existía un mundo a su alrededor.

En cierto momento, Eduardo notó que Laura estaba como ausente, con la mirada perdida, aunque movía la cabeza de forma afirmativa a cada frase que él soltaba, o le decía algún "sí" o un "ahá".

—... Y entonces yo monté en el bacalao y me fui a coger uvas a Canarias... —le dijo Eduardo a su amiga, esperando su reacción

—Ahá —contestó ella, sin inmutarse

Eduardo le dio un suave golpecito con el dedo índice de la mano que ella tenía sujeta junto a su rostro, en la mejilla. Laura pareció despertar de un sueño profundo, abriendo mucho sus ojos, que parecieron más azules que nunca.

—¿Te pasa algo, Laura? Si te aburre lo que te cuento, joer, dímelo y hablamos de otra cosa, que hay confianza... —le dijo en tono cariñoso y con una sonrisa

—No... no me pasa nada, tranquilo. ¡Y no me aburres, no digas bobadas! Es que durante un momento me he quedado pensando en otras cosas...

No sabía si era por aquel motivo o por otro, pero Eduardo pensó que era buen momento para pedirle perdón a su amiga por la actitud tan distante que había mantenido con ella aquellas semanas.

—Chiqui, quería pedirte perdón por haberte hecho tan poco caso en los últimos días...

—Chssttt... no digas nada —contestó Laura, poniendo dos de sus dedos sobre los labios de él —no tienes que darme explicaciones, ya te lo dije

—Pero quiero hacerlo, Laura, porque eres mi amiga —respondió él, apartando los dedos de su boca con suavidad —Quiero que sepas que no ha sido por ti, ni porque me quisiera alejar de ti, sino porque hace poco me ocurrió algo muy, muy extraño, y luego lo fui complicando yo mismo...

Ella volvió a poner de nuevo su mano sobre la boca de Eduardo, y le habló en un tono que no admitía contestación, pese a ser el más cariñoso que puede imaginarse:

—Eso me lo contarás otro día, ¿vale? Ahora estamos aquí, y me gustaría mucho más que hablásemos de nosotros y de cosas que tenemos en común, ¿quieres, Edu?

—Como tú quieras. ¿De qué te apetece que hablemos?

—Por ejemplo... —Laura se llevó la mano de Eduardo a sus labios, dándole pequeños besitos, como si hacerlo le ayudase a pensar —¿recuerdas lo que nos decíamos cuando hablábamos por el Messenger de lo que haríamos si algún día podíamos vernos en persona?

—¡Jaja, sí, claro que me acuerdo! —Eduardo recordó divertido aquellas conversaciones llenas de bromas con su amiga —Nos decíamos que, si alguna vez conseguíamos conocernos por fin, estaríamos casi obligados a aprovechar la ocasión al máximo, no fuese que no volviésemos a vernos más...

—¿"Aprovechar la ocasión al máximo"? ¿He dicho yo alguna vez algo así? No es mi estilo... jajajaja

—¡Bueno, no, eso lo he dicho yo! Jajaja... Lo que nos decíamos, entre risas, era que, para una vez que nos veíamos, era prácticamente obligatorio que hiciésemos el amor y que después nos quitasen lo bailao...

Laura tiró de la mano de Eduardo en ese instante, haciendo que se inclinase hacia ella, apenas a unos centímetros de su rostro, y le dijo, con la sonrisa más bonita que él había visto jamás:

—Pues ya estás tardando en subir conmigo a mi habitación, y hacerme el amor como si fuese la primera, única y última vez en la vida...

## Despedida

Las horas que siguieron, en la intimidad de la habitación que Laura tenía en el hotel, fueron posiblemente las más hermosas que Eduardo recordaría toda su vida, por todos y cada uno de los segundos e instantes.

Cuando subieron en el ascensor, y se besaron en los labios por primera vez.

La puerta se abrió en el séptimo piso, y ellos seguían aún besándose. Tuvieron conciencia de que debían salir cuando la pareja de turistas japoneses que esperaba para entrar carraspeó ligeramente, sonriendo: "ejem..."

Cuando Laura cerró las cortinas de las ventanas, para dejar la habitación en una luz tenue y suave, y Eduardo la abrazó por detrás, pasando sus brazos alrededor de su cintura. Ella echó hacia atrás su cabeza, invitándole a besar su cuello, y tomó las manos de él para deslizarlas por todo su cuerpo, lentamente, antes de volver el rostro y besarle nuevamente en la boca.

Cuando su ropa, la de ambos, estaba diseminada por toda la habitación: por el suelo, por las sillas, por la mesa, sobre una lámpara (Eduardo seguía siendo precavido y se entretuvo un momento en retirar de ella el sujetador de Laura, aún con riesgo de restarle magia al momento: tal vez encendiesen luego la luz y no quería provocar un incendio), por toda la cama...

Cuando se sintió dentro de ella por primera vez...

Esa sensación de sentirse casi virgen, de descubrir el sexo como dos adolescentes... y al mismo tiempo otra sensación, la de conocimiento, complicidad, como si ya hubiesen hecho el amor miles de veces antes.

Eduardo le pidió a su amiga que se quedase quieta un instante.

Quería atrapar en su mente aquel momento, grabándolo en su memoria: la luz reflejándose en los cabellos y los ojos de Laura, que se encontraba sobre él, sus manos entrelazadas, sus labios entreabiertos, en una mezcla de deseo, ansiedad y cariño, la suavidad de su piel, el aroma de su perfume, la humedad y calor de sus sexos tan unidos...

Eduardo recordaría ese instante continuamente, en los días sucesivos, y en otros muchos días del resto de su vida.

Tal vez no hicieron nada espectacular. Tal vez no llevaron a cabo posturas excitantes, o sofisticadas. Tal vez no se dijeron cosas morbosas al oído, ni se contaron fantasías que deseaban realizar...

Pero todos y cada uno de los momentos y sensaciones que compartieron fueron preciosos y llenos de confianza. Como siempre lo había sido todo, entre aquellos dos amigos.

Llegó el momento en que Eduardo tuvo que ducharse, porque tenía que regresar a casa.

Se vistió de pie junto a la cama donde Laura estaba tumbada aún, mientras ella miraba ausente a la ventana, fumándose un cigarrillo.

—No olvides que mañana te tengo que contar eso que no me has dejado contarte antes en la cafetería... —le dijo, ajustando el nudo de su corbata meticulosamente.

—Mañana te vas de vacaciones a Salou durante una semana, despistado... —contestó Laura, apagando el cigarro sobre el cenicero que tenía encima de su estómago.

—¡Joer, es verdad! Siempre has estado más pendiente de todas mis cosas de lo que lo estoy yo... jajaja

—¡Ays, qué harías tú sin mí, corazón! —respondió ella, levantándose de la cama para acompañarle hasta la puerta.

Laura cogió la mano de Eduardo, y recorrieron los pocos metros de habitación como si estuviesen paseando por un parque.

—¿Cuándo volverás a Madrid otra vez? —preguntó él

—Ya no volveré más, Edu. He estado viniendo mucho por temas de trabajo, pero esta mañana ya he dejado cerrado el proyecto y no hago falta aquí.

Eduardo, que ya se encontraba casi en el pasillo, sujetando la puerta de la habitación para evitar que el muelle la cerrase, miró estupefacto a Laura.

—¿Has estado viniendo a Madrid y no me has dicho nada? ¿Por qué?

—He estado viniendo casi todas las semanas. La razón por la que no quería que lo supieras es la misma que estuve a punto de decirte una vez por teléfono, y tú me colgaste de golpe.

Eduardo recordó aquella vez en que dejó a su amiga con la palabra en la boca, porque había visto a Sonia preguntando por Tammuz.

—Ay, perdona, Laura, es que en ese momento...

—Calla y déjame terminar. El caso es que decidí que era mejor que no supieras nada, porque tenía claro que, si te veía más de una vez, acabaría queriendo tener algo que sé que jamás podré tener. Hoy he decidido que quería sentirte mío y que me sintieras tuya, por una vez en la vida. Ya no volveré más, y puede que no volvamos a vernos más, en ninguna parte. Es lo mejor para los dos.

Eduardo, intentando comprender lo que quería decirle, y para hacer tiempo, adelantó su cara para besar los labios de Laura. Pero se encontró de bruces con la puerta, que ella acababa de cerrar de golpe. Abrió los ojos de nuevo, sorprendido, y le pareció escuchar que su amiga le decía, desde el otro lado: "me he enamorado de ti, capullo..."

Iba a levantar su mano, y llamar a la puerta para pedirle a Laura que abriese y le repitiese lo que le había parecido escuchar, cuando sonó la melodía de su móvil, que llevaba en el bolsillo de su chaqueta.

"¡Joder, qué oportuno!"

Sacó el móvil y miró quién le llamaba: "*SILVIA MOVIL*".

Entonces miró su reloj, ¡y se dio cuenta de que eran casi las nueve de la noche!

—¿Sí? —contestó, tan deprisa como pudo

—¿Vas a tardar mucho, cariño? —dijo la voz de su mujer, al otro lado —Me tienes que ayudar a terminar de hacer las maletas, que Alfonso y Marina pasarán a buscarnos muy temprano mañana y no podemos dejar nada para última hora.

—Sí, sí, se me han complicado las cosas, pero ya estoy cogiendo el ascensor y enseguida me voy para casa

—¡Por cierto! No te olvides de ponerte el cinturón, amor. Cuando he vuelto del súper hace una hora o así, me han parado cerca de casa y me han hecho soplar. ¡A mí, que no bebo ni siquiera champán en la noche de fin de año! ¿Te lo puedes creer?

—Que sí, que sí, me lo pondré —espetó Eduardo, con tono muy cortante —No me entretengas que si no no llegaré hasta las tantas, ¿vale? Un beso, hasta ahora.

Y colgó el teléfono, sin darle tiempo a su esposa a despedirse.

No estaba para tonterías, ni civiles, ni soplidos, ni multas, ni leches. Laura, su amiga desde hacía dos años, con la que acababa de compartir uno de los mejores momentos de su vida, le había dicho adiós, tal vez para siempre.

## Sorpresa

Apenas pudo dormir aquella noche.

La tarde con Laura había sido intensa, y empezaba a notar la aparición de las agujetas en muslos, glúteos, cuello... Además, terminar de hacer las maletas con Silvia les había llevado casi dos horas. ¡Pero si sólo eran dos, para una semana de vacaciones en la playa, donde casi siempre llevaba bermudas, camiseta y sandalias, y parecía que se mudaban de casa para un año!

Estaba tan cansado cuando se metió en la cama que creyó que se quedaría dormido como un tronco. Pero el resultado fue justamente el opuesto. Tenía los párpados cerrados, y sin embargo sentía sus ojos completamente abiertos bajo ellos.

Vio a su reloj-despertador marcar en la oscuridad, con números rojos y brillantes, la 1, las 2, las 3, las 4...

Ni siquiera podía ponerse boca arriba, que era como le gustaba dormir, porque en cuanto lo hacía sentía a Laura sobre él, sentía su piel, su cuerpo, sus labios...

De lado, en el borde de la cama, acabó por dormirse media hora antes de que sonase la alarma. Se dio cuenta de que le esperaba un día largo, muy largo, tan largo como el dolor de cabeza que sentía al preparar el desayuno para los dos.

El portero automático sonó exactamente media hora más tarde.

—¿Bajáis ya, o vamos a tener que subir a buscaros? —gritó Alfonso al otro lado del auricular, mientras Marina se reía divertida a su lado.

Alfonso y Marina eran prácticamente sus mejores amigos. Por no decir sus únicos amigos, porque en realidad su vida social era muy reducida.

Pero esa pareja, que también fueron los que les presentaron hace años, llevaba compartiendo con ellos sus últimas vacaciones de verano. Entre los cuatro alquilaban un apartamento y pasaban juntos al menos una semana de cada año, disfrutando del sol, de la arena, del mar...

Una vez fue Benidorm (a Silvia no le gustó nada y no repitieron, había demasiado ambiente para su gusto), otra vez fue Huelva (a Silvia tampoco le gustó, la playa estaba demasiado vacía), y este año se habían decantado por Salou, sobre todo porque Alfonso y Eduardo eran como dos críos y se ilusionaban juntos como tales esperando ese día que dedicarían a montar en todas las atracciones del parque temático.

El viaje hasta el noreste de la península se le hizo a Eduardo extremadamente largo y pesado. Le hubiera encantado poder hacer lo mismo que las dos mujeres que iban en las plazas traseras: apoyar la cabeza en cualquier rincón del asiento y dormir profundamente, mientras los kilómetros y las horas pasaban como si tal cosa.

Pero la media hora que había conseguido dormir esa noche le había desvelado. Y además Alfonso no dejaba de hablar ni un momento, contándole de principio a fin todas y cada una de las películas que había visto en las últimas semanas.

Eduardo pensó que no necesitaba ir al cine ya, porque saber el final de cada estreno antes de verlo era como jugar a la lotería sabiendo que tu número no está en el bombo.

Fingiendo dar una cabezadita, con lo que consiguió que Alfonso cerrase la boca un buen rato, y rezando para que no se durmiese también como ellos ya que su amigo era el que conducía, pudo relajarse un poco y poner en orden sus pensamientos.

"Laura me ha dejado..."

¿Dejado? ¿Dejado el qué, en qué sentido?

Laura era su amiga, su amiga del alma. Entre ellos solamente había eso: amistad.

De acuerdo, y mucho cariño. Pero era cariño de amigos. Si realmente Laura le había dicho que se había enamorado de él, habría sido en un momento de confusión de sentimientos por lo que había pasado aquella tarde. Ambos se habían dicho muchas veces que se querían, y siempre lo habían interpretado como debían interpretarlo: "te quiero... como amigo, como a un hermano"

¡Bah, para qué darle vueltas! Laura estaba tristonza o enfadada por el poco caso que él le había hecho las últimas semanas, y seguro que a la vuelta de vacaciones volverían a hablar por el Messenger como si nada hubiera pasado. Una amistad tan fuerte no se podía romper de la noche a la mañana.

"¿Y Sonia? ¿Volveré a verla alguna vez?"

Tras la fracasada cita con la presunta asesina, el incidente en el after-hours y el rollo del tarot, Sonia parecía haber perdido todo interés por aquel asunto y también por él... si es que alguna vez se había interesado por él en algún sentido.

Aquella mujer estaba ávida de sensaciones intensas, y Eduardo era tan intenso como un bote de alcachofas en conserva. Había jugueteado con él a través del chat, en casa de Salvador, cuando se hicieron las fotos, y se había divertido. Pero ahora que parecía que el tema de los asesinatos era perder el tiempo y que ese pequeño momento de emoción en su vida había tocado a su fin, ya no tenía ninguna gracia.

Ella seguiría yéndose a la cama con tíos buenos y atractivos, o participando en la bacanales de su amigo Salva, pero no volvería a acordarse de un oficinista cuarentón cuya existencia era la más rutinaria y monótona del mundo.

Fingió recostarse de lado sobre el asiento aún dormido, para que Alfonso no lo percibiese y comenzase de nuevo su monólogo de cinéfilo, y abrió ligeramente un ojo.

Silvia dormía plácidamente, con sus piernas encima de las de su amiga Marina, y con una mano sujetando su cara contra el respaldo.

Tal vez Silvia no era la mujer perfecta que un hombre desearía tener como esposa. No era apasionada en sus besos o demostraciones de cariño, no era apasionada en la cama, no era apasionada cuando salían por ahí, no era apasionada en su trabajo... no era apasionada en nada, vaya. Salvo en criticar y reprochar las pasiones de los demás.

Pero era su mujer.

Y la convivencia con ella era agradable y tranquila.

Puede que no hicieran nunca ninguna locura, ni nada espontáneo. Con ella todo estaba muy planificado de antemano, porque lanzarse a la aventura era para Silvia casi ser irresponsable y eso la sacaba de quicio. Pero en cierto modo a Eduardo también le gustaba no dejar ningún cabo suelto, prever siempre todos los detalles de cada viaje, llevar dinero o tarjetas cuando iban de compras, preparar el trabajo del mes siguiente cuando sus compañeros aún no habían terminado el del corriente...

Silvia y él, al fin y al cabo, no eran tan distintos.

Su forma de sentir y demostrar los sentimientos era muy diferente, pero la vida que habían construido entre ambos les gustaba y les proporcionaba estabilidad y serenidad.

Era su mujer. Y era lo que tenía.

Aquella semana le sirvió para olvidarse por completo de todo. En la playa, entre baño y baño, se entretuvo en leer una recopilación de relatos cortos de Stephen King que compró en un centro comercial a la altura de Zaragoza. Los relatos de terror y suspense le encantaban, y consiguieron que todo lo ocurrido desde que le llegó el mensaje equivocado de Tammuz acabara por parecerle también un relato de misterio leído en algún momento de su vida, muy alejado en el tiempo.

No leyó periódicos, porque le había pedido al kiosquero de su barrio que le guardase todos los ejemplares de cada día hasta su vuelta. Así tendría entretenimiento durante las mañanas de trabajo, bajo el síndrome post-vacacional.

Por las tardes visitaron todo museo, iglesia, monumento o lugar de interés que aparecía en la app oficial de turismo que llevaba Alfonso.

Y por las noches salían a tomar alguna copa, o comerse unas racioncitas en alguna cervecería o mesón, hasta que les entraba sueño y se iban a dormir, para repetir al día siguiente el mismo proceso.

Su mente estuvo ocupada, sobre todo el día en que Alfonso y él montaron y volvieron a montar en todas las montañas rusas del parque, mientras Marina y Silvia se entretenían en comprar ese montón de objetos inservibles que venden en las tiendas de souvenirs de los parques temáticos y que luego se amontonan en el mueble del salón de casa durante años, junto a las fotografías tomadas en el peor momento de descenso del vagón y de las que te ríes al ver los caretos de la gente.

La última noche que pasaron allí fue la más sorprendente de todas.

Los cuatro amigos salieron de copas y, saltándose las normas, Silvia decidió que, a modo de despedida, también bebería alcohol como ellos.

Unas horas después era divertido verla bailar por la calle, cogida del brazo de Marina, y soltando piropos a los jovencitos que se cruzaban en su camino. Era divertido verla reír. Era divertido verla divertirse. En días así ella no parecía ella, aunque siguiese siendo la misma.

A Eduardo le gustaba ver que su mujer disfrutaba alguna vez de la vida sin estar pendiente de las etiquetas sociales ni de las conductas morales.

Sobre las tres de la madrugada decidieron volver al apartamento. Al día siguiente tenían el viaje de vuelta y cientos de kilómetros por delante, así que era mejor descansar un poco. Menos mal que aquella tarde ya habían hecho las maletas y no tenían que preocuparse de ello.

Se dejaron caer todos sobre el sofá del salón, riendo aún por el último chiste que Alfonso había contado en el ascensor. Un chiste de esos verdes malísimos, pero que bajo la influencia etílica resultan ser los más graciosos de todos. Se descalzaron, arrojando sandalias y zapatos por todas partes.

El amigo de Eduardo encendió la tele, y fue pasando canal tras canal mientras su chica se desabrochaba el vestido, porque estaba angustiada de calor. ¿Es que a esas horas en casi todos los canales solamente venden objetos que te van a resolver la vida, por un precio mucho más bajo de lo que encontrarías en tu tienda habitual?

En uno de ellos, posiblemente de la parabólica, estaban poniendo una película porno. Una chica de trenzas muy rubias estaba tumbada sobre un hombre de color, realizando todo tipo de jueguecillos orales con un miembro tan oscuro, brillante y grande que Eduardo pensó que tenía que ser postizo. "Nadie puede llevar algo así colgando y no resentirse de la espalda".

—¡Eso sí que es una mamada, gordi, mira! —"gordi" es como Alfonso llamaba cariñosamente a Marina.

Su chica, que acababa de quitarse el vestido y se encontraba ya en ropa interior (había confianza suficiente desde siempre entre los cuatro) miró la pantalla, y luego miró a Alfonso con cara de enfado simulado.

—¿Me estás insinuando que yo no te la sé comer así, eh, eh? —Le dijo, poniéndose de rodillas sobre el sofá y con los brazos en jarras, como si fuese a echarle una bronca descomunal.

—¡Jo, gordi, que no quería decir eso! Es que hace tanto tiempo que no lo haces que ya ni me acuerdo... jajajaja

Los cuatro volvieron a reír ante la respuesta de Alfonso.

—Pues te lo voy a recordar ahora mismito, Fonsi, para que no se te olvide por qué me sigues soportando día tras día...

Y, sin decir nada más, se inclinó sobre su chico, le bajó la cremallera, cogió su pene y comenzó a hacerle una felación. Alfonso cerró los ojos y se echó para atrás, como si acabasen de dejarle indefenso.

—¡Uffff... cariño, esto es genial, sigue recordándomelo...!

Ninguna de las dos parejas había hecho nunca nada así desde que se conocían. Como mucho, estando delante de los otros, se habían dado algún beso en los labios, o bromeando se habían tocado el culo alguna vez. Pero llegar a situaciones tan íntimas, en presencia de sus amigos, jamás.

Eduardo se sintió incómodo, más que nada por Silvia. Sabía que su mujer era muy reservada para estas cosas, y pensó que se estaría sintiendo fatal en esos momentos.

—Creo que es el momento de que Silvia y yo nos vayamos a dormir... —comenzó a decir, haciendo el intento de levantarse del sofá.

Pero su esposa puso una mano sobre su muslo, y le empujó hacia abajo, indicándole que se quedase sentado. No le miraba a él, sino que miraba detenidamente lo que

Marina le estaba haciendo a Alfonso. Sus ojos estaban medio cerrados, con un brillo especial, y su lengua recorría sus labios entreabiertos, lentamente, humedeciéndolos. Se estaba excitando por lo que veía.

A partir de ese momento todo ocurrió como si los cuatro amigos se convirtiesen en los actores de la película que había dado pie a la situación. Cada cual con su pareja, desde luego, pero se sintieron totalmente desinhibidos y libres de hacer todo cuanto les venía en gana, por fuerte que fuese. El sofá se transformó en el escenario de todo tipo de caricias, besos, posturas y penetraciones.

En el último momento, tanto Alfonso como Eduardo, tanto Marina como Silvia, se encontraron en posturas similares. Ellas de rodillas sobre el sofá, apoyadas en el respaldo, y ellos de pie tras ellas, sin dejar de moverse adelante y atrás cada vez con ritmo más acelerado.

Silvia y Marina se encontraban muy juntas, hombro con hombro, la una gimiendo suavemente, y la otra jadeando descontrolada. Entre sus cabellos alborotados, las mujeres se miraron a los ojos durante un instante. Aproximaron sus rostros, y se fundieron en un beso apasionado y salvaje, sacando sus lenguas fuera de la boca y jugando con ellas, chupándolas, mordiéndolas...

Mirándolas, excitado como jamás lo había estado antes, Eduardo sintió que estaba a punto de tener el orgasmo más intenso de toda su existencia.

## Proposición

El retorno a la vida diaria de Eduardo fue más duro de lo que imaginaba.

La primera mañana, camino del trabajo, recogió del kiosco los diez ejemplares del periódico que le habían guardado. Le había dicho al kiosquero que ya no le reservase más a partir de ese momento. No le gustaba leer el periódico en el trabajo. Si lo había hecho en la última temporada era por dos razones: por seguir dándole un beneficio al pobre hombre (ya que le resultaba más cómodo ver la actualidad en el móvil) y por mirar la sección de sucesos esperando encontrar algún crimen más que pareciera estar relacionado con los primeros. Pero ya no tenían sentido ninguna de las dos.

Mientras daba la vuelta a la última página del último periódico, el del día, como quien cierra una página de su vida, decidió que esa vida tenía que volver a ser la que era antes de haberse metido en aquel lío.

No se habían publicado más noticias de asesinatos, al menos del tipo que él buscaba. Tal vez hubiese más otra semana, otro mes, otro año... pero prefirió no saberlo.

Echaba un poco de menos la vida monótona y sin sobresaltos que siempre había llevado. Un poco de emoción, misterio, aventura... está bien, pero en las dosis justas. Y él se había pasado mucho.

Además, el descubrimiento de la nueva faceta morbosa de Silvia le tenía intrigado y excitado, como un viajero al llegar a un nuevo país, sin saber lo que le queda por descubrir allí. No sabía si volverían a hacer las cosas que hicieron en Salou, si aquello fue una excepción producto del alcohol y el instante, pero por lo menos ya había una posibilidad de que sus relaciones sexuales pudieran mejorar notablemente, sin forzar nada, pasito a pasito. Tal vez todos los demás detalles de su vida en común mejorasen también en el futuro, y eso le animaba.

Estuvo a punto de conectarse a Facebook, por la fuerza de la costumbre, pero no lo hizo.

Si quería comenzar a cambiar las cosas, tenía que hacerlo con todas las consecuencias y con resolución.

Emplear todo el tiempo que hubiese pasado chateando en tratar de conseguir un ascenso en su trabajo le parecía ahora la mejor de las ideas y un reto interesante.

Pero no podía desaparecer así como así de las vidas de todos aquellos amigos con los que había pasado tantas horas en los últimos años. Cuando una amiga o amigo lo había hecho, desaparecer sin más, sin ni siquiera despedirse, Eduardo se había sentido muy mal.

Eres consciente de que eres un amigo en cierto momentos, de que tu relación personal comienza al encender el ordenador y termina al apagarlo, cada día. Pero que alguien a quien le has contado tus intimidades, o secretos, o confesiones, que te ha contado los suyos, no vuelva a aparecer jamás, siempre te deja un amargo sabor de boca. "Pensé que era un poco más importante para él/ella de lo que en realidad fui..."

Por eso no escribió nada en su muro pero sí abrió la ventana del Messenger, donde tenía a la gente de más confianza, con los que se llevaba mejor.

Poco a poco, mañana tras mañana, amigo por amigo, les iría diciendo que se había propuesto apostar por su propia vida, por lo que tenía, y que debía centrarse en mejorar todo lo que hasta el momento no le había llenado por completo. Que acabaría por desaparecer de Internet, que dejaría de charlar con ellos, porque su vida, la real, le esperaba para que hiciera de ella lo que quisiera hacer.

Y la primera persona con quien quería y necesitaba hablar era Laura.

Tenían mucho de que hablar.

No pensaba mencionarle nada de la frase que escuchó tras la puerta de la habitación del hotel, ni de nada de lo ocurrido aquella tarde.

Pero sí necesitaba darle las gracias por todo lo que ella había representado en su vida.

Por las veces que se sintió solo, y ella le acompañó tras el monitor o tras el teléfono.

Por las veces que estaba triste, y ella le escuchó pacientemente, intentando animarle.

Por las veces que se habían reído hasta llorar.

Por las veces que le había ayudado a encontrar información en alguna web, siendo tan patoso como era.

Por las veces que...

En resumen, por todas las veces y todos los momentos que compartieron, y que le hicieron sentir la expresión más amplia de lo que significa una amistad.

Sería una despedida, y despedirse de alguien a quien quieres tanto es difícil.

Pero Laura no se conectó aquella mañana.

Tampoco se conectó a la mañana siguiente, ni a la otra. Su perfil no había cambiado desde hacía semanas ni había publicado nada.

Eduardo pensó mil veces en llamarla por teléfono, pero sentía que una despedida como la que necesitaba sería mucho peor si escuchaba su voz. Escribiendo, escondido tras el ordenador o el móvil, podía encontrar las palabras apropiadas y expresar sus sentimientos. Pero hablando con ella acabaría, pensó, incluso llorando.

Las mañanas transcurrieron una tras otra, como las mañanas de los años anteriores a su primera incursión en las redes sociales. Centrado en el trabajo por completo, centrado en sus macros, ordenación de documentos, previsiones....

De vez en cuando, alguna charla con alguno de sus contactos del Messenger que, a medida que iban comprendiendo su deseo de desconectar de todo aquello, respetaban su silencio y apenas le molestaban o saludaban ya.

Y Laura seguía sin aparecer.

Cuando volvía a casa aquel mediodía desde el trabajo, Eduardo pensó que el día siguiente sería el último que se conectaría. Le escribiría un correo a Laura, un correo muy largo. Le diría todo aquello que había pensado decirle en una ventana del ordenador, y dejaría que ella lo leyese cuando deseara hacerlo.

Diciéndole que para él siempre sería su mejor amiga, y que solamente tenía que marcar un número de teléfono para volver a hablar con él, cuando quisiera hacerlo. Amigos para siempre, pese a la distancia y el tiempo.

Aquella noche, Eduardo se acostó antes que Silvia, como solía ocurrir. Ella se quedaba viendo la tele, y él no podía aguantar más el sueño.

Mientras lo conciliaba pensó en las frases que al día siguiente escribiría en su correo electrónico, dirigidas a su amiga.

Silvia se metió en la cama mucho antes de lo acostumbrado, sin encender ninguna luz, para no despertarle, pero él aún no se había dormido y susurró algo como "tranquila, estoy despierto".

Ella se metió bajo las sábanas, y le abrazó por la espalda. En un primer momento, Eduardo pensó que tal vez su esposa quisiera un poco de marcha aquella noche.

—Escúchame, cariño, te quiero decir una cosa... —le susurró ella al oído, con voz muy baja

El hizo intención de darse la vuelta para escucharla, pero ella prosiguió:

—No, no te des la vuelta, que me da mucho corte decirte lo que te voy a decir. Prefiero que lo escuches y no digas nada.

Eduardo asintió con un sonido nasal.

—Quiero que sepas que desde aquello que ocurrió en el apartamento, con Alfonso y Marina, me he dado cuenta de que no soy tan... —hizo una pausa — conservadora como yo creía en las cosas del sexo.

"Desde luego, cariño. Lo que hicimos allí no fue nada conservador", pensó él.

—Y sobre todo lo de Marina, al final —dijo Silvia —Me gustó tanto que todavía me excito al recordarlo...

Eduardo creyó notar cómo su mujer se sonrojaba al decir aquello, pese a la oscuridad y a tenerla a su espalda.

—Lo que te quiero decir, cariño, es que llevo dándole vueltas todos estos días a que me gustaría volver a sentir aquello. Quiero que encuentres a una chica, y la invites a pasar una tarde aquí, en casa, con nosotros. Por favor, no me hables de esto mañana, ni ningún día, porque me pondría fatal y me cortaría mucho. Tal vez hasta cambiase de idea. Solamente encuentra una chica, una chica que te guste para los dos, y tráela. Buenas noches.

—Buenas noches, amor —contestó Eduardo, con los ojos como platos, pero sin darse la vuelta y respetando la petición de su mujer.

Ciertamente, su vida sexual estaba comenzando a ser verdaderamente interesante. Eso le gustaba e ilusionaba.

Y, sobre todo, le gustó darse cuenta de que tenía a la chica apropiada para el trío que Silvia acababa de proponerle. ¿Se conectaría Sonia al Messenger a la mañana siguiente?

## Introducción

**Sonia:** qué tu mujer te ha propuesto qué????

**Eduardo:** pues eso, Sonia, anoche me propuso que encontrase a una chica para hacer un trío, tal y como lo lees

Eduardo le había escrito un email a Sonia pidiéndole que se conectase un momento al Messenger, porque tenía que contarle algo. Su amiga no daba crédito a sus ojos. Eduardo le había dicho alguna vez que su mujer era lo más soso que se pudiese encontrar en cuestión de sexo, o eso recordaba, ¿y de buenas a primeras le estaba pidiendo que encontrase a otra para hacer un trío?

**Eduardo:** es que durante las vacaciones tuvimos cierto... rollito con nuestra pareja de amigos, y se ve que a mi mujer le gustó aquello.

**Sonia:** aah, entiendo. Es que cuando se prueba a una chica, y te gusta, es difícil no querer repetir 😊

**Eduardo:** pues sí, debe ser eso. Bueno, lo que te quería decir...

**Sonia:** sé perfectamente lo que me quieres decir. Quieres que esa chica sea yo, ¿verdad?

Eduardo se quedó un momento sin escribir nada.

**Eduardo:** joer, le quitas toda la gracia al asunto, joía Iba a decirte "me ha pedido que sea una chica que me guste, y tú me gustas muchísimo. ¿Querías ser tú quien nos acompañase en nuestra primera experiencia de este tipo, Sonia?" o algo así...

**Sonia:** jajaja, vale, sé que te gustan las formas correctas y educadas. Pero al final es lo mismo: quieres que follemos los tres.

**Eduardo:** tus formas son mucho más directas, sí...

**Sonia:** jaja, se siente

**Eduardo:** pero sí, al fin y al cabo es eso, y sabes que te tengo muchas ganitas...

**Sonia:** lo sé 😊

A Eduardo le repateaba la seguridad que tenía aquella mujer de que todos los hombres estaban locos por tener sexo con ella. Pero tenía fundamento.

**Eduardo:** y bien?

**Sonia:** una es muy seria con las cosas que promete, que lo sepas. En su día te dije que solamente me abriría de piernas para ti si hubiese otra mujer mirando... y lo has conseguido. Así que cumplo mi promesa, y aquí me tienes. ¿Cuándo y dónde quedamos? Salgo a las 15:00.

Eduardo no había pensado en ningún momento que Sonia le fuese a decir que sí tan rápido, y mucho menos que quisiera hacerlo aquella misma tarde. Pensó que convencerla le llevaría varios días, o incluso noches, tal vez chateando junto a Silvia en el ordenador de su casa y proponiendo ambos el trío. Pero ahí estaba ella, totalmente resuelta y dispuesta. Dicen que la ocasión la pintan calva, y no iba a dejar que a esta le creciese el pelo.

**Eduardo:** a las 15:00 en punto te recojo en la cafetería donde nos vimos la primera vez, y me sigues hasta mi casa

**Sonia:** ok, pero dejaré el coche aquí, en la puerta de la tienda, y ya volveré en metro o autobús. No me gusta seguir un coche por la ciudad, porque soy muy lenta conduciendo.

**Eduardo:** mejor aún, así no nos perdemos

**Sonia:** pues hasta entonces, salgo de aquí ya y sigo currando. Un beso.

**Eduardo:** un beso.

A la hora acordada Eduardo recogió a Sonia con el coche.

Había pensado comentar con ella ciertas cosas en el trayecto, de cara a lo que iba a suceder aquella tarde en su casa.

Por ejemplo, decirle que Silvia era muy tímida, y que sería mejor si Sonia no se mostraba demasiado lanzada. Era preferible que dejase que todo se fuese caldeando poco a poco. El no tenía ninguna experiencia en esas cosas, pero sí conocía perfectamente a su mujer. Si se sentía incómoda, todo aquello se estropearía, y no quería que así fuese. Lo deseaba muchísimo.

Pero Sonia pasó todo el tiempo hablando por el móvil sin parar. Estaba resolviendo negocios, y tras hablar con una persona llamaba acto seguido a otra, para concretar detalles, y de nuevo a la primera. Por no hablar de que, entre llamada y llamada, también le llamaban otros, tanto empresarios como ligues, o ambas cosas.

Al bajar del coche, en la puerta de su bloque, Sonia apagó el móvil completamente.

—No te preocupes, que no nos molestará nadie lo que queda de tarde —le dijo ella, sonriendo —y ahora, vamos a conocer a tu señora esposa.

El primer saludo entre Sonia y Silvia fue mucho menos tenso de lo que había imaginado. Silvia ya sabía que llegarían los dos, porque Eduardo había llamado por teléfono para decir: "esta tarde tenemos compañía, cariño. Una amiga va a ir conmigo a casa". Silvia le había respondido que le parecía estupendo, y que allí estaría ella esperándoles. No hacía falta decir nada más.

Las dos mujeres se cayeron bien desde el principio. Silvia le enseñó a Sonia su casa, y ambas bromeaban sobre el mal gusto de los hombres cuando veían algún objeto "propiedad" de Eduardo en algún sitio. Lo cierto es que Sonia parecía distinta aquella tarde. No era tan directa con sus frases, no decía palabrotas, se mostraba muy cariñosa y simpática, y sonreía continuamente. Es como si se estuviese amoldando a la forma de ser que Silvia esperaba encontrar en ella, y representase su papel a la perfección, como una actriz consumada.

Poco después fueron al salón, y Silvia se ausentó un momento para preparar algo de beber. Eduardo miraba a Sonia, sin decir nada, y ella le devolvía la mirada como diciendo: "esto marcha bien, dentro de nada estarás en la cama con las dos".

Silvia apareció por la puerta con una bandeja en la mano, sobre la cual había tres copas de cristal y una botella de champán que había metido en la nevera al llegar a casa.

—No sé si tenemos algo que celebrar —dijo, poniéndose muy colorada —pero yo necesito tomar algo para dar el paso que espero demos esta tarde.

—Seguramente tengamos algo que celebrar cuando termine la tarde, guapísima —contestó Sonia. Y su mirada y su voz se volvieron de nuevo tan sensuales, provocativas y morbosas como las que Eduardo había conocido desde el primer momento.

## Nudo

Eduardo comenzó a despertar, con un dolor de cabeza tremendo, y bastante mareado.

Siempre se sentía así cuando bebía demasiado, y luego pagaba las consecuencias. Con cuarenta años que tenía, parecía mentira que aún no supiese cuándo debía dejar de beber, o que no recordase que no debía mezclar diferentes bebidas.

Al contrario, en cuanto sentía esa euforia procedente del alcohol, y se sentía desinhibido, lo que hacía era beber más, y más, y más... hasta acabar borracho perdido. Más de una vez Silvia había tenido que conducir el coche a la vuelta de alguna fiesta o cena de amigos. Ella nunca bebía alcohol, o en cantidades tan pequeñas que eran insignificantes, por cumplir. Menos mal que uno de los dos era algo maduro y podía hacerse cargo de la situación. Y después de todo... tampoco salían tan a menudo.

Comenzó a abrir los ojos, y la luz le provocó pequeños pinchazos en la retina.

Vio a Sonia tumbada a su lado, aparentemente dormida aún, dándole la espalda.

Estaba completamente desnuda, con el largo cabello de color negro azabache cubriéndole media espalda. ¡Qué cuerpo tenía aquella mujer!

Por primera vez, Eduardo vio el tatuaje que llevaba bajo el pelo, aunque estaba casi tapado por él. Era uno de esos tatuajes tribales, de formas curvas, que adornaban el espacio entre sus omóplatos. En su piel, tan morena, resultaba fascinante.

De fondo, escuchó a Silvia canturrear en el cuarto de baño.

Se la notaba muy contenta, hacía tiempo que no la oía cantar nada.

"¡Mierda!", pensó, al darse cuenta de la situación, "¡la primera vez en mi vida que hago un trío, y me cojo tal pedo que no recuerdo nada!".

Mirando el tatuaje de Sonia, decidió apartar sus cabellos y verlo por completo. Y también, por qué no, acariciarla durante unos instantes... tal vez acariciar sus costados, su cintura, sus nalgas, sus piernas... tal vez despertarla, besarla, excitarla, llamar a Silvia, y hacer de nuevo los tres todo lo que seguramente habían hecho unas horas antes, pero ahora consciente de lo que hacía, y no bajo los efectos de la bebida.

Hizo intento de mover uno de sus brazos, pero le fue imposible. Lo notó dormido por completo. Intentó mover el otro brazo, y sucedió lo mismo. No le respondían. Era como si los tuviese... ¿atados a la espalda?

¡Sí, eso era! Tenía ambos brazos por detrás de la espalda, atados con algo a la altura de los riñones, y no podía moverlos.

Pensó en gritar, en llamar a su esposa, para que saliese del cuarto de baño e hiciese algo.

Pero tampoco pudo. Su boca estaba tapada con algo que parecía cinta aislante. El intento de separar los labios le dolió, y mucho.

—vaya, veo que por fin has despertado, amor —fueron las palabras que escuchó en la voz de Silvia desde la puerta del baño, como si aún siguiese canturreando —me estaba arreglando un poco para la ocasión.

Eduardo giró la cabeza, y la vio.

Silvia iba vestida... no, mejor dicho, ataviada, porque vestida no era la palabra adecuada, con un body negro de cuero, con remaches. Unas medias negras de encaje, unos zapatos altos de tacón y unos guantes también negros complementaban el conjunto. No parecía ella, con ese aspecto. Eduardo jamás imaginó que su mujer fuese capaz de ponerse un camisón provocativo... ¡y mucho menos una indumentaria de ese tipo!

Pero si el conjunto negro le dejó estupefacto, lo que tenía en su mano derecha le revolvió mucho más: un enorme cuchillo de cocina, con el que la había visto cortar carne mientras preparaba la cena alguna vez.

Eduardo trató de hacer algo, lo que fuese: incorporarse en la cama, soltar sus manos, gritar algo a través de la mordaza... pero fuera lo que fuera aquello que Silvia (sin ninguna duda) había echado en su bebida para drogarle, le tenía paralizado.

Solamente podía girar la cabeza de un lado a otro, y cada movimiento le producía dolores, pinchazos y náuseas.

Silvia se dirigió hacia la cama, por el lado que ocupaba Sonia, sin dejar de cantar y deslizando sus enguantados dedos por el cuchillo. Eduardo pensó: "¡va a hacerlo! ¡va a matarla a sangre fría, y Sonia no va a poder defenderse!"

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, trató de saltar sobre la cama para intentar despertar a su amiga. Pero los efectos del narcótico le seguían impidiendo hacer nada. Impotente, vio que su esposa se situaba al lado de aquella chica, y la miraba de arriba abajo.

Pero, en lugar de atacarla, lo que hizo Silvia fue poner su mano izquierda sobre el hombro desnudo de Sonia. Lo acarició un momento... y de pronto tiró de ella hacia atrás, empujándola brutalmente fuera de la cama.

—¡Fuera de aquí, guarra, deja el sitio libre! —exclamó.

Estas palabras se confundieron con el sonido del cuerpo de Sonia al caer a los pies de la cama. Pero fue un sonido amortiguado, como de chapoteo, al caer sobre algo espeso y pegajoso. Una de las piernas de Sonia se adelantó y golpeó el galán de noche que había cerca de la cama, inclinando el espejo en que Eduardo solía ajustarse la corbata antes de ir a trabajar cada mañana.

Ahora, Eduardo podía ver con claridad a su amiga reflejada en él, tendida en el suelo, sobre un enorme charco de sangre, que seguramente se había acumulado durante mucho tiempo... Tenía sus ojos abiertos de par en par, al igual que la boca, y la garganta cercenada por un profundo tajo de lado a lado. Sonia estaba muerta desde hacía horas.

El pánico se apoderó de él, y en su mente comenzaron a amontonarse imágenes y pensamientos inconexos. Silvia era la asesina que habían estado buscando... había buscado por chats, por locales liberales, por webs de contactos... y había estado siempre allí, cada día, en su propia casa, en su propia vida... se mezclaron imágenes del

día de su boda, del viaje de novios, de los últimos años, de las últimas vacaciones... y fotografías de víctimas en un periódico.

El terror que le invadía comenzó a ganarle terreno al narcótico, y sus piernas comenzaron a responderle ligeramente. "...Si pudiese salir corriendo, si pudiese darle una patada...", pensaba, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas por el miedo, y sentía que su vejiga, descontrolada por la situación y el horror, se vaciaba. Se estaba orinando encima.

Silvia se subió a la cama, y se sentó sobre su estómago.

—¿Te estás haciendo pipí como un niño pequeño, amor? —le preguntó, sonriendo —Eso no se hace, vas a dejar nuestra cama hecha un asquito...

Los zapatos de Silvia estaban impregnados de la sangre de Sonia, y había dejado manchas por todas las sábanas. Esas manchas llenaron la vista de Eduardo durante unos instantes, y siguieron haciendo crecer su terror.

Miró a su esposa, con los ojos llorosos, suplicándole mudamente que tuviese piedad, que recordase tantos años juntos, que... en fin, que no hiciese lo que sabía que iba a hacer, que no había razones para todo aquello, que quitarle la vida a alguien nunca está justificado.

—Pensaste que nunca me enteraría de nada, ¿verdad? —prosiguió Silvia —Es lo que piensan todos los hombres, que la última en enterarse de todo será su mujer. "¡Pobrecilla, tiene más cuernos que un saco de caracoles, y lo saben todos menos ella!". ¡Una mierda! Las mujeres no somos tan tontas como os creéis, pero vosotros sí que sois iguales.. todos iguales... y tú eres como todos, como los otros... como Emilio

Emilio. Era la primera vez en todos sus años de matrimonio que Silvia había pronunciado el nombre de su anterior marido.

—Nunca quise hacer caso de mis presentimientos... no quise creerlo ni siquiera cuando Emilio se dejó el ordenador encendido y el correo abierto, y leí todos aquellos mensajes que se había escrito con aquella niña que conoció en un chat...

Eduardo, pese a su aturdimiento, comenzó a atar cabos.

—Pero cuando los seguí aquella noche, y los vi allí, en nuestro coche, follando como animales, me di cuenta de que todo era cierto. De que ningún hombre merece vivir ni que vivan por él. Estaban allí, tan concentrados, disfrutando tanto de aquel polvo, que ni se dieron cuenta de que abría la puerta y soltaba el freno de mano. Mira que se lo había dicho veces: "Emilio, cariño, acostúmbrate a dejar una marcha metida, que el día menos pensado te encuentras el coche al final de una cuesta..."

Eduardo no podía dar crédito a lo que estaba escuchando, pero el cuerpo de Sonia tendido en el suelo, en aquel charco de sangre, que seguía viendo reflejado en el espejo con total claridad, le recordaba que la realidad era mucho más aterradora que sus pensamientos.

—Y ahora resulta que tú eres como él. ¿Por qué pensé que tú serías distinto? Pero no, todo es igual, antes o después... esas excusas de que te quedas a trabajar hasta tarde, cada vez más frecuentes, ese olor a perfume barato en tu ropa... y lo peor de todo, el olor a coño en tus pantalones que trajiste aquella tarde. ¿Con cuántas me has engañado, amor?

Eduardo la miró sin dejar de llorar. Quería gritarle que se equivocaba, que jamás le había sido infiel, que todo eran casualidades... que fue Sonia la que dejó aquel olor, pero que no llegaron a hacer nada, que en realidad las excusas se debían a que había estado intentando poner algo de emoción en su vida y utilizó esas horas para encontrar a una asesina... para encontrarla a ella.

Pero la cinta aislante en su boca le impedía decir nada. Y sus ojos le traicionaban.

Sí, había deseado tener sexo con Sonia. Y lo había tenido, de una u otra forma, sin arrepentirse de ello, y deseando tenerlo de manera mucho más intensa.

Y sí, le había sido infiel. Con Laura, cuando hicieron el amor.

"Hicimos el amor..."

¿Podía explicarle a su mujer que aquello no tenía nada que ver con ella? ¿Qué lo que había ocurrido fue algo solamente de Laura y suyo? ¿Qué si sucedió es porque ambos se querían muchísimo, porque eran los mejores amigos del mundo, y deseaban compartir sensaciones mucho más íntimas, darse algo más el uno al otro?

—Supongo que con muchas, claro. No eres un George Clooney, pero no se puede negar que tienes atractivo, cariño. Y un hombre casado y maduro despierta el morbo en las chicas de los chats, lo sé... Lo niegan, pero es así. ¡Ay! —suspiró —Te pasas la vida matando cabrones, y siempre quedan...

El brillo de los ojos de Silvia delataba su verdadero estado mental. Aquella mujer estaba totalmente loca, fuera de sí, sin conciencia del bien o del mal. Un momento en su vida la destrozó por completo, y la convirtió en una asesina en serie. Ese mismo momento había destrozado la vida de quién sabe cuánta gente más a través de ella, había acabado con la de Sonia, y estaba a punto de acabar con la de Eduardo.

—Es que también tienes un buen cuerpo, amor —siguió hablando ella, esta vez deslizado la punta del cuchillo por su pecho y su estómago —Haces poco deporte pero te sienta bien. Seguro que las zorras que se acostaron contigo lo disfrutaron, porque a mí me gusta... bueno, esta verruguita de aquí ya sabes que me incomoda un poco, te he dicho muchas veces que por qué no te la quitabas.

Eduardo vio que Silvia tenía el cuchillo apuntando a la protuberancia que había tenido en la parte derecha de su estómago desde siempre. No era precisamente bonita, porque al fin y al cabo era una verruga. Pero a él no le molestaba, nunca le había molestado, y pensar en operarse o quemarla le había dado repelús.

—En fin, se quita y ya está —agregó ella, y sin pensarlo dos veces clavó el cuchillo bajo la piel, levantándolo seguidamente y arrancando con el movimiento la verruga y parte de tejido.

Eduardo sintió un dolor tremendo, y notó salir sangre de la herida.

Aquello fue lo que necesitaba su mente para llegar al límite del pánico, para tomar el control de su cuerpo, y sobreponerse a los efectos de la droga.

Apoyándose sobre sus pies y cabeza, dobló su cuerpo bruscamente y arrojó a su esposa fuera de él. Silvia rebotó contra el borde de la cama, y cayó al suelo, golpeándose la frente contra él.

El volvió a saltar, y se puso de pie sobre el parquet. Silvia estaba aturdida, pero no había perdido el conocimiento y trataba de incorporarse. El cuchillo no había caído de su mano.

Dando tumbos, chocando contra la ventana primero, y después contra el marco de la puerta, salió corriendo de la habitación. Se apoyó un momento contra la pared del pasillo, para intentar coger aire a través de la nariz. Tenía la boca tapada por la cinta, y la nariz se le había congestionado por las lágrimas, impidiéndole casi respirar. Expelió aire fuertemente, expulsando las mucosidades, y llenó sus pulmones ansiosamente.

Silvia ya se había levantado, y miraba confusa a su alrededor. No tardaría en ir a por él.

Eduardo corrió hasta la puerta de la casa. Las llaves estaban en la cerradura. Se giró y levantó las manos para cogerlas y hacerlas girar, abrir la puerta y salir escaleras abajo hasta la calle, donde alguien podría ayudarlo. Pero sus dedos estaban entumecidos por las cuerdas que sujetaban sus muñecas, que cortaban la circulación sanguínea.

Las llaves se le escurrieron y cayeron al suelo. "Mierda, mierda, mierdaaaa...!"

Iba a agacharse para recogerlas, cuando vio salir a Silvia del dormitorio, con la cara desencajada.

—Ahora sí que me has enfadado, amor... ¡estoy muy enfadada! —gritaba, con una mirada de completa locura en el rostro.

Eduardo se levantó de nuevo, y echó a correr por el pasillo. Al otro extremo estaba el cuarto de baño individual. Tenía que llegar antes de que ella le alcanzase.

Pero Silvia no tenía las manos atadas a la espalda, como él, y su libertad de movimientos era mucho mayor.

Cuando él estaba a punto de entrar en el baño, tras esquivar por los pelos el reloj de carillón regalo de bodas de su madre, Silvia dio una larga zancada y estiró el brazo armado con el cuchillo, en un movimiento circular, intentando herir las piernas de su marido. Pero sus pies, manchados por la sangre de Sonia, resbalaron en el suelo de madera. Perdió el equilibrio y el golpe fue más arriba.

Eduardo sintió que el arma cortaba la piel y la carne de su antebrazo izquierdo llegando casi hasta el hueso. Aún así, resistiendo el dolor, cruzó la puerta y la cerró tras él, empujándola con la espalda. Apoyó todo su peso contra la hoja de madera, y movió sus brazos todo lo posible para ver la herida. El corte era profundo, y la herida de casi veinte centímetros de longitud, desde el codo casi hasta la muñeca. La sangre salía de ella profusamente.

En ese instante sintió un golpe contra su espalda. La puerta se abrió un momento, y volvió a cerrarse con estruendo. Silvia estaba intentando entrar, empujando desde el otro lado. Cerró sus manos sobre el picaporte, sujetándolo y tirando de él hacia arriba, tratando de ignorar los calambres de su brazo herido.

"No puse cerrojo en los baños... nunca puse cerrojo... ¿para qué iba a ponerlo, si aquí vivimos solos ella y yo?"

Silvia siguió intentando bajar el picaporte, y golpeando la puerta con el hombro, durante unos minutos, hasta que por fin pareció darse por vencida. Eduardo escuchó su voz al otro lado:

—Cariño, no seas tonto... tarde o temprano acabaré por entrar, lo único que haces es perder el tiempo y todavía tengo que preparar la cena...

Eduardo imaginó a Silvia cenando tranquilamente en la cocina, como si el resto de la casa no estuviese lleno de sangre y no hubiese en ella dos cadáveres descuartizados, uno de ellos el del hombre que había compartido con ella tantos años de matrimonio y de felicidad. No tan intensa como la de otras parejas, de acuerdo, pero felicidad al fin y al cabo.

—A ver, amor, ¿qué vas a hacer? ¡Recuerda que vivimos en un quinto, si saltas por la ventana te estamparás contra la acera! —tras decir esto, Silvia comenzó a reír, y esa risa se clavó en lo más hondo del cerebro de su esposo.

Lo cierto es que Eduardo no tenía ni idea de qué hacer. Si se apartaba de la puerta para intentar liberar sus manos, Silvia entraría y acabaría con él en unos segundos. Sobre el lavabo había unas tijeras de manicura, en un cestito, pero no las alcanzaba desde su posición. Tal vez pudiese apartarse, situarse tras la puerta, y cuando Silvia entrase golpearla con su cuerpo fuertemente.

Estaba pensando en esa posibilidad, cuando escuchó un sonido extraño. Era como si algo se arrastrase sobre el suelo de parquet, levantando astillas y arañándolo profundamente.

"Con el pastón que nos costó ponerlo de roble, como a ti te gustaba, hija de puta..."

Eduardo se sorprendió de que hasta en momentos tan horribles como aquel pudiera tener pensamientos tan estúpidos.

De pronto, la puerta se vino abajo, empujando a Eduardo y lanzándolo dos metros hacia delante, chocando contra la mampara de la ducha y cayendo al suelo boca arriba.

Silvia había empujado el enorme carillón hasta la puerta, y después lo había hecho caer sobre ella, arrancándola de las bisagras y destrozándolo todo en su caída.

Los trozos de madera se amontonaron junto a los fragmentos de los cristales del reloj, que en un último estertor pareció dar la una en punto.

Eduardo ya no podía reaccionar. Los últimos esfuerzos, la pérdida de sangre, el intenso miedo que sentía... le habían dejado tendido y sin posibilidad de hacer ningún movimiento más.

Silvia entró sonriendo, cuchillo en mano, pisando sobre la madera de la puerta y el reloj destrozados, y sin notar que los cristales se clavaban en sus pies desnudos. Cuando resbaló en el pasillo se había quitado los zapatos de tacón.

Canturreando, como cuando salió del baño del dormitorio, llegó hasta Eduardo y volvió a sentarse sobre él.

—¿Ves? —le dijo, sin dejar de sonreír —y estamos como antes, así que sigamos donde lo habíamos dejado...

Era el final. Eduardo era consciente de que no podía defenderse, de que no le quedaban fuerzas en el cuerpo, y de que su mente estaba casi al límite. Tal vez se volviese tan loco como la asesina que tenía sobre él antes de exhalar el último aliento.

En aquel momento la puerta del pasillo, la de entrada, se abrió de par en par estrepitosamente, chocando contra la pared. Eduardo miró en aquella dirección, y por un momento le pareció ver la rechoncha figura del inspector Rodríguez entrando en su casa pistola en mano, seguido por un policía de uniforme, y su mirada encontrándose con la suya.

—¡Alto, policía! —gritó —¡Suelte el arma! ¡Suéltela o me verá obligado a disparar!

Silvia miró al inspector unos segundos, y después se volvió hacia Eduardo, encogiéndose de hombros. Parecía que aquella advertencia no iba con ella.

Tomó el mango del cuchillo con ambas manos, y las levantó sobre su cabeza con intención de, acto seguido, hundirlo en el pecho de su esposo.

Sonó una detonación. Tan sólo una.

La mirada de Silvia se tornó asombrada, y después vidriosa. Miró su pecho, donde la sangre comenzaba a salir de un agujero a la altura del corazón, y después miró a Eduardo. Su expresión decía: "no lo entiendo... eres tú el que merece estar muerto, no yo..."

El cuchillo se deslizó de sus manos, y se dobló hacia delante, cayendo de bruces, como si abrazase el cuerpo de su marido por última vez. Su frente golpeó la de él, y sus ojos, aún abiertos, le miraron antes de volverse opacos.

Eduardo no pudo resistir más y perdió el conocimiento.

## Desenlace

Despertó, aturdido, en la cama de un hospital.

No sabía qué hora era, pero parecía media mañana a juzgar por el sol que entraba a través de la ventana.

Hizo un repaso a su cuerpo, al menos de forma medio consciente, para ver qué partes le dolían y qué partes seguía aún teniendo pegadas a él. Notó que el brazo izquierdo le ardía, y una sensación similar de quemazón en la parte del estómago, donde le había sido realizada aquella "cirugía estética" de forma tan poco delicada.

Vio que estaba cubierto hasta medio pecho por una sábana blanca, de esas que llevan un par de línea azules (visiblemente desgastadas por los continuos lavados y desinfecciones) y el nombre del hospital.

Miró sus brazos, y no encontró ninguna botella de suero conectada a ellos. Buena señal.

Así que empujó levemente la sábana con la mano, para mirar su abdomen.

La sensación de ardor era más intensa de lo que en realidad era la herida, que estaba cubierta por una pequeña gasa sujeta con esparadrapo y no tenía aspecto de ser preocupante.

Su brazo izquierdo, sin embargo, tenía un vendaje desde la muñeca hasta el codo. La sensación de quemadura era distinta, así que dedujo que le habían dado puntos para coser la profunda herida que le produjo el cuchillo de cocina.

"Me he quedado hecho un mapa, joder", pensó sin dejar de mirar los vendajes, aún aturdido.

—Ejem —escuchó, a su lado, muy cerca de él. Giró la cabeza, y encontró al inspector Rodríguez sentado en una silla, con las piernas cruzadas, y cerrando el periódico que seguramente habría estado leyendo mientras esperaba a que despertase.

—Hola, inspector... -le dijo, y su propia voz le sonó como emergiendo de una alcantarilla.

—Veo que por fin vuelve al mundo de los vivos. El doctor dijo que seguramente despertaría a lo largo de esta mañana, y ya ve, no se ha equivocado.

—¿Qué hora es...? —Eduardo miró su muñeca izquierda de forma instintiva, pero solamente encontró vendas. Su reloj de pulsera estaba sobre la mesilla, junto a la cama.

—Casi la una de la tarde —respondió el inspector, quitándose las gafas que utilizaba para leer y guardándolas en el bolsillo de su chaqueta.

—Ufff —suspiró Eduardo —he estado tiempo durmiendo, ¿eh?

—Más de lo que imagina, Sr. Farra. Lleva inconsciente exactamente cuarenta y una horas.

Eduardo se sorprendió. Cuando el inspector le dijo que era la una de la tarde, había pensado que era el día siguiente a lo ocurrido en su casa. Así que, después de desmayarse, había estado sin sentido durante toda la tarde y noche anteriores, y aquella mañana. El inspector Rodríguez advirtió su estupor y se apresuró a tranquilizarle.

—No se asuste, amigo. El médico ha dicho que se encontraba sumido en un shock emocional (lo que no me extraña lo más mínimo), más que en cualquier otra cosa producida por la pérdida de sangre o por las heridas.

—Menos mal.

—¡Si además eso que tiene no son ni heridas, son rasguños! —el inspector soltó una carcajada corta —Tendría que ver lo que tengo yo en el muslo derecho, de un balazo perdido que me encontré hace unos años...

—No hace falta que me lo enseñe —respondió rápidamente Eduardo, cuando vio que el inspector comenzaba a desabrocharse el cinturón.

—Como quiera, es que me gusta enseñar mis heridas de guerra siempre que tengo ocasión —volvió a reír.

Después siguió un silencio bastante largo. Eduardo estaba mirando de nuevo sus heridas, y el inspector fingiendo que miraba a través de la ventana unos edificios que estaría harto de ver todos los días. Por fin, Eduardo volvió a mirar a su acompañante y rompió el silencio.

—Dígame, inspector, ¿cómo...?

El inspector Rodríguez hizo un ademán con la mano derecha, como pidiéndole que no se esforzase en terminar la pregunta porque sabía perfectamente lo que quería saber.

—Un poco de suerte, un poco de intuición, un mucho de experiencia, un poco de investigación, y un poco de morro por mi parte, si me permite decirlo —contestó, guiñándole un ojo.

—No entiendo... quiero decir que cómo sabía que yo podría estar en peligro, y apareció en mi casa justo cuando... cuando...

—... Cuando su mujer estaba a punto de rebanarle el cuello, sí, le he entendido.

El inspector no tenía lo que se dice demasiado tacto, por lo visto. Eduardo acababa de pasar por un trance terrible, que no le desearía ni al peor de sus jefes jamás, acababa de ver morir a su esposa y a una amiga, y sin embargo le hablaba de aquello como si fuera un comentario sobre algún suceso que hubiesen noticiado por la tele y no tuviera nada que ver con él.

El inspector pareció darse cuenta de ello.

—Perdone mis formas, Sr. Farra, pero ya sabe... los años y todo lo que he visto me han hecho volverme un poco duro al expresarme.

Si, algo así había oído miles de veces en las series policíacas.

El caso es que Eduardo no sentía que la pérdida de Silvia le importase demasiado.

Sí por el cómo había ocurrido todo, y por lo que suponía. Pero no como quien ha perdido a alguien a quien quería mucho.

Eso le hizo sumirse de nuevo en sus pensamientos y recuerdos. Y recordó que habían sido muchas las veces que se había preguntado a sí mismo si realmente estaba enamorado de su mujer.

La quería mucho, eso sí lo sabía. Pero tal y como se sentía ahora... tal vez la quisiera de esa forma en que se quiere a un hermano, o a un amigo de toda la vida, o a un compañero con el que compartes tu rutina diaria.

En ese momento se dio cuenta también de que, si pensaba en el término "amor", posiblemente la persona que aparecía en su mente era...

—... Pero todo apuntaba a que usted no era el asesino, ¿me entiende?

La voz del inspector le llegó como procedente de otro planeta. Eduardo dio un respingo y le miró.

—Vaya, no me estaba escuchando... —dijo el inspector, suspirando y poniendo cara de paciencia —Está bien, lo repetiré todo desde el principio.

—Sí, mejor, y perdone, inspector, es que aún estoy confuso...

—Le estaba diciendo que yo, como buen profesional —¿cuánto le gustaba a este hombre darse brillo! —siempre he tenido en cuenta y analizado todo detalle relacionado con los casos que investigo.

—Ajá, ya me lo dijo. Siga, por favor...

—Cuando fui a verle a su trabajo, ya sabe a qué me refiero, no saqué ninguna conclusión. Su coartada era perfecta, y fue corroborada por sus superiores.

—¿Qué coartada?

—Recuerde la pregunta que le hice: "¿todos los miércoles de cada semana tienen comidas de trabajo?"

—Sí, ya recuerdo...

—Sr. Farra, desde hace dos años llevábamos siguiendo la pista de un asesino en serie que cometía sus crímenes siempre en miércoles.

Eduardo sintió un vértigo, y se agarró a la cama, como si fuese a caer de ella.

—¿Me está diciendo que...? —comenzó a preguntar, con ojos muy abiertos

—Sí, Sr. Farra. Lo que pasa es que habíamos conseguido mantenerlo oculto a la prensa para evitar el pánico, y ya me comprende, hasta los últimos que ya conoce y que se nos fueron de las manos.

El inspector Rodríguez se levantó, con una pausa bastante teatral, y Eduardo supo que a continuación venía la explicación completa de la investigación.

—Al principio los asesinatos estaba muy espaciados, uno cada cuatro o cinco meses como mucho, pero todos tenían el mismo modus operandi, por lo que sabíamos que se trataba del mismo asesino o asesina.

—¿No sabían si era un hombre o una mujer?

—Difícil saberlo, amigo mío... podía ser un hombre, una mujer, un travesti... luego lo comprenderá, déjeme seguir, por favor

—Continúe

—Bien, desde hace un año, los asesinatos comenzaron a ser más frecuentes, y en la última fase ya eran casi semanales.

—No sé si quiero saberlo, inspector, pero... ¿cuántos...?

—Mejor que no lo sepa, Sr. Farra, o por lo menos mejor que lo sepa, si de verdad quiere saberlo, cuando se encuentre totalmente recuperado. De momento le basta con saber que fueron MUCHOS.

—Entiendo —Eduardo sintió náuseas ahora

El inspector Rodríguez le pidió que le contase cómo se había visto envuelto en todo aquello. Y escuchó sin decir palabra todo el relato de Eduardo: que recibió el mensaje equivocado por Whatsapp, un video, su sorpresa al leer la noticia en el periódico, su decisión de no contarle nada a nadie para no complicar ni su vida ni la de los demás, y también que quiso meter algo de emoción en su vida jugando a investigar el asunto. Pasó por alto ciertas cosas, como lo de la web de contactos de parejas, su visita al local de Salvador o de Víctor, y otros "detalles" que creyó que era mejor que nadie supiese nunca. Luego le contaría el porqué de la presencia de Sonia y su muerte, pero solamente reconociendo su intención de hacer un trío. Lo demás sobraba.

Rodríguez le miraba con cara de "esto es la rehostia, debería meterte un puro por lo que has hecho, pero creo que lo dejaremos así y lo olvidaremos todo, que ya te has llevado bastante".

Cuando Eduardo hubo terminado, el inspector le explicó con todo detalle el resto de la investigación.

Cuando fue a verle a su trabajo, tal y como había mencionado, no fue más que por no dejar ningún cabo suelto. Pero el hecho de que todos los miércoles Eduardo tuviese comida de trabajo le llamó la atención. Al confirmar sus jefes su coartada, pensó que aquello no era más que una coincidencia, y estuvo a punto de borrar su nombre de la lista de posibles sospechosos o implicados.

—Pero —continuó el inspector—, en uno de esos momentos en que estás sin hacer nada, viendo la tele, se me pasó una idea por la cabeza —aquí sonrió, como esperando que Eduardo alabara su capacidad de deducción —Usted tenía coartada, desde luego, y sólida, pero... ¿qué coartada podría tener su esposa, en caso de que usted estuviese casado? Cuando yo me tengo que quedar a trabajar, sé que mi mujer aprovecha esa tarde para ir de compras sin que yo la incordie, y hace lo que la da la real gana. ¡Que se lo cuenten a las tarjetas de crédito!

—¿Y...?

—Lo primero que hice fue comprobar si usted estaba casado o tenía pareja. Efectivamente, así era. Así que ya tenía dos puntos de partida: por un lado, la idea que se me había ocurrido, que podía ser una gilipollez, por supuesto... y por otro la que más me atraía: el hecho de que usted pasaba los mediodías de cada miércoles fuera de casa, justo los días y horas en que se cometían los crímenes.

—O sea, ¿me está diciendo que comenzó a sospechar de mi mujer sin conocerla de nada y sin tener pruebas, solamente llevado por una intuición mientras veía anuncios?

—Sí, algo así, amigo mío... pero hasta el momento mis intuiciones siempre me han servido de mucho, como usted mismo ha podido comprobar.

—De acuerdo, le creo, pero... ¿una cosa es que usted sospeche de mi mujer, y otra muy distinta que aparezca en mi casa tirando la puerta abajo! Y que conste que me alegro de que así fuese, ¿eh?, pero me resulta chocante.

—Ya, ya, le entiendo. Pero a esas alturas ya tenía las pruebas que necesitaba, y cuando irrumpimos en su domicilio íbamos directamente a detener a su esposa, no a salvarle la vida, aunque se diese la afortunada coincidencia.

—¿Pruebas? ¿Y qué pruebas eran esas, inspector?

—Los de científica habían encontrado el mismo ADN en la escena de varios de los asesinatos, Sr. Farra. A veces en carmín de labios en algún vaso o copa, a veces en algún cabello encontrado en la moqueta, y a veces...

El inspector volvió a hacer una pausa.

—... A veces en saliva encontrada en los genitales de las víctimas —concluyó.

—Vaya —fue lo único que respondió Eduardo, dejándose caer sobre la cama y mirando al techo.

—Es curioso... su mujer jamás besó a sus víctimas, ni en los labios ni en la cara, pero sin embargo sí que les hizo a casi todos...

—No hace falta que siga por ahí, inspector, ya le he entendido, ¿vale?

—Perdóneme de nuevo, estaba pensando en voz alta. Sigamos. Por otro lado conseguimos indagar en el ordenador de la última víctima y encontramos visitas frecuentes a ese portal de citas, no sé cómo se llama...

—Buscasexo

—Eso. Seguimos la pista por ahí y encontramos que al menos las tres últimas víctimas eran asiduos al mismo. Solicitamos mediante orden judicial a los administradores de Buscaloqueesa los datos de todos aquellos usuarios que habían interactuado con los asesinados, y cuando llegaron arrojaron una nueva luz sobre un dato que habíamos desechado al principio de la investigación.

Una nueva pausa para añadirle interés al momento.

—Que sepa que nosotros ya sabíamos que le habían enviado ese mensaje por Whatsapp, mirar el móvil de las víctimas es una línea de investigación que nos resulta muy útil en muchos casos. Alfredo Vélez... perdón —el inspector hojeó un momento su libreta de papel—, el que le escribí a usted como como Tammuz, había equivocado el número de teléfono solo por una cifra, la última. ¿Quién tenía un número de teléfono inmediatamente posterior al suyo, señor Farra?

—Mi mujer. —Eduardo cerró los ojos. Silvia y él contrataron sus líneas móviles al mismo tiempo, hacía años...

—Bien, pero eso tampoco era una prueba concluyente aunque sí muy orientativa. Teníamos un ADN coincidente en todos los asesinatos, y por tanto el del asesino travesti (por lo del carmín) o de la asesina, y yo ya contemplaba la posibilidad de que su mujer podía estar metida en el ajo. Así pues, me faltaba contrastar ambas secuencias genéticas, la del asesino y la de su mujer y, si pertenecían a la misma persona, ya teníamos al culpable.

El inspector seguía sonriendo, encantado de contar su investigación con tanta teatralidad. Se le veía satisfecho de su trabajo. Pero Eduardo no tenía las más mínimas ganas de sonreír.

—Hasta ahí lo comprendo todo, pero hay algo que se me escapa. ¿Cómo consiguió el ADN de Silvia? Que yo sepa, ni ustedes entraron en mi casa, ni ella me comentó nada de que la policía le hubiese pedido una muestra... Claro, que siendo la asesina, supongo que lo último que me diría es: "cariño, la policía me ha pedido que les dé mi ADN para ver si soy una asesina en serie, pero no te preocupes"

El inspector Rodríguez estalló en una risotada tremenda. Eduardo seguía mirándole muy serio, pero aquella frase había divertido enormemente al policía.

—Por eso le dije que esto se ha resuelto con un poco de morro por mi parte, Sr. Farra. Si queríamos pedir a su mujer que colaborase, nos habría supuesto muchísimos papeleos y líos, y más teniendo en cuenta que todo estaba basado en una idea que se me había pasado por la cabeza y en coincidencias circunstanciales, pero no en pruebas tangibles. Llevo muchos años en esto y tampoco me puedo permitir que se me tache de poco profesional por incordiar a presuntos culpables que pudiesen ser inocentes, ya sabe...

—Sí, vale, ¿pero cómo consiguió el ADN?

—Un amigo de la Guardia Civil de Tráfico se prestó amablemente a devolverme un favor que me debía —el inspector volvió a guiñar un ojo.

—La prueba de alcoholemia... —Eduardo por fin lo vio claro.

—Exacto. Ya le digo, un poco de investigación profesional, un poco o mucho de intuición de este servidor, y un poco de morro para obtener las pruebas definitivas. Y suerte, sobre todo para usted, ¿eh? Si los resultados de los análisis hubiesen llegado cinco minutos más tarde, usted estaría muerto como todos los demás. Es usted un hombre con suerte, Sr. Farra, no hay duda...

"Sí, tengo una suerte cojonuda, no te digo...", pensó Eduardo.

## Epílogo

Han transcurrido ya cuatro años desde la muerte de Silvia.

Tras todo aquello Eduardo sintió una necesidad imperiosa de cambiarlo todo en su vida cuanto antes.

Para empezar, malvendió su piso y se fue a vivir de alquiler a otro más pequeño y más alejado del centro, sin tantas comodidades, pero que al menos no le recordaba continuamente cada uno de los últimos minutos que vivió aterrorizado entre aquellas paredes

No tenía muy claro lo que quería cambiar, ni por dónde empezar, así que se limitó a hacer todo aquello que le iba apeteciendo, dejándose llevar por el primer impulso que surgía de su cerebro.

Dejó su trabajo, aquel en que había pasado tantos años intentando ascender y prosperar, con un escueto: "por mí pueden irse todos a la mierda y meterse esta empresa por el culo" en la misma cara del director general.

Eso le valió dos satisfacciones: la de expresar su sincera opinión ante el representante del lugar donde se había dejado los cuernos día tras día sin recibir recompensa, y la de obtener un estupendo despido con la consiguiente indemnización, ya que no era él quien abandonaba y no hubo testigos.

Hizo un curso intensivo y obtuvo la licencia de investigador privado, posiblemente inspirado por la última frase que el inspector Rodríguez le dijo antes de despedirse de él: "en el futuro, haga el favor de dejar lo de jugar a policías para los que sabemos que no es un juego y nos pagan para ello".

Con el dinero que aún le quedaba de la venta del piso, con otra cantidad inesperada que le llegó de un seguro de vida de su mujer y que él ni sabía que existía, y con la indemnización por despido, se trasladó a Valencia y, junto a Laura como su socia, montó una agencia de investigación privada especializada en casos de infidelidad. Aunque cueste creerlo, porque igual que nadie ve pelis ni compra revistas porno, nadie es jamás infiel a su pareja, el negocio les va viento en popa.

Eduardo y Laura llevan viviendo juntos casi tres años, y tienen en común una preciosa niña de un año que es el centro de atención de sus vidas. Eduardo le pidió varias veces a Laura que se casara con él, porque estaba convencido, absolutamente convencido, de que Laura era el amor de su vida. Pero Laura siempre le dijo que no, que no necesitaba papeles para afianzar nada, que solamente acaban dando problemas. Que lo que ellos tenían, si era tan sincero, real y fuerte como les parecía a ambos, seguiría así de cualquier modo. Y, si no era así... ¿para qué complicar las cosas a ninguno de los dos?

Durante esos tres años han viajado por todo el mundo, cuando el negocio se lo ha permitido. Han hecho juntos todas las locuras que cada cual tenía pendientes en su lista particular de "cosas que tengo que hacer antes de que sea tarde".

Y después del nacimiento de Eva, su hija, dedican más tiempo a la vida familiar, y a seguir conociéndose y apoyándose el uno al otro día tras día porque, pese a que se conocieron por Internet, siguen siendo los mejores amigos del mundo.

**FIN**